

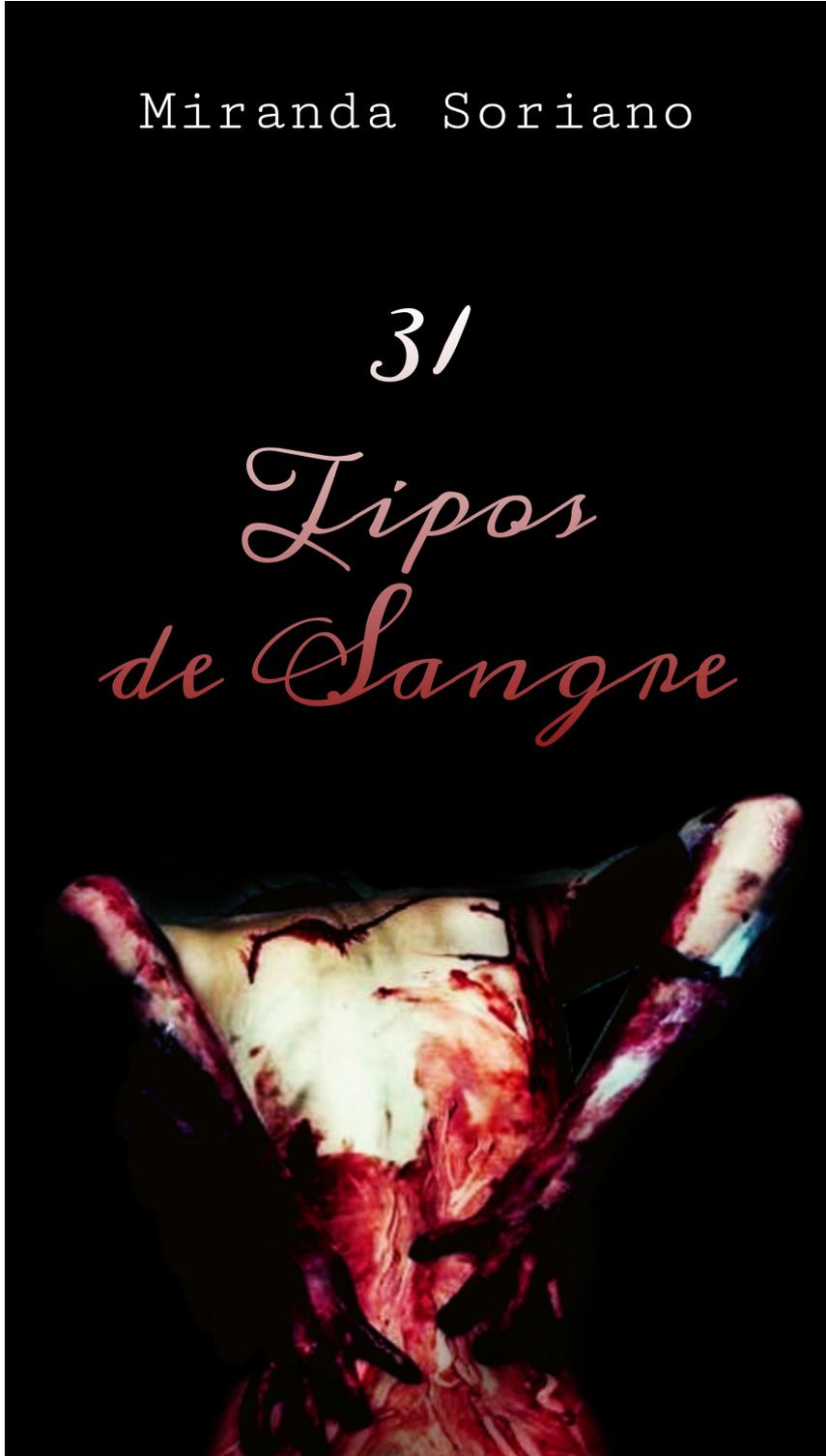
31 Tipos de Sangre

Miranda Soriano

Miranda Soriano

31

*Tipos
de Sangre*



Capítulo 1

1. Descamación

Que las espinillas e imperfecciones desaparecieran era de esperarse, pero la forma en que su carne se desprendía del músculo era un efecto secundario que no encontraba en las advertencias por más que releyese la botellita de crema.

Arrojó la vacía al piso y alargó ambas manos a su mochila, buscando frenéticamente entre las otras docenas de frascos algo que dijera la verdad.

—¡Kelly! —gritó Bianca desde el otro lado de la puerta. Tocó y empujó con todas sus fuerzas, pero el seguro era resistente —. ¿Qué está pasando? ¡Kelly, contéstame!

Nada, ningún frasco decía nada nuevo.

Utilice con medida.

Utilice con medida.

Utilice con medida.

Todas las botellas cayeron a sus pies y otras rodaron por debajo de la puerta de la cabina del excusado, dándole oportunidad a Bianca, Sofía y René de agacharse para tomarlas.

Las abrieron, pero ya estaban todas vacías.

Kelly maldijo, sintiendo un nudo en la garganta. Se toqueteó la cara otra vez. Bajo el mentón sentía un trozo flácido de piel como papel desgarrado, ardía cuando lo tocaba apenas con las yemas de los dedos. Estos se llenaron de sangre.

Se limpió con papel higiénico.

—Kelly, llamé a la enfermera —dijo René, golpeteando la puerta con sus uñas —. Está en camino justo ahora, le dije que era urgente, que había visto... Sangre.

Kelly no contestó. El mundo a su alrededor daba vueltas, y en su interior sentía toda clase de extraños dolores. Su estómago se retorció, sus músculos se sentían débiles, contrayéndose con cada palpitación que estaba ya tan acelerada como su aliento después de haber corrido un

maratón.

Volvió a alzar las manos hasta su rostro.

La piel bajo sus dedos se sentía muy blanda, como tocar budín a través de plástico caliente.

En su pómulo derecho comenzó a notar que algo se desprendía. Rebuscó su espejo portátil.

Al mirarse en él soltó un sollozo que volvió a desatar preguntas de las chicas.

La carne del pómulo se estaba cayendo, trayendo consigo un millar de pegajosos hilillos rojos entre la piel y el hueso. Kelly intentó colocarlo en su lugar, pero la piel volvió a desprenderse; lo intentó otra docena de veces, cada ocasión con gritos más desesperados saliéndole de la garganta.

Por Dios, esto no era real, tenía que ser una pesadilla, un sueño macabro, pero, ¡mierda! ¿Por qué dolía tanto?

—¿Qué es lo que sucede aquí? —dijo una voz desde el umbral del baño de chicas. Parecía ser la maestra de Ciencias, esa anciana horrible! —¿Quién grita de esa manera?

Kelly podía escuchar que una multitud se había juntado frente a las demás cabinas, junto a los lavabos y los espejos. Escuchaba sus murmullos, sus pisadas yendo de un lado al otro, sus dedos desplazándose a toda velocidad sobre sus teléfonos.

Oh, no. A ese paso toda la escuela se enteraría del nuevo ridículo del que la granulenta Kelly era protagonista.

Primero la odiaban por su asquerosa piel, llena de barrojos rojos siempre a punto de estallar; luego la amaban e idolatraban por haber hallado un remedio capaz de curar hasta la espinilla más diminuta, dándole una piel de porcelana que todas las chicas envidiaban y todos los chicos querían besar. Ahora, ¡volvían a odiarla! En vez de ser la granulenta Kelly, ahora sería la momia Kelly, la serpiente Kelly, la descamada Kelly.

Tomó el trozo de piel de pómulo con dos dedos y, sin despegar los ojos enrojecidos de su reflejo, se lo arrancó.

Gritó de tal forma que obligó a todo quien estaba cerca a cubrirse los oídos.

Se tambaleó y sus ojos entonces sólo pudieron ver sombras, color negro; logró tumbarse sobre la tapa del excusado y en varios segundos pudo volver a la normalidad.

La mejilla le ardía, al igual que toda la zona hasta sus labios. Era real. Si esto hubiese sido un sueño ya habría despertado, pero el dolor estaba ahí, omnipotente, y se burlaba de ella.

Escuchó que algo goteaba sobre su uniforme y al bajar la mirada vio más sangre. Ríos copiosos de líquido rojo que palpitaba y se movía a voluntad, violando la monotonía del color crema de su blusa y falda.

—Kelly, por Dios, ¡abre la puerta! —pidió Sofía. ¿O era René? Sabía que no era Bianca porque ella siempre alargaba las vocales de la última palabra en cada una de sus frases. Las otras dos eran casi iguales.

La multitud se escuchaba lejana, pero las chicas seguían allí cerca, pidiéndole que respondiera y que la dejaran ayudarlo. Negó con la cabeza. Ni siquiera después de esto ellas querían seguir juntándose con ella. Lo habían hecho después de que las burlas se hubiesen calmado, después de que su sobrenombre hubiese quedado en el olvido, después de que ella se hubiese vuelto una de las más guapas en la secundaria.

Incluso sabía que no la habían abandonado tiempo antes porque se había negado a compartirles un poco de su crema o a revelarles la ubicación de la tienda donde la conseguía, prometiéndoles que lo haría a la siguiente semana, en el siguiente receso, después de su próxima pijamada. Así la amistad duraría más.

No podía imaginarse lo rápido que correrían al ver que ella se quedaba sin piel.

Sintió que un trozo de carne se desprendía de su nuca, arrancando a su paso gruesos mechones de cabello. Un torrente de sangre se escapó de la herida abierta y las manos no le alcanzaban a Kelly para cubrirse los boquetes abiertos en su carne.

La maestra de ciencias se acercó a la caseta y golpeó firmemente la puerta.

—Está causando un alboroto, señorita Cruz. Salga de allí ahora mismo si no quiere...

—¡Miren eso! —gritó alguien. El baño estalló en chillidos.

Un charco de sangre se había formado bajo Kelly, y se escurría por entre

los azulejos del piso hasta alcanzar la luz.

Pedazos de piel continuaban desprendiéndose de su cuerpo como trozos de cerámica rotos o piezas de un rompecabezas maloliente.

Notó que la enfermera entraba al baño, y la maestra junto con la multitud, salían. Bianca, Sofía y René intentaron explicarle entre lágrimas lo que le había pasado.

—Estábamos en clase cuando...

—Yo no sé que tenía algo rojo en la barbilla, al tocarlo dijo que le dolía...

—Luego echó a correr al baño...

—Toda esa sangre...

—Debió escucharla gritar, oh, por Dios...

Luego la enfermera las sacó, diciéndoles que fueran con el consejero escolar. Tres pares de huellas ensangrentadas trazaron su camino hasta la salida. La enfermera comenzó a decir algo. A hacerle preguntas.

Kelly estaba demasiado ocupada intentando mantenerse despierta.

Su espejo había caído al suelo y estaba tan lleno de sangre como para no permitirle ver ni una parte de su reflejo, y su uniforme, los botes vacíos de crema, el papel que había usado para intentar limpiarse, y el piso bajo ella se encontraban en las mismas condiciones. Pegados a los azulejos había trozos de carne, ninguno demasiado grueso ni demasiado grande, pero sí los suficientes para hacerle saber que se había quedado ya sin piel sobre el rostro.

Las lágrimas que le caían sobre el músculo expuesto hacían que este ardiera. Cuando intentó balbucear algo se percató de que incluso sus labios habían abandonado su lugar, dejando expuestos sus dientes igual que un esqueleto.

La enfermera entonces dijo algo que sí entendió.

—“*La Déperdition*”. ¿Pero qué es esto, Kelly?

Su francés era terrible, pero suficiente para que ella supiera. ¡*La Déperdition*! ¡Su crema milagrosa, que curaba cualquier malestar cutáneo!

Buscó otra vez entre su mochila. La llenó de rojo, pero esta vez no

importaba.

Utilice con medida.

Utilice con medida.

Utilice con medida.

Todos los botes estaban vacíos... ¡Ah! Uno lleno hasta el tope.

Se embadurnó la cara con la crema verdosa, que se sintió helada y deliciosa contra sus músculos expuestos. Se talló desde el cuello hasta la frente, desde la nuca hasta la parte más alta de su cabeza. No escuchaba los gritos de la enfermera, no oía las quejas del director, no se dio cuenta la docena de veces que llamaron a sus padres y el caos creado por intentar encontrar al conserje con una herramienta que pudiera abrir de una vez por todas el seguro de esa condenada cabina.

Kelly sonreía y asentía por haber hallado la solución.

Tiró el bote de crema al piso, pero su sonrisa se desvaneció cuando lo sintió.

Sus músculos empezaron a desprenderse del hueso.

Capítulo 2

2. La extraña infección de Cleo

La tormenta empeoraba a cada segundo y no había señales de Cleo por ningún lado. Con una tempestad así, y sola en las calles, Rubén no podía dejar de pensar que saldría herida o se perdería para siempre.

Despegó la cara de la ventana y corrió hasta la puerta principal; a través de la mirilla lograba ver la luz encendida del porche. Más allá sólo había negrura. Se quedó observando el mismo lugar por otros segundos y luego corrió a hasta la puerta de la cocina, que daba con el patio trasero, completando así su circuito de vigilancia por... ¿Trigésima vez? ¿Cuadragésima?

No importaba porque por más que corriese de un lado al otro, su ansiedad no se calmaba, y Cleo no aparecía.

Iba a apartarse hasta el centro de la cocina para controlar su respiración cuando vio movimiento entre los arbustos; luego una mancha marrón salió corriendo desde allí hasta la puerta. Rubén sintió que un relámpago atravesaba todo su cuerpo igual que en el cielo y abrió la puerta. Cleo se escurrió dentro, maullando furiosa.

Lágrimas le escurrieron por las mejillas y una ola de tranquilidad le llenó el pecho.

—¡Cleo! —apenas habló, su mascota saltó hasta sus brazos, sin dejar de maullar, como los gritos de un bebé—. Tranquila, ya está. Ya estás a salvo y en casita. ¿Así vas a aprender a no escaparte? ¿Eh?

Mientras avanzaba buscando una toalla comenzó a revisar a la gata, y no se había equivocado: estaba herida. Tenía un bulto en el costado izquierdo, justo sobre sus costillas. No podía ver bien a causa del pelaje, pero Rubén también sentía algo viscoso cerca del bulto; quizás fuese pus o sangre brotando del mismo. Se estremeció y corrió al cuarto de baño.

Colocó a Cleo en la mesita junto al lavabo y encendió la luz. Cleo gruñó y siseó adolorida como si el reflejo de la lámpara le lastimara; Rubén logró sostenerla contra la mesa antes de que saliera disparada de vuelta a la oscuridad. De una patada cerró la puerta.

La secó rápidamente; cada vez que pasaba su mano por encima del bulto la gata se retorció de dolor, lanzando zarpazos y alaridos. Rubén le quitó el barro de las patas. Su pelaje volvió a ser de un claro tono anaranjado, pero seguía estando húmedo y muy alborotado, y aquello no dejaba a

Rubén ver la herida.

No podría llevarla con el veterinario hasta la mañana siguiente, o quizás en un par de días si el clima seguía así, de manera que tenía que encargarse él mismo de lo que sea que estuviese molestando a su dulce Cleo. Alcanzó su máquina de afeitar y empezó a pasarla contra el pelo del animal, que le hacía el trabajo imposible por cómo se retorció y luchaba en su contra.

—Vamos, nena, intento ayudarte —gruñó al sentir sus garras destrozándole las muñecas —. ¿Qué pasa? Esto... ¡Agh! Esto es por tu bien.

Cleo nunca había sido una gatita agresiva. Rubén la había rescatado años atrás, cuando ya era una adulta, y se habían encariñado el uno con el otro bastante rápido. No era de las gatas que se molestara cuando su dueño les acariciaba, ni siquiera cuando le pisaban la cola por accidente, pero esta noche parecía un animal completamente diferente.

—Sé que duele, lo siento, pero es por tu bien —continuaba diciendo.

La luz sobre su cabeza titiló y el último mechón cayó. Entre luces y sombras Rubén comenzó a vislumbrar un forúnculo de un diámetro de diez o doce centímetros, rojizo y lleno de venas. Tan abultado de una consistencia supurante de color negro que alcanzaba una altura de seis centímetros.

Rubén parpadeó y retrocedió. Cleo permaneció quieta entre las sombras, gimiendo. ¿La hinchazón había aumentado desde que la sintió por primera vez? ¿Estaba, justo ahora, creciendo bajo su mirada? El forúnculo palpitaba, dejando escurrir pus negro que salía de la superficie, como un volcán en miniatura.

El titilar se detuvo y la luz retornó a la normalidad; Rubén volvió a ponerse sobre Cleo, que forcejeó en su contra, siseándole a él y a la luz.

—¿Qué fue lo que te pasó? —su rostro estaba contraído en una mueca de desagrado absoluto. Cleo le respondió gruñendo y crispando los cabellos de su lomo —. Maldita sea...

En el estuche de baño tenía guantes de hule, que se puso a toda velocidad, y toallitas húmedas, que usó para limpiar la superficie de la herida. Encima del forúnculo, cruzándolo como una diagonal, había una cortada por donde debía de haber entrado aquella monstruosa infección.

—¿De dónde has pescado algo así? —Rubén negaba con la cabeza una y otra vez, buscando con la mirada por todos lados para intentar hallar un cubre bocas o algo que le sirviese para el mismo propósito. Terminó

amarrándose la propia camiseta sobre la nariz y la boca —. Cleo, ¿adónde fuiste a meterte?

No quería, pero tenía que hacer algo o quién sabe qué horribles cosas acabarían pasándole a Cleo. Con cada segundo de duda, la ponía más en peligro. Soltó un profundo suspiro y, mientras retenía a la gata contra la mesa con una mano, con la diestra comenzó a apretar el forúnculo.

Salió un líquido transparente entremezclado con uno gris, igual al agua de lluvia.

—Igual a la del Lago de Anguilas... —Rubén se estremeció —. No te metiste allí, ¿no? Cleo...

Sabía que en el lago local no habitaban anguilas y que sólo tenía ese nombre porque sonaba interesante; de todas maneras, ese lugar estaba mucho de los lagos normales. El agua era clara en la superficie, pero unos metros más allá todo se volvía oscuro, como si el agua se encontrara bruscamente con un agujero negro. No había patos ni peces, y los pajaritos tampoco se detenían a las orillas para bañarse.

Exprimió un poco más y Cleo gritó y gruñó como jamás había hecho, incluso peor que unos minutos atrás; era una bola de pus, pelo mojado y garras y dientes afilados que las manos de Rubén apenas pudieron contener.

El forúnculo explotó justo cuando la luz volvía a fallar. Rubén sintió una tira de pus golpeándole la mejilla, y otras tres o cuatro fueron a parar a la pared, golpeándola con sonidos pegajosos. Cleo se echó a temblar violentamente como si estuviese siendo presa de un ataque epiléptico; tensó todos sus músculos y dejó de maullar, dejando a la tormenta tomar protagonismo nuevamente.

—Cleo, nena, ¿estás bien? —toqueteó la mesa sin poder ver nada. En su baño no había ventanas y la luz era tenue, dispuesta a fundirse en cualquier instante —. Cleo...

Ella volvió a gruñir, pero de una forma distinta, mucho más profunda, y luego comenzó a vomitar una mezcla de tiras de pus negro con más líquido grisáceo. El pus parecía estarse moviendo igual que el que había caído encima de Rubén, que ahora se removía como un gusano sobre su hombro. Al sentir un piquete en la clavícula se sacudió y la luz volvió.

A sus pies se encontraba una sanguijuela alargada y plana, con una boca que se abría y cerraba espasmódicamente buscando a su siguiente presa. Cuando la luz chocó contra su piel negra y lisa como la seda, dejó escapar

un chillido repugnante.

—Dios mío...

Rubén volvió la vista hacia Cleo, de cuya boca y recto se escapaban más sanguijuelas entremezcladas con el agua del lago y la sangre de la propia gata. Ya estaba muerta.

Las sanguijuelas, o lo que sea que fuesen, chillaban al contacto con la luz, pero no dejaban de moverse, intentando aferrarse a algo. Varias intentaron pegarse al tejido de Cleo, pero la gata ya había perdido demasiada sangre como para que a ellas les interesara. De pronto Rubén lo vio.

No buscaban comida.

Querían alojamiento.

Retrocedió tan rápido que tropezó y se abrió la palma de la mano con el impacto. Las sanguijuelas levantaron al unísono las cabezas en su dirección, como mirando la herida fresca, y luego la luz parpadeó otra vez.

Las sanguijuelas chillaron victoriosas, lanzándose por los aires en su dirección.

Rubén gritó y pataleó, y la luz volvió por una última vez antes de fundirse, revelándole a las docenas de sanguijuelas formando un círculo a su alrededor, mirándolo con ojos inexistentes y sonriéndole con dientes diminutos.

La tormenta se tragó sus gritos.

Capítulo 3

3. Rabioso

—Llegas tarde.

Aldo se mordió la mejilla y mientras abría la cajuela para subir el equipaje, se disculpó.

—Perdone, señora.

—Señorita —corrigió, hablando por turnos con él y al teléfono que no despegaba de su mejilla. Se dio la media vuelta, gritó algo y luego volvió a girarse —. Y ten cuidado con esas maletas, ¿vale? Lo que hay adentro es importante y costoso.

Aldo asintió, obligándose a no decir más. La mujer se montó en el asiento trasero del taxi y él arrojó el último par de bolsas al maletero; escuchó que algo crujía haciéndose añicos. Se encogió, enmascarando el ruido con un violento cerrar del maletero.

Corrió hasta el asiento del conductor respirando ya de forma irregular. Al verse en el espejo retrovisor se dio cuenta de que no sólo se sentía mal, sino que incluso lucía mal. Igual que un demente. Estaba colorado a más no poder y sus ojos se veían grandes y demasiado blancos contra su piel roja, como si no tuviera párpados. Venas furiosas le palpitaban en las sienes y el cuello, y sus puños se habían aferrado con fuerza al volante.

—Voy a llegar tarde —dijo la mujer desde el asiento trasero, con un tono cada vez más irritante. Dijo algo al teléfono y se acercó más al oído de Aldo —. ¿Me oye? ¡Llegaré tarde a mi vuelo!

Volvió a asentir, mordiéndose la mejilla otra vez, y pisó a fondo el acelerador, estampándolos a los dos contra los respaldos.

Ella continuó hablando y Aldo solo podía concentrarse en la autopista delante de él. El calor lo hacía removerse continuamente sobre su asiento y el pésimo día que estaba llevando desde las seis de la mañana no ayudaba en lo absoluto. Tenía que soportar a idiotas e imbéciles a diario y andar con la misma rutina jodida si no quería morirse de hambre.

Cada día era lo mismo. Lo mismo desde hace cuatro años, siete meses y dos semanas, pero cada vez parecía empeorar un poco más.

Cuando estuvo en la armada le diagnosticaron con colitis nerviosa, cuando la dejó le detectaron presión arterial alta y ansiedad, y poco después de que consiguió empleo como taxista desarrolló la manía de rascarse hasta

sacarse sangre, dejando en manos, brazos y piernas grandes costras que tras poco tiempo también sufrían de su obsesivo comportamiento. Casi todo su cuerpo estaba cubierto de cicatrices o heridas frescas.

A causa de esto tenía que cubrirse las extremidades con vendas y usar banditas adhesivas sobre las uñas para evitar aún más la tentación de rascarse.

Pero hoy estaba siendo un día demasiado pesado y no tenía manera de descargar su furia ni de controlarla además de rascarse. Ni siquiera intentar rascarse solucionaba el problema; tenía que hacerlo. Sentir algo contra la piel, ser violento aunque fuera contra su propio cuerpo.

La mujer seguía hablando como cotorra y el tráfico delante se estaba haciendo cada vez peor.

Comenzó a quitarse la bendita de los dedos índice y pulgar, ambos que usó de inmediato para arrancarse los extremos de piel muerta alrededor de las uñas; las tiritas de piel viva ardían y dejaban salir puntitos de sangre, pero eso era mejor a hacerse agujeros rojos en los brazos.

Aunque no era suficiente.

—¿Qué pasa allí?

La mujer señaló adelante y Aldo se dio cuenta de que la calle justo delante de la autopista que debían cruzar se estaba llenando al tope con autos y camiones, cuyos bocinazos alcanzaban a escucharse hasta donde estaban ellos.

—No podremos pasar, ¿no es cierto? —volvió a su llamada—. Cariño, te llamo luego. Oiga, oiga, ¿cree que podemos atravesar este tráfico en menos de cuarenta minutos? Mi vuelo sale justo dentro de cuarenta... ¿Me está oyendo?

—Sí, señora. Yo...

—Señorita.

Se quitó las vendas de la mano contraria y comenzó a rascarse el dorso, que rápidamente enrojeció.

—Señorita... La escucho.

—¿Puede hacer o no algo al respecto?

Aldo negó y luego asintió, y pronto rascarse el dorso de la mano hasta que se encontró con carne viva tampoco fue suficiente. Se toqueteó las

piernas, pero se había puesto un pantalón resistente esa mañana.

Arañó sus dedos unos contra otros, pensando, mordiéndose la lengua, intentando calmarse.

—Bah, olvídalo —la mujer levantó el teléfono otra vez y se puso a teclear —. ¿Aló? Sí, sí, soy yo.

Aldo comenzó a rascarse la espalda por debajo de la camiseta. El volante se le escapó y estuvo a punto de chocar con otro automóvil del carril contiguo; hizo una maniobra para recobrase y escuchó cómo la mujer se golpeaba contra la ventanilla.

—¡Agh! Pero, ¿qué está haciendo?

Quiso responder, pero nada le salió de los labios más que un gruñido.

—Tenga más cuidado o nos terminará matando a los dos —hizo una pausa y apartó la mirada, con el ceño fruncido —. No, no hablo contigo, cariño; es sólo que mi taxista es un poco bruto.

Cuando se detuvo detrás de una larga fila, entrando de lleno en el embotellamiento, vio que todo se debía a que un camión cisterna había dado una vuelta precipitada, impidiéndole ahora avanzar o retroceder sin chocar contra un par de edificios.

Aldo señaló en esa dirección.

—Están...

—Sí, ya lo veo —y se lo comunicó a la otra línea —. Espero no demorarme mucho más o me pondré de malas.

Aldo refunfuñó; ¿se pondría peor de lo que ya estaba?

Afuera tampoco ocurrían maravillas. Todos se quejaban, gritaban, tocaban su claxon, hablaban por teléfono y se preguntaban a voz de cuello por qué ellos tenían que ser las desdichadas víctimas de la estupidez de otro.

Aldo se masajó las sienes, pero no pasaron más de cuatro segundos antes de que comenzara a rascarse. Se arrancó cabello y una parte de la ceja, y comenzó a mover los dedos tan rápido que acabó lastimando su párpado derecho. Sus uñas llegaron otra vez hasta carne viva, blanda y picante ante su fuerza, pero no era suficiente.

Todavía tenía tanta rabia guardada dentro que sentía que, si no

continuaba frotándose hasta sangrar, sus vísceras acabarían explotando.

Se rascó detrás de las orejas, bajo el mentón, en los hombros y la frente, pero el tráfico apenas había avanzado y la mujer no dejaba de quejarse. Le gritaba a él o a la otra línea, y hasta había bajado la ventanilla para comenzar a compartir su enojo con otros pasajeros.

Aldo negó con la cabeza e intentó respirar calmadamente, pero sus manos no respondían a ninguna técnica de relajación. Seguían hambrientas. Las alejó a toda velocidad de su cuello y se obligó a fijar su atención otra vez en la piel muerta de las uñas.

Ya no tenía ni había de dónde seguirse aferrando, pero no podía permitirse perder el poco control que le quedaba.

Sabía lo que querían sus manos: a la única parte de su cuerpo intacta tras años con esa compulsión.

—No puedo —susurró—. No puedo, no lo haré.

Pero su cuello estaba allí y estaba libre y vulnerable, y la furia que sentía dentro continuaba creciendo, inflamándole el estómago y quemándole los pulmones como fuego.

—No, no...

Pero la mujer era demasiado molesta y el mundo estaba repleto de idiotas. Su carne era blanda, sus uñas eran hojas de afeitar.

—No.

Pero ya lo estaba haciendo.

La piel cedió casi al instante y la sangre comenzó a brotar apenas en unas zonas; grietas en una presa a punto de desbordarse; dolía, ardía, quemaba, pero Aldo no podía detenerse porque se sentía bien. La furia se escapaba de su cuerpo mientras más desgarraba la piel. Esa sangre roja que le manchaba los dedos era la personificación del enojo más puro, y degollándose era la manera de liberarse.

Entre lágrimas se echó a reír porque hacía años que no se sentía tan bien.

—¿Qué hace?

La mujer se inclinó hacia él y un chorro de sangre le empapó el rostro, obligándola a reemplazar sus preguntas con gritos agudos, pero Aldo apenas se dio cuenta porque ella ya había dejado de parecer molesta y el

mundo se iba despoblado de idiotas, dejándolo sólo a él y sus uñas.

Él y su sangre.

Él y su rabia.

Capítulo 4

4. La cura

La cura que necesitaba nunca fueron inyecciones, recetas médicas o citas con el Psicólogo, por mucho que yo intentase hacer caso a sus diagnósticos y creerle con todas mis fuerzas a que las cosas terminarían como en un cuento de hadas.

El malestar no se iba, y la misma idea persistía.

Era lo único que me hacía sentir mejor, segura, reconfortada.

Y sé que no sería algo saludable ni bueno para ninguna de las dos partes involucradas, pero no podía dejar de sucumbir ante mis fantasías, que tan dulces transformaban a mi agonía.

Cuchillos, navajas, picahielos, tijeras, mis propios dedos arrancándole los ojos de las cuencas y mis labios bebiéndose su sangre.

Era todo lo que quería.

Venganza.

Hasta un punto en que no pude seguir controlándolo ni con pastillas, ni con terapias, ni con medicación; mierda, ni siquiera estaba segura en mis sueños, que pronto se convertían en festines de sangre conmigo como jurado, juez y verdugo.

Gritos pidiendo piedad, chillidos como los de un cerdo mientras mis manos atravesaban su vientre y le arrancaban las vísceras. Abría su pecho por la mitad y aplastaba su corazón, le arrancaba costilla por costilla de la caja torácica, le sacaba los dientes, lo despojaba de sus oídos y él no podía hacer nada al respecto porque no podía morir, y yo me divertía sin límites porque lo hacía sufrir tanto como merecía.

Pero todo era un sueño... Hasta que me atreví a volverlo realidad.

Una noche acudí a su hogar, lo saqué de allí y lo traje hasta el mío.

Lo até a una silla en medio de mi sala de estar, pero al tenerlo enfrente mis manos no se lanzaron por los cuchillos para abrirlo por la mitad, no tomaron el martillo para estrellárselo contra el cráneo, no usaron las tijeras para rebanarle el cuello.

Al mirarlo a los ojos llenos de lágrimas me di cuenta de que esto no era un sueño y él no duraría mucho tiempo vivo si yo pensaba abusar de él de

la misma forma en que lo había hecho en mis fantasías. A través del calcetín que le había metido en la boca intentaba decir algo, llamándome por mi nombre y pidiendo piedad, y entonces supe que no merecía una muerte rápida, ni tampoco una como la de cualquiera.

Si tenía que irse, se iría por mi mano, y también sufriría las consecuencias de haberse metido conmigo.

Me di la media vuelta y corrí hasta donde guardaba mi reserva de agujas y medicamento, y no tuve que detenerme a pensar para tomar el aceite de la cocina. La botella estaba casi nueva.

Cuando me vio regresar, lloró como un bebé. Lágrimas saladas le cubrían la cara, entremezcladas con sudor. La soga atada alrededor de sus tobillos y muñecas ya había hecho mella sobre su piel, dejándola roja y mallugada.

Pero nada de eso se comparaba con lo que yo le tenía preparado.

Vi los tranquilizantes y los arrojé lejos porque después de esto sabía que no los volvería a necesitar, y el bote de aceite lo mantuve a mi lado. Mi sonrisa hacía que me dolieran las mejillas mientras llenaba una de las jeringas con la sustancia.

—Linda —rogaba entre lloriqueos—. Li... Linda, por favor... No... No hagas esto.

No respondí, en especial porque odiaba que me llamara por mi nombre, que se atreviera a pensar que pidiendo perdón se salvaría de este ajuste de cuentas.

Quitó el aire de la jeringa dando unos golpecitos contra el plástico y luego me acerqué hasta él, sin apartar mi mirada de la suya.

Toqué su antebrazo derecho, luego el izquierdo, de forma dulce y cuidadosa, buscando el área perfecta para la primera inyección.

—No lo hagas... No. Por favor... Por favor...

Le sonreí.

Metí la aguja entre la piel y el músculo, y una vejiga fue creciendo en la zona conforme yo ejercía presión; él echó la cabeza hacia atrás y gritó e intentó patear sin lograr nada. Mis nudos eran buenos. Mi sed aún no estaba saciada así que esperé hasta que se calmó para volver a llenar la jeringa.

Con la segunda inyección dejé la aguja dentro y fui a buscar una nueva, provocándole vejigas por todo el cuerpo como si su piel sufriera de una enfermedad contagiosa.

No paraba de llorar.

No paraba de suplicar.

Y, por todos los santos, no paraba de decir mi nombre.

Quería que se callara de una vez por todas, que se diera cuenta de que para esto no podía encontrar una escapatoria porque su vida había estado en mis manos desde hacía mucho tiempo.

Deseaba cortarle la lengua y que se ahogara con su sangre, pero no merecía una muerte tan piadosa.

Yo le daría la adecuada. Mi cura era la indicada para un virus como los de su clase.

Así que seguí inyectando, y las vejigas seguían apareciendo, y seguí dejando agujas y jeringas colgando de su piel para que dolieran aún más cuando él intentara zafarse y retorcerse.

Todo su cuerpo estaba plagado de sudor, sonrojado, e irradiaba una ola de calor que solo podía indicar fiebre. Sus ojos querían salirse de las cuencas. Su mirada ya no ubicaba nada más que a la muerte que ya comenzaba a aceptar.

Las vejigas se llenaban hasta estar a punto de reventar, y gasté algunos de los últimos mililitros de aceite inyectándolo en su frente y sus cejas, deformándolo como a una cavernícola con una mala cirugía plástica.

—Mátame —alcanzó a decir, sus ojos viendo a lados distintos, su cuerpo temblando presa de espasmos—. Mátame.

Y eso me inundó de una alegría sobrecogedora, mejor que el éxtasis; era como si las puertas del cielo se estuviesen abriendo frente a mí y su rostro deformado me estuviese dando la bienvenida.

Retrocedí, admirando lo que había creado.

Su piel bronceada ahora estaba completamente roja, llena de ampollas y jeringas colgando de él como perforaciones grotescas, e hilillos de sangre y aceite bajaban de muchos de los agujeros creados. El sudor había hecho que todo su cuerpo brillara entre la penumbra.

Le quité el calcetín de la boca, y su primer instinto fue echarse a llorar.

Inyecté también su lengua, que se volvió casi tan grande como para asfixiarlo. No podía más que balbucear.

Solo temblaba.

Solo esperaba su fin.

Sus ojos estaban llenos de venas reventadas, hundidos ahora entre la carne deforme que le bajaba de la frente.

Me senté en el piso, delante suyo, observando y sonriendo.

Cómo lo odiaba, pero ahora por lo menos podía tolerar el verlo.

¡Imagínenlo!

Aceite y jeringas: era todo lo que ambos habíamos necesitado desde un comienzo.

Capítulo 5

5. Dulces sorpresa

Joey y Sam eran mejores amigos desde el jardín de niños.

Sam tenía una hermanita mejor, Rachel, y mamá estaba muy feliz de que él cuidase de la pequeña tan bien, misma que le correspondía siguiendo sus consejos y divirtiéndose a su lado. Había escuchado a mamá decir varias veces por teléfono que eran los mejores hermanitos que podría haber deseado tener; pero en otras ocasiones también la había escuchado admitiendo que Joey no terminaba de agradarle. En especial su hermano mayor, Esteban.

Él se había ido de casa para estudiar en la facultad de medicina de una universidad muy prestigiosa y, si bien Sam estaba feliz de que Esteban estuviese lejos porque le daba miedo, Joey se había puesto muy triste al quedarse solo en casa con sus padres. No porque ellos le trataran mal, sino porque adoraba a Esteban más que a nadie en el planeta.

La semana pasada Esteban había venido de visita, por lo que Sam y Joey no se vieron en lo absoluto. Joey ni siquiera se había presentado a la escuela y Sam sabía que era porque quería ponerse al día con su hermano.

El día anterior Joey le había llamado para decirle que por fin podrían juntarse ya que Esteban tenía que regresar a su escuela.

—Papá y yo lo llevaremos al aeropuerto por la mañana, y cuando volvamos, por la tarde, iré a tu casa. Mi mamá ya le pidió permiso a la tuya.

—Sí, me dijo algo así hace un rato, esperaba que me llamasen.

—Y como es viernes probablemente también pueda quedarme a dormir.

—¡Esa idea me gusta!

—Mi hermano también me dio un obsequio —ante las palabras de Joey, Sam se estremeció, y creyó escuchar una risita apagada desde la otra línea —. Me dijo que lo compartiera contigo.

—¿De qué se trata?

—Es una sorpresa.

Sam hizo una mueca.

No le gustaba nada que Esteban y sorpresa estuviesen unidos de esa manera. Sam sabía que Joey no tenía idea de que él le tuviese miedo a su hermano, pero sí se daba cuenta de la forma en la que le rehuía, y de cómo giraba los ojos cada vez que una de las costumbres de Esteban comenzaba a pegársele. De él había aprendido las palabrotas, el gusto por la disección, la manía de encerrar en frascos animalitos indefensos hasta que se ahogaban, para luego conservar su cadáver.

La habitación de Joey estaba decorada con objetos perturbadores de esa clase, pero la mayoría eran inofensivos, como posters, figuras de acción o dibujos; y Sam sabía que había tomado inspiración de Esteban, cuya habitación se parecía más a un lugar donde disecaban animales. Joey y él habían entrado una vez allí para sacar un balón de fútbol, y Sam recordaba haber visto cabezas de animales empotradas en la pared, estantes llenos de frascos con cosas raras dentro, pilas y pilas de libros y papeles sueltos con títulos demasiado complicados para un chico de diez años como él.

Lo peor de todo era que olía a químicos y podredumbre, y el polvo en el aire le hizo toser constantemente.

—Mi hermano me dejó encargada su habitación —se había jactado Joey—. Me dejó la llave y yo le prometí que no dejaría que entrara nadie más que yo, pero tú puedes entrar conmigo porque somos amigos.

—Ah...

Joey se acercó hasta él y le puso un dedo sobre el pecho.

—Sólo promete que no le vas a decir a nadie lo que has visto aquí. No entiendo mucho de lo que son estas cosas, pero Esteban dice que nadie debe saber lo que él hace en su tiempo libre.

—No te preocupes —Sam retrocedió—. Yo tampoco entiendo siquiera lo que estoy viendo.

Prometió que nunca hablaría de eso, y jamás lo hizo.

Tenía miedo de que mamá le prohibiera seguirse juntando con Joey, así que había ocultado muchas de sus manías al mundo entero. Uno no podía delatar así a su mejor amigo.

Pero lo que más temía era que Joey terminara convirtiéndose en su hermano.

—¿Puedes darme una pista? —dijo, pegándose el auricular a la oreja—. Por favor, hace tanto que no nos vemos... No me hagas más difícil el tener que esperar a verte.

—Bueno, está bien —Joey bajó mucho la voz—. Se trata de unas golosinas especiales. Vienen de muy lejos y son muy raras, y Esteban nos las consiguió para nosotros solamente, ¿no es genial?

Un peso pareció caerse de sus hombros, ¡vaya! Quizás ese universitario no era tan malo como siempre le había parecido.

—¡Es súper genial, Joey!

—Nos vemos mañana.

Llegó a casa a eso de las dos de la tarde, justo cuando Sam había terminado sus tareas y dejado a Rachel jugando con sus muñecas. Joey lo encontró en su habitación. Venía cargando una gran mochila verde que sonaba como trastos chocando entre sí cuando daba pasos.

—¡Sí viniste!

—Claro que vine —le guiñó—. ¿Listo para la mejor experiencia culinaria de tu vida?

—Culi... ¿Qué?

—Hablo de los dulces, tarado.

—¡No hables tan fuerte! —Sam le cubrió la boca y miró en todas direcciones—. Mi mamá me tiene prohibido tocar caramelos antes de la merienda.

—Ella no se va a enterar.

—¿Y dónde están? —lo soltó—. ¿En esa mochila?

Joey lo detuvo antes de que la abriera.

—Espera. Te dije que estos dulces son muy especiales.

—¿Y qué?

—Que no pueden ver la luz del sol —señaló los ventanales de la habitación—. Creo que se ponen malos o algo así. El punto es que tenemos que comerlos en un lugar que esté completamente a oscuras.

Sam medió unos segundos y luego chasqueó los dedos.

—El armario de mamá. Es muy grande y cuando cierras la puerta se vuelve como una cueva. No puedes verte ni la nariz.

Ambos se escabulleron por el pasillo hasta la habitación principal, pero antes de que pudieran entrar al armario, una mano pequeñita detuvo a Sam por la muñeca. Ambos se giraron para encontrarse con Rachel, cuyos ojos brillaban.

—Los escuché —dijo—. Yo también quiero dulces.

—Rachel, tú no puedes comerlos —Sam se zafó—. Son sólo para niños grandes como nosotros. Vete a jugar con tus muñecas, ¿vale? Yo iré contigo en un rato.

—¡No!

—No grites —Sam miró a la puerta—. No grites, Rachel, sólo vete.

—Pero quiero dulces.

—Sam, está bien —interrumpió Joey, mirando a Rachel con una sonrisa extraña—. Hay más que suficientes. Ella también puede comer algo.

Rachel soltó un gritito alegre y Sam se apresuró a abrir el armario, dejándolos pasar a ellos primero para asegurarse de cerrar bien la puerta tras entrar.

Tanteó su camino hasta el lugar donde se habían sentado Joey y Rachel, y se sentó del lado derecho a él. Ya había abierto su mochila y estaba sacando de la misma frasquitos de cristal que iba colocando contra el piso; Sam contó seis, cada uno cerrado con tapones, y comenzó a ponerse nervioso.

Joey sacó del fondo de la mochila el frasco más grande de todos. Su contenido no sonaba duro, como dulces comunes, sino como algo blando y de mediano tamaño. Puso ese frasco delante suyo, diciéndoles que no se movieran, pero mientras él intentaba encontrar la manera de abrirlo en silencio, Sam destapó uno de los frascos pequeños y metió el dedo en él. Una consistencia granulosa como la sal.

Se llevó el dedo hasta los labios y una oleada de alivio le inundó, ¡no era más que azúcar! Esos frascos no podrían contener nada malo.

Sonó un chasquido.

—Ya está —dijo Joey.

Tomó un par de caramelos y luego comenzó a maniobrar en medio de la oscuridad. Se escuchó cómo remojó los caramelos en el contenido de los diferentes frascos.

—Acerquen sus manos hasta mí... Así. Rachel, este es para ti, y Sam, ¿dónde estás? Ah, este es para ti.

Una bolita del tamaño de una canica grande cayó en su mano, y su textura era viscosa. Por el tacto Sam pudo adivinar que Joey había embadurnado la golosina de chile en polvo. En un extremo de esta había algo así como un palito de paleta, salvo que era muy blando y flácido.

—No coman los extremos —dijo Joey—. Esa cosa que parece pulpa no es parte del dulce, sólo es decoración.

Rachel soltó un suspiro encantado.

—¡Mmmm! Está muy rico. Eso que le pusiste... ¿Son chispitas de colores?

—Chispitas y azúcar morena —contestó Joey—. Son tus favoritas, ¿verdad?

—¡Sí! ¿Puedes darme otro?

—Primero termina ese.

Sam devoró su caramelo de un bocado, dejando la pulpa fuera de su boca con un mordisco, y se dio cuenta de que el dulce era bastante duro; se sentía como masticar algo entre gelatina y una manzana. No crujía, pero tampoco se deshacía en su lengua.

El chili que Joey había agregado era gran parte del sabor que percibía, pero había algo más, algo metálico y salado, pero bastante bueno.

Tardó un rato en terminar de masticar y tragar, pero en cuanto lo hizo, pidió más.

—¿Te ha gustado?

—¡Sí!

Los tres continuaron comiendo, bajando el contenido del frasco, que, gracias a Dios, parecía no terminarse nunca. Llenaron las golosinas con azúcar, chocolate, miel, chispitas dulces y chili, y mientras más comían el sabor se iba haciendo más intenso, quedándose en sus bocas e

impregnando sus alientos.

—¿Niños?

Se detuvieron al unísono cuando escucharon a mamá entrar a la habitación. No tuvieron tiempo de esconder los dulces pues mamá se dirigió de inmediato al ropero, abriéndolo de par en par.

—¡Allí están! Me tenían preocupada —la luz repentina les hizo cerrar los ojos, pero en cuanto Sam pudo abrirlos se dio cuenta de que algo estaba mal. Mamá se había quedado congelada —. ¿Qué...? Chicos, ¿qué es eso?

Sam bajó la mirada hasta la golosina a medio comer que tenía en la mano, y al verla se echó a gritar.

Joey se metió lo que quedaba de la suya en la boca.

Rachel echó a llorar y luego vomitó.

El frasco grande, postrado delante de los tres y con menos de la mitad del contenido original, estaba lleno de ojos humanos.

Capítulo 6

6. Un exorcismo en familia

Había un método para deshacerse del mal que habitaba dentro de ellos, y la espera hasta el día en que por fin pudieron obtenerla había transcurrido llena de dolor, silencio y lágrimas.

El padre, el ser más contaminado por la corrupción del mal, se había auto flagelado todas las noches durante horas; además de eso había evitado comer nada más que líquidos, y dormía fuera de casa a pesar de que cayera nieve, lluvia, o que el mundo a su alrededor pareciese estar derrumbándose.

La madre, aquella que había encontrado un sacerdote que aceptó darle la cura a ella y los suyos, por este acto había tenido un poco de redención, pero no era suficiente para salvarse. Aún sentía al mal corriéndole por las venas, susurrándole al oído, pidiéndole que hiciera cosas que solo podrían ocurrírsele a un diablo. Así que también se castigaba. Con navajas de afeitar cortaba su vientre, sus muslos y sus brazos, y cuando curaban volvía a abrir las heridas; pasaba las noches deambulando por toda la casa, orando y bendiciendo todos los rincones de cada habitación hasta que la mañana llegaba.

El hijo, presa fácil de la sádica sociedad, había ido hasta el extremo de coserse la propia boca como un voto de silencio para jamás volver a maldecir, como le había enseñado el mundo, y se vendaba los ojos para jamás volver a ver a nadie de manera impura, como le había enseñado el mundo.

La hija era la más pura. Era demasiado joven para como haberse corrompido por el mundo, y por eso ella tuvo el honor de sentar a todos a la mesa para servirles el menjurje que el sacerdote les había entregado.

La familia no compartía religión con nadie en el mundo, pues era una mezcla de las creencias más populares con un poco de la demencia compartida sólo por ellos cuatro. Pero la verdad es que no tenían idea, y el sacerdote solamente tomó esa oportunidad para hacerse con un dinero fácil, dándoles a ellos por su lado.

Todos se sentaron a la mesa; alegría asomando desde detrás de sus insanas miradas. Ninguno podía hacer ni un sonido, estaban cerca de sufrir un shock.

La hija puso un vaso de cristal limpio delante de cada uno, ceremoniosamente. El aire estaba teñido del olor a incienso, mezclado con el sudor y hedor de la familia, que no se había duchado desde hace

semanas. No merecían estar limpios.

Cuando hubo terminado de colocar los vasos, la hija caminó lentamente hasta el lugar de honor de la mesa. Se sentó y los miró de uno en uno, luego fijó la vista en la botella que estaba delante de ella, sobre la mesa. Tuvo que ponerse de rodillas sobre su silla para abrirla y cuando lo hizo un nuevo aroma inundó la habitación; les hacía sentir picor en las narices y ardor en la garganta. Hizo toser a la hija, que se apresuró a recobrar compostura para continuar.

Volvió a bajarse de su asiento, con el bote entre sus bracitos, y se dirigió hasta donde estaba su padre. Se miraron a los ojos y él asintió. Ella derramó el contenido de la botella hasta estar a punto de desbordar el vaso. La sustancia era como el agua, pero burbujeaba y su color cambiaba constantemente, como gotas de tinta siendo derramadas en aceite. De pronto parecía ser lila, luego cian, luego negra. Era imposible dejar de ver el espectáculo.

La hija tuvo que forzarse a apartar la mirada, dejando a papá hipnotizado por el vaso a centímetros de su rostro.

Le sirvió a mamá y luego a su hermano, que había estado arrancándose en silencio los hilos de sus labios y quitado la protección de sus ojos. No había tanta sangre como ella se lo imaginaba, pero igual era extraño verlo sonriendo después de tanto tiempo acostumbrada a verlo serio.

—Gracias —murmuró, cuando ella le hubo servido su ración.

Todos esperaron a que la pequeña volviera a su lugar. Se sirvió la misma cantidad que los demás, y el mismo caos colorido llenó su vaso.

Ninguno dijo nada por varios minutos. Nadie se movió. Nadie apartó la vista de su bendición personal.

Papá despertó del trance y su mano reptó hasta alcanzar el vaso. El resto de la familia hizo lo mismo, pero todos esperaron para que él diese el primer sorbo. Se remojó los labios, inclinó la cabeza y bebió. Un poco, luego hasta llenarse las mejillas. Tragó y asintió, y cerró los ojos y volvió a tragar de forma aún más desesperada cuando todos le imitaron.

El líquido estaba frío, pero cuando les caía en el estómago notaban que este se ponía caliente hasta el punto de hacerlos tener agruras, pero siguieron bebiendo hasta terminarse todo. Tenía un sabor ácido y las burbujas sabían a sal, pero ninguna incomodidad era demasiado mala si con esta podían redimirse de todos sus pecados.

Todo estuvo bien hasta que les entraron las náuseas, pero detuvieron el vómito que escaló por sus gargantas poniéndose las manos contra los

labios, y se tragaron la bilis. Los hijos estuvieron cerca de llorar porque el estómago les ardía de una forma atroz, pero lograron resistir. Papá y mamá se quedaron quietos, mirando hacia el frente y controlando la agonía de su cuerpo como ya habían aprendido a hacer.

Los hijos les imitaron. El dolor dentro de sus cuerpos fue incrementando conforme su estómago parecía intentar asimilar lo que se había tragado y lo que no le dejaban expulsar.

—Estaremos bien —dijo papá, apretando los puños contra la mesa—. El dolor que sentimos es necesario... ¡De esta manera nos purgaremos de la maldad que habita en nosotros!

—¡Resistan! —completó mamá.

Luego, la familia entera empezó a sangrar por la nariz, por los oídos, por los ojos, y mancharon sus pantalones y faldas de la sangre que les salía de las vejigas.

—No abandonen sus puestos —gritó papá—. No nos iremos hasta que todo haya terminado, hasta que nos hayamos limpiado de todo pecado. Esto que ven, esto que sale de nosotros, no es más que el demonio que habita en la humanidad diciéndonos que nuestra bendición dada por el sacerdote está funcionando.

—Pero papá... Duele tanto.

El hijo se llevó las manos al estómago y lo apretó con fuerza, dejando caer la cabeza contra la mesa. Todos los vasos saltaron y rodaron hasta estrellarse contra el suelo; luego comenzó a gemir por lo bajo.

—Resiste, lo estás haciendo bien.

Entre quejidos y lágrimas, el malestar iba haciéndose peor. Transpiraban copiosamente, seguían sangrando hasta crear ríos a su alrededor, su piel se ponía amarillenta y sus ojeras, de por sí enormes, se marcaban contra sus esqueléticas mejillas.

De pronto mamá se puso de pie, pero tropezó y cayó al suelo junto con su silla. Su rostro estaba contraído en una mueca de dolor y, justo cuando papá iba a apremiarle por abandonar su lugar, ella empezó a vomitar una masa rosa y roja frente a ellos.

—¡Está expulsando el mal! —dijo él, deteniendo a sus hijos de acercarse a la madre, cuyos gemidos alcanzaban a atronar en toda la casa—. Cuando esto termine estará purificada.

Lo sabía porque no estaba devolviendo el líquido sagrado, sino sangre. Sus propias tripas, parte del estómago, y luego algo alargado y duro que luego se quedó atorado contra su lengua y su paladar.

Mamá comenzó a gemir, removiéndose y contrayéndose contra sí misma, como un pez fuera del agua. Sus ojos se abrieron tanto que estuvieron a punto de salirse de las cuencas. Y luego se quedó quieta.

Su hija se inclinó sobre la mesa, mirando como si no pudiese creer que todo esto fuera real.

—¿Mami...?

Algo le subió por la garganta acallando sus palabras. Expulsó delante de papá y su hermano un tejido blando y aún palpitante. Su cuerpo quedó tendido inerte sobre la mesa, con los intestinos saliéndosele entre los labios y exhalando su último aliento mientras el par restante comenzaba a sufrir el mismo destino.

Gimieron y lloraron, y vomitaron sus órganos hasta que su cuerpo se rindió ante la batalla.

El mal se desvaneció de la familia.

Capítulo 7

7. Vida forzada

Kevin tenía una insana fascinación por los híbridos entre humanos y máquinas; se había visto todas las películas que jugaban con el concepto, había leído libros y seguía muchas páginas web y blogs de investigadores serios que intentaban combinar de forma perfecta al ser humano con una inteligencia artificial que lo hiciera altamente eficiente mental y físicamente, pero sin que ninguna parte terminase opacando a la otra.

Él deseaba con todas sus fuerzas que alguien encontrase el balance perfecto, que se crease finalmente un híbrido que poseyera lo mejor de ambos mundos, pero que no fuese clasificado como mitad de esto o de aquello, sino como su propia y única especie.

La vida se le estaba yendo en esperar y desear.

En su cumpleaños setenta y ocho supo que no podía seguir dependiendo de los demás, así que se decidió a hacerlo por su cuenta.

Había sido buen amigo desde la niñez del encargado de una sala de autopsias, y este fue quien le brindó el cadáver que usaría para sus experimentos.

Lo llevó a su casa en medio de la noche. Mientras ambos cargaban la bolsa plástica hasta el área de pruebas (su sótano) el amigo de Kevin se puso a hablar para que conociera más a su paciente.

—Se trata de un hombre de unos treinta o treinta y dos años. Por su ropa y causa de muerte (inanición y deshidratación), se asume que era un vagabundo. No se encontró ningún tipo de identificación ni familiares que reclamasen su cuerpo.

—Es muy triste —admitió Kevin. Abrió la puerta del sótano dándole un empujón con el trasero y ambos entraron. Dejaron la bolsa sobre una gran mesa —. Pero juro que terminaré dándole un mejor propósito. Volverá, y será alguien importante.

Se limpiaron el sudor y Kevin encendió la luz mientras su amigo le respondía.

—Sí, sí... Lo mantuve a una temperatura baja durante estas semanas, así que deberás esperar hasta que su calor incremente antes de comenzar a cortarlo y abrirlo.

—Dejaste sus órganos intactos, ¿verdad?

—Los dejé dentro del cuerpo, si a eso te refieres. Ni sus músculos ni sus órganos están intactos, pero por lo menos están donde deben estar.

—Con eso me basta —dijo Kevin.

—Mi recompensa...

—Te haré depósitos mensuales hasta que llegue a la cifra acordada, pero sólo si no dices a nadie lo que tengo entre manos.

—Por eso no te preocupes —soltó un suspiro—. Si te descubren a ti, me descubren a mí.

No preguntó cómo es que explicaría al mundo todo esto después de que llegara a tener éxito, porque sabía que eso no ocurriría. Prometió mantener cerrada la boca y se despidió.

Kevin lo acompañó hasta la salida, apagó todas las luces de su casa y volvió al sótano, sin inmutarse por el cuerpo envuelto en plástico sobre la mesa que varias noches atrás había estado atiborrada de libros y cuadernos. Estos, junto con instrumentos médicos que su amigo también le había prestado, e innumerables cables, chips y partes de todo tipo de electrónicos, se encontraban ahora dispersos por el suelo y en los estantes empotrados contra las paredes.

Se la pasó toda la noche leyendo y pensando, y después de tomar su almuerzo a la mañana siguiente, se puso manos a la obra. ¡Todo estaba listo!

Sonrió, con manos temblorosas. Abrió la bolsa e hizo una breve oración cuando miró al cadáver la primera vez, sin pensar en lo irónico de rezar a un Dios cuando él mismo pretendía volverse uno.

Desechó la bolsa y tocó el cuerpo. No estaba helado, pero sí frío, y sus extremidades podían doblarse sin mucha dificultad.

Asintió y lo miró de arriba abajo varias veces. Parpadeó. Sí, todo estaba listo, pero... ¿Por dónde empezaba?

Se puso los guantes y examinó sus ojos y boca... No, por ahí no. Tomó unas tijeras y recortó la camiseta para luego toquetearle el pecho... Mmm... Por ahí tampoco. Lo dejó en calzoncillos y seguía sin saber qué hacer primero; luego se alzó de hombros. Las piezas irían cayendo en su lugar conforme avanzara, iporque el agua no corre hasta que abres el

grifo!

Hizo el primer corte en todo lo largo del brazo derecho el hombre, del cual no salió sangre más que en pequeños y muy pocos grumos pastosos. Kevin examinó las venas y se apresuró a colocarse una mascarilla pues sólo podía ver bien de cerca. Las analizó unos minutos y luego fue a buscar varios metros de cables delgaditos con los que comenzó a remplazar las venas más grandes.

Los sonidos en el sótano subieron hasta la planta alta, sonidos entre líquido y sólido, cosas blandas chocando contra el piso, crujidos y chispas que centelleaban por el aire; y el aire se llenó con el olor del humo.

Reemplazó las venas con cables de alta corriente en ambos brazos del sujeto, desde la punta de los dedos hasta los hombros. La carne caía a ambos lados de las rajadas abiertas como si se tratase de jamón fresco, y los músculos tenían un tono rosa apagado contra los coloridos alambres que habían sido unidos al tejido con grapas y pequeños tornillos.

Kevin cerró las aberturas hechas con el bisturí cuando ya era de noche, terminándose así las grapas (las de calidad industrial) y utilizando un poco de caucho para cubrir las zonas donde la carne ya no cerraba por completo.

Había durado un día entero ocupándose solamente de los brazos, pero no se detendría.

El día siguiente se encargó del pecho. Le abrió la caja torácica con una cierra de mano y muchas pinzas de todos tamaños; tuvo que quebrarle el esternón y todas las costillas para sacarlas de lugar. Luego las intercambiaría por una protección hecha de metal.

Al apartar todos los pedazos de hueso que alcanzaba a ver, por fin se permitió prestar atención al corazón y a todas las complicadas arterias que llegaban desde todas direcciones. Los pulmones le harían esa parte del trabajo difícil, pero luego se dijo que su híbrido no necesitaría respirar, y los retiró.

Agarró más cables, descarapelados de los extremos, y con cuidado hizo lo mismo que había hecho el día anterior; uniendo los nuevos cables a las orillas de los de los brazos, que había dejado expuestos. Las venas y arterias muertas caían al piso como fideos a punto de deshacerse y los cables eran metidos a la fuerza en el cuerpo, pues Kevin les obligaría a cumplir su función les gustara o no.

Cuando hubo terminado, del pecho del cadáver se podía ver un mar de cables de todos colores, brillando bajo la luz fluorescente, y en medio de todos ellos se hallaba un corazón humano, apachurrado, negro y seco

como una hoja marrón después de ser pisada.

Kevin se dio la media vuelta y tomó el nuevo corazón: una batería con luces y botones. Arrancó el órgano de lugar, dejándolo caer al bote de basura más cercano, y lo intercambió con su creación. Conectó los dos finales de los cables (en los cuales había unido los finales de todos los demás) a ambos lados de la batería, como una arteria que entra y otra que sale, y luego se apartó.

Encendió su computadora y después de teclear sinsentidos, se conectó vía bluetooth a la batería, que lanzó un pitido al encenderse.

Pasó toda la madrugada colocando la nueva caja torácica en posición, y la mitad del día siguiente cerrando el pecho abierto.

Cuando durmió y descansó, siguió trabajando.

La primera semana reemplazó todas las venas de la parte baja del cuerpo con cables, que al final iban a ser conectados con otra batería donde ahora se encontraba la vejiga.

La segunda semana intercambió el aparato digestivo con cientos de tarjetas madre, memorias, y tarjetas RAM, que colocó dentro de una extraña esfera de cristal resistente.

La tercera semana trabajó con el cerebro, que serviría de receptor (para las señales y órdenes que él enviara desde su computadora) y emisor (hacia las partes del cuerpo que necesitara mover para completar sus objetivos).

De pronto Kevin ya no quería que su creación tuviese una conciencia propia; ¿por qué habría de tenerla si el que estaba trabajando con tanto fervor era él y él solamente? Cuando naciera, debería dedicar su nueva vida a agradecer y servir al que lo había dado todo para crearle.

Reconocer la posibilidad de una especie todopoderosa hacía que él como hombre se transformara en algo secundario, opcional, arrebatándole el puesto en la cima de la cadena alimenticia. Pero si la especie todopoderosa seguía sirviendo al humano, este seguía siendo Dios.

La quinta semana instaló, a través de la carne y con ayuda de afilados instrumentos, puntos receptores en todos los huesos. Se veían como botones blancos que emitirían luces al mover a los huesos que tenían debajo.

La sexta semana probó y comprobó hasta el cansancio que cada receptor hiciera su trabajo. Al final de esos siete días pudo hacer que el cadáver se levantara y anduviera de un lado al otro, levantando objetos y trayendo o

moviendo cosas si así lo quería la voluntad de Kevin.

Estaba tan emocionado que mensajeó a su amigo contándole la noticia, enviando un borroso y mal enfocado video como prueba. Él llegó a su casa en menos de media hora, exigiendo ver si aquello era realidad o solo una broma bien planeada. Cuando lo vio, estuvo a punto de desmayarse.

—Pero, no lo entiendo —dijo, después de haber cobrado compostura y haber observado demasiadas pruebas de que aquello, de verdad, era realidad —. Kevin, no lo entiendo.

—Yo tampoco. No sé cómo lo he hecho, ¡pero funciona!

Su rostro reflejaba la ebriedad de alguien que sabe lo poderoso que es, y era tal que ni siquiera se giraba a ver a su amigo cuando charlaban.

—No, me da igual cómo lo hayas creado —admitió, y luego lo aferró por la camisa sudada —. Esto no era lo que tú querías.

—¿Qué dices?

—Creaste a un esclavo, no a un ser.

—Si no te gusta puedes irte a la mierda.

Lo echó de casa, pero, sin que Kevin se diese cuenta, él volvió esa misma noche en compañía de su sobrino: un experto en informática.

Entraron con cuidado hasta el sótano, donde el cuerpo rígido del robot se encontraba, sentado sobre su mesa y mirando con ojos vacíos en dirección a la puerta por la cual ambos entraron.

—Bien, amigo —le dijo a su sobrino —. Espero que esto no sea muy complicado para ti.

Utilizando el cráneo aún abierto que Kevin le había dejado, tardó tres o cuatro horas en regalarle una conciencia propia.

La programación que había hecho Kevin era muy rudimentaria, y no fue muy difícil encontrar las constantes que usó para conectar los emisores con los receptores y la batería. El chico adecuó al robot para que este hiciera funcionar la batería de forma automática (como palpita un corazón real) y para que pudiese pensar sin necesidad de terceros.

Solo hacía falta presionar un botón.

Lo hizo. Ambos se giraron a verlo, esperando.

El hombre de pronto gimió y sus ojos muertos se llenaron de vida, de una vida tan pura como solo la puede experimentar el humano al encontrarse ahogado dentro de la más pura agonía.

Miró directamente a quienes se postraban delante de él y se precipitó sobre ellos, produciendo sonidos raros desde su garganta; tomó al amigo de Kevin por los hombros y, con el susto, el sobrino de este retrocedió e hizo caer la computadora en la que había estado trabajando, dejándola inservible cuando cayó al suelo.

El nuevo hombre gimió. Sus ojos se perlaron con lágrimas. ¿Un hombre muerto podía llorar?

Balbuceó algo. Su agarre haciéndose más fuerte sobre los hombros del anciano. Intentaba hablar, pero su lengua no respondía. Su Dios no le había dado el derecho del habla.

Luego una voz estalló dentro de la cabeza del viejo y el chico también lo sintió porque se llevó las manos a los oídos.

—Mátame.

Se desesperó y lo arrojó al suelo, quebrándole la espalda en el proceso. El viejo gritó y su sobrino fue a ayudarlo, pero el nuevo hombre lo apartó de una patada, quebrándole el cráneo y lanzándolo por el aire hasta que chocó con una pared y cayó inmóvil al suelo.

—Mátame. Por favor, mátame.

Kevin bajó corriendo las escaleras cuando la creación había abierto con sus propias manos el vientre del viejo, intentando encontrar respuestas mientras repetía lo mismo una y otra vez.

—Mátame. Mátame. Mátame.

Escuchó cómo Kevin gemía y levantó la cara.

Fue entonces cuando Kevin se dio cuenta de por qué algo así jamás se había inventado. Era porque cuando tu creación se levantara y te viera por fin a los ojos, como ahora, lo único con lo que tu mente iba a relacionarle iba a ser con un monstruo. Le vería como una abominación.

Algo que no debía existir.

¿Pero la creación en verdad tenía la culpa?

Kevin murió bajo sus puños, oyendo sus ruegos, y supo que la respuesta era no.

Capítulo 8

8. La cruel cría

Una vez, en un futuro distante, se descubrió una criatura como ninguna otra.

Investigadores de la Sede de Inteligencia ponían todo su empeño en catalogar cada una de las especies del Universo Siete, Sector Tres, Mundo Doscientos Trece.

Ese mundo estaba creado casi por completo de materiales fuertes como el metal, pero que aún estaban siendo estudiados y bautizados. Se había descubierto que, debajo de la dura superficie del mundo, se hallaban criaturas mucho más débiles, mucho más... Blandas.

Eran similares a grandes gusanos. Casi todos tenían una protección de metal, resistente y flexible, pero no impenetrable. Cuando se atravesaba, lo que se encontraba dentro era parecido a una masa aguada, y debajo de la masa no había órganos sino líquidos espesos como jarabe. En el centro de todo estaba lo que podía clasificarse como el cerebro: una esfera roja de no más de cinco centímetros de diámetro.

Al investigador Cinco Cero Cuatro (o Triple C, su querido sobrenombre) se le había asignado la tarea de descubrir cuál era la especie dominante de ese mundo, porque hasta ahora no se habían encontrado más que gusanos con coraza que vivían bajo tierra. Tenían subespecies, sí; tenían una compleja jerarquía, por supuesto; pero también morían apenas pasaban unos minutos en la superficie.

Triple C llevaba vigilando atentamente el Cementerio de Gusanos, donde estos iban a morir cuando ya eran muy viejos para cumplir con sus tareas, por varias semanas. Se habían mandado instalar cámaras desde todos los ángulos posibles, cubriendo la mayor parte del terreno. Una noche Triple C descubrió al que terminaba con la vida de los gusanos.

El Ave de Acero.

En apariencia era similar a un cuervo, pero sus plumas estaban creadas de un metal ligero e increíblemente afilado, capaz de hacerlas volar tan bien como les permitía defenderse ante los ataques de otra ave que venía con la intención de arrebatarse la comida o el hogar. Tenían un pico alargado como el de un mosquito, y no tenían ojos porque se guiaban a través del oído. Con ayuda de este sentido cazaban a los gusanos moribundos y, en una pelea, clavaban sus picos en el cráneo del

adversario para dejarle sordo y que posteriormente muriese de hambre.

Eran seres agresivos y siempre viajaban solos; ¡allí estaban! Eran la especie dominante, pero Triple C no quería anunciar su descubrimiento hasta que supiera todo con respecto a ellos.

No eran una especie numerosa, porque había analizado las particularidades de cada una de las aves que había visto. Todas tenían un color diferente; era difícil distinguirlo, pero en definitiva lo tenían. Unas eran un poco más grises, otras un poco más negras, y otras hasta asemejaban el color púrpura.

En total había cincuenta y dos en un radio de casi trescientos kilómetros.

No se alimentaban muy a menudo y, cuando lo hacían, parecían tener horarios y fechas establecidas. A veces buscaban gusanos por las mañanas, otras veces por las noches, y cada día venía un ave diferente.

Había disputas cuando dos se encontraban en el mismo lugar, pero por el bien de la especie la mayoría parecía respetar el "horario de comida" de las demás.

Triple C ya conocía bien el comportamiento, las costumbres, pero... Hasta ahora no había encontrado indicio de rituales de apareamiento. Llevaba estudiándolas por casi medio año y sabía que eso sólo indicaba que la especie no se apareaba, sino que producía a sus sucesores sin ayuda de otro de su misma especie.

Tampoco había encontrado manera de separar a los machos de las hembras, lo que significaba que no había tal distinción. Ninguna Ave de Acero era ni macho ni hembra, perfecto, pero ¿cómo tenían crías?

Mientras formulaba sus cuestionamientos, escuchó desde una de sus cámaras de vigilancia un sonido como jamás había escuchado antes; algo parecido a un chirrido, un gemido, una explosión en miniatura. Cuando miró solo pudo ubicar un cuerpo extraño tumbado en el extremo de una de sus pantallas, el cual sólo podía ver a medias. Parecía una de las Aves de Acero, pero sin plumaje y completamente aplastada.

—¿Qué...?

Oyó una sacudida, metal chocando contra metal rápidamente, y su mirada se posó sobre lo que había estado buscando. Soltó un grito y se agarró el cabello al chocar contra el respaldo de su silla.

¡Una cría! ¡Una cría del Ave de Acero!

Era pequeñita y tenía agujeros en la cabeza que dejaban escapar un brillo rojo, como rubíes. Triple C se sentó recto una vez más, mirando a la criatura fijamente. Los recién nacidos tenían ojos. Lo anotó en una libreta y volvió a observar. La pequeña criatura también estaba llena de líquido ambarino, pegajoso, y tiras rojas y rosas que chorreaban sangre le caían alrededor del cuerpo.

Por eso se estaba sacudiendo, quería quitarse la mugre de encima.

—¿Dónde está tu madre? —dijo Triple C—. ¿Y mamá? ¿Y papá, chiquitín?

Luego se dio cuenta.

El chirrido, el gemido, la explosión.

El cuerpo aplastado del ave adulta, que ya no tenía plumaje.

La porquería que chorreaba del ave recién nacida.

Triple C palideció. En todo su tiempo como investigador, no recordaba haber sentido nunca ese grado de repulsión. La cría le había atravesado a la fuerza para nacer.

Un gemido apagado captó la atención de ambos. Triple C vio a través de las cámaras cómo el ave adulta se retorció mientras sonidos guturales como gruñidos se escapaban de esta, y luego la cría se giraba en su dirección, dando saltitos. Le estaba llamando para despedirse, ¡cuán adorable!

La sonrisa de Triple C quedó congelada en su rostro cuando la cría clavó su afilado pico en el cráneo del ave adulta, cortando sus gemidos de tajo. Succionó todo lo que había dentro y luego devoró rápidamente todo lo que había quedado dentro del cuerpo después de que él mismo lo hubiese destrozado con su nacimiento.

En ese momento Triple C lo entendió.

Cuando las aves maduras alcanzaban a tener los nutrientes, elementos y hormonas suficientes en la sangre, un feto comenzaba a desarrollarse dentro de ellos.

Había visto a esa Ave de Acero, #09, tener un comportamiento levemente distinto al que usualmente tenía, porque se tambaleaba al andar y erraba continuamente en sus ataques por obtener comida, pero las otras aves no hacían nada cuando se la encontraban. Porque sabían lo que llevaba en las entrañas.

Al estar cerca de dar a luz, su plumaje duro se había caído, de forma que la cría pudiera abrirse paso a través de la piel sencillamente, destrozando a su progenitor desde dentro para poder emerger ante el mundo finalmente.

Dar a luz debía ser la sentencia de muerte de la madre o el padre, o lo que fuese, pero esta vez el ave adulta no había muerto.

Los ojos del ave recién nacida sólo estaban allí para ayudarle comer durante los primeros meses de vida, y la primera comida de ella debía ser quien le había dado a luz.

Los gemidos y gruñidos finales del ave adulta no habían sido para que la cría se acercara, sino para intentar asustarla, porque sabía que esta la iba a matar.

Triple C se quedó congelado en el mismo lugar por largos minutos, mucho después de que la cría hubiese dejado los huesos de la madre en el cementerio, y luego supo que aquello era demasiado.

Eliminó toda evidencia del Ave de Acero y dio un falso informe final a sus supervisores.

Algunas cosas era mejor no descubrirlas.

Capítulo 9

9. La feria de ciencias

Durante sus tres años en secundaria, Sara, Jackson y Laura se habían preguntado varias veces por qué, cuando la feria escolar de ciencias se realizaba en Octubre, nadie basaba sus experimentos en algo acorde a la época.

Las casas, las calles e incluso la escuela misma comenzaban a adornarse con calabazas, fantasmas, y brujas, y aun así a nadie se le había ocurrido presentar un proyecto terrorífico. Todo tenía que ver con ciencias (con esa parte aburrida), con matemáticas (¿qué tenían los números de excitante?), o con física (la materia que a nadie le importaba).

Sara había sugerido a sus amigos que, en su último año, debían demostrar a todos cómo se hacía un buen proyecto en un mes tan fenomenal.

—Vale, ¿y qué es lo que haríamos? —preguntó Laura, haciéndose escuchar por encima del alboroto del comedor.

—Yo me inclino por la biología —interrumpió Jackson, con una gran sonrisa—. Los tejidos, la sangre, la delicadez de los órganos humanos, ya saben.

—Ah, traumas violentos —se rio—. Me gusta.

—¿Qué tal la psicología? —terció Sara—. Terror psicológico; la retorcida imaginación de las personas cuando estas se asustan. Estaremos frente a un grupo de jurados y espectadores... ¿Qué les parece la mentalidad de las masas?

Jackson hizo un gesto de desaprobación y estuvo a punto de comenzar a debatir, pero Laura le empujó y se inclinó hacia adelante.

—¿Por qué no combinamos ambas cosas?

Así, el día nueve de octubre, se les asignó un número y un lugar alejado en el gimnasio de la escuela para presentar el experimento en que tanto habían trabajado.

Jackson y Sara fueron a instalarse, pues el plan debía ejecutarse con Laura entre el público.

Dejaron sus instrumentos en la mesa asignada, dibujaron y escribieron el nombre de su proyecto en grandes cartulinas que colgaron detrás de ellos,

y al finalizar buscaron a Laura con la mirada, quien les dirigió un asentimiento de cabeza y luego desapareció entre la multitud.

—¿Recuerdas tus líneas? —preguntó Sara.

—Claro que sí. ¿Cómo está tu maquillaje?

Ella se chequeó.

—Perfecto.

—Somos el número veintiuno, el último. Para entonces todos se habrán desocupado y nos estarán mirando.

—¿Y eso te pone nervioso? —se burló ella.

Jackson sonrió con malicia y la corrigió.

—Me emociona.

Continuaron arreglando sus materiales y posicionando todo lo que ocupaban en el ángulo perfecto. Todo debía ser perfecto. Casi una hora más tarde los tres jueces y la mayoría del público se acercaron hasta la esquina que ocupaba el equipo número veintiuno: "El Experimento de la Transfusión de Sangre".

Al verlos Jackson dio un paso adelante, opacando la atención de todos con su voz grave y ademanes exagerados. Sara se quedó detrás, ausente.

—Bienvenidos, bienvenidos —dijo él, sonriendo mucho—. Me alegra que hayan podido llegar hasta nosotros. ¿Cómo va la feria, señores?

—Ha sido interesante —contestó un juez.

—¿Transfusión de sangre? —preguntó otro—. Espero que no sea...

—¡No habrá problema alguno! Todo saldrá perfecto, se los aseguro —interrumpió Jackson. Luego se dirigió a los que estaban detrás del jurado y más allá—. Todos, ¡acérquense! No querrán perderse el experimento más emocionante de esta tarde y el más legendario que la feria de nuestra escuela haya visto, ¡adelante! No tengan miedo y sean nuestro público.

—Eso suena bien —dijo una voz chillona. Jackson y Sara reconocían la voz de su amiga, pero nadie más pareció darse cuenta. Con su declaración, docenas y docenas se acercaron—. Es el último experimento, no voy a

perdérmelo.

—¡Gracias, gracias! —Jackson parecía más un presentador de circo, pero no importaba. Mientras tanto Laura iba de un lado al otro del gimnasio, hablando y convenciendo a todos —. Ahora iniciaré el experimento, si los jueces están de acuerdo, claro.

Ellos, visiblemente incómodos ante la atención de todo el público, se limitaron a asentir y tomar nota.

Jackson tomó un par de guantes y un bisturí de la mesa.

—Ahora le pediré a mi compañera que se acerque. A ustedes les pediré que presten atención a su brazo derecho y el corte que trazaré en este.

—¿Corte?

—¡Qué interesante! —interrumpió Laura, y todos callaron.

Jackson le guiñó a Sara, toqueteó su brazo e hizo una abertura profunda en el mismo, de forma diagonal. Dejó el bisturí manchado en la mesa cuando del corte comenzó a salir sangre, oscura y apestosa.

—Tranquilos —levantó una mano —. Y miren con atención.

Todos vieron la herida, ignorando que Laura no hacía gestos de malestar.

Jackson pasó delante de ella, tomó una cubeta y la colocó debajo de la herida para recolectar la sangre.

—¡Es maravilloso! —gritó Laura. Nadie la contradijo.

—Noten cómo su brazo comienza a perder fuerza y color —continuó Jackson —en comparación con mi propia mano, por ejemplo. No separen sus ojos de la herida, ¿ven cómo la sangre parece volverse más oscura conforme les hablo? Pero ¿todo esto es verdad o solo un truco que nos juega la mente?

—Es muy interesante —seguía diciendo Laura, impidiendo que otros pensaran por sí mismos.

—Miren cuánta sangre se ha perdido y, ah, ahora la palidez comienza a notarse en su rostro. Vean sus ojeras y pómulos marcados —volvió a tomar el bisturí e hizo un corte más arriba del anterior. La multitud ahogó un grito —. No hay problema, ella está bien y lúcida, ¿no es así, Sara?

Ella asintió, notoriamente mareada.

—Jackson, creo que deberías...

—Apenas ha perdido sangre —dijo él, cortando el tren de pensamiento del juez. Chasqueó los dedos delante del rostro de su amiga, pero ella permaneció con la vista perdida —. ¿Sara? Sara, necesito que respondas a los estímulos.

La sangre que chorreaba de sus heridas de pronto comenzó a salir con mayor rapidez pues su corazón ahora palpitaba a toda velocidad. El sonido que hacía al chocar contra la cubeta era como oír una tormenta intentando ahogarte. El color en la piel de Sara se hizo diez tonos más claros, como el color del papel, y luego ella se tambaleó hacia atrás, tropezando con una silla y chocando luego de nalgas contra el suelo.

Se manchó de rojo a sí misma tanto como al suelo, y seguía con la mirada al frente y el brazo en alto.

El público saltó y gritó, y los jueces estuvieron a punto de acercarse para detener todo cuando una voz los interrumpió.

—¡Miren a Jackson! —y todos le hicieron caso. La voz iba de un lado al otro, parecía venir de todos lados, pensar lo que todos pensaban —. Seguro lo tiene todo bajo control, ¿no es verdad?

—¡Es verdad! —había tomado de una esquina oculta una bolsa con sangre de la cual bajaba un tubo plástico que tenía una aguja al final. Jackson intentaba clavársela a Sara en el brazo sano, pero fallaba al intentar encontrar su vena y ya le había dejado varios puntos abiertos que también comenzaban a sangrar —. No... No tienen por qué preocuparse.

Se sacó la chaqueta y envolvió con esta el brazo con cortes, pero a través de la tela la sangre comenzó a gotear rápidamente. Jackson negó y se volvió a los jueces.

—No hay de qué preocuparse, lo juro, yo...

De pronto Sara tomó la aguja que venía de la bolsa con sangre y se puso de pie tambaleante, mirando a la nada.

—¡Dios mío! —chilló Laura —¡Ha perdido la cabeza!

Sara sonrió, acercándose hasta encontrarse delante de los jueces. Empujó a Jackson a un lado y este se llevó la mesa consigo, cayendo al suelo. Todos los instrumentos afilados llovieron sobre él, hiriéndolo por igual.

—¡Está muerto! —dijo Laura.

La multitud comenzó a retroceder, gritando y empujándose en dirección a las salidas tan rápido como podían. Se llevaron por enfrente los proyectos de otros chicos, tiraron sus mesas y pisotearon los trabajos, y alguien dejó caer su encendedor, que prendió en una bola de fuego un volcán de bicarbonato.

Los jueces fueron los únicos que se quedaron donde estaban, mientras el caos envolvía su alrededor.

—¡Está muerto, Jackson está muerto! —seguía diciendo Laura, sin dejarse llevar por la oleada de gente que buscaba la salida —. El chico está muerto.

—Tiene lo que se merece —los ojos de Sara se habían puesto completamente blancos, y sonreía con la peor sonrisa que hubieran visto los jueces —. Pero yo quiero mi sangre de vuelta.

Se clavó la aguja en el cuello y luego se desplomó de espaldas.

Los detectores de humo se habían encendido y ahora roseaban a los últimos habitantes del gimnasio. Cuando todos se hubieron ido, llevándose sus gritos y lloriqueos con ellos, Laura salió de debajo de la mesa donde se había ocultado y corrió para ver a sus amigos, quienes ya se ponían de pie entre carcajadas.

—¡Eso estuvo increíble!

El maquillaje le escurría a Sara por la cara, y la sangre falsa les manchaba a ambos la ropa. Embarraron también a Laura cuando los tres se unieron en un abrazo victorioso.

Minutos más tarde tuvieron que explicar la realidad a la policía, justificar su experimento a los jueces y disculparse con todos los presentes.

Salieron de la escuela mojados, manchados, y con el listón del primer premio ondeando sobre sus camisetas.

Capítulo 10

10. Rompiendo y rasgando

—Lucas... Lucas, ¿oíste eso?

—HmMMM...

—¡Lucas!

—Chris, déjame dormir o le diré a mamá.

—Mamá no llega hasta en la mañana.

—Pues se lo diré entonces.

—Sólo... ¡Ah! Allí está otra vez, ¿lo escuchaste?

—...

—¿Lo escuchaste, Lucas?

—Sí. Pero debió ser el gato, ya sabes cómo se pone en las noches.

—El "gato" está recostado a mis pies. Ha sido él el que me ha despertado, y luego escuché ese ruido. Hay algo en el ático.

—No hay nada en el ático además de ratas y cajas de cartón.

—Cajas de cartón de los viejos dueños. ¿Te acuerdas de ellos el día que vinimos por primera vez? Eran muy raros, seguro dejaron cosas iguales de raras en esas cajas.

—Dios, ¿por qué mamá no me deja dormir ya en otra habitación?

—Allí está de nuevo.

—Chris, seguro sólo son ratas. Vuelve a dormir.

—No pueden ser sólo eso, ¿no oyes? Se escucha como algo más grande; rompiendo y rasgando, arrastrándose por el suelo... Como si hubiera salido de una de esas cajas de cartón y buscara la salida del ático.

—¿Estás llorando?

—¡N-no!

—Te asustaste tú solo otra vez.

—Te digo que no estoy llorando.

—¿Y por qué te tiembla la voz?

—Porque... Porque tengo frío.

—Entonces abrígate y vuélvete a dormir de una vez. Mañana hay escuela.

—Mañana es domingo.

—Deja ya de contradecirme. Soy tu hermano mayor y debes hacerme caso.

—Si eres mi hermano mayor de verdad, deberías ir a investigar. Esa cosa sigue rompiendo y rasgando, arrastrándose y rompiendo y rasgando todo lo que hay allá arriba.

—Bien... Si voy a investigar y descubro lo que pasa allá arriba, ¿te callarás e irás a dormir?

—Espera...

—Iré, pero cuando regrese quiero verte durmiendo.

—No, Lucas, espera. ¿Escuchaste? Algo se cayó... ¡Y allí está otra vez! ¡Rompiendo y rasgando, y arrastrándose por el suelo! Ahora no es sólo uno, hay varios.

—Varios serán los coscorriones que te daré si no callas. ¿Dónde está tu linterna?

—Lucas, mejor no. No vayas. ¿No ves cómo tiembla Galleta?

—¿El gato? ¡Ja! Ya sabes que los gatos están locos, no me voy a fiar de su comportamiento. Ahora dime dónde está tu linterna.

—Rompiendo y rasgando... Buscan la salida del ático, Lucas, si subes allá se las mostrarás y de seguro eso no va a ser bueno para nosotros.

—¡La encontré!

—¡Hazme...! ¡Hazme caso!

—Ya te dije: si no te encuentro dormido para cuando regrese, voy a darte la tunda de tu vida.

—Lucas... ¡Lucas! Por Dios... Galleta, ¿qué hago ahora? Ven, abrázame; así, buen chico. Deja de temblar o también yo comenzaré a hacerlo. Ah, muy tarde... ¿Crees que Lucas esté bien? ¡Tonto! No pienses en eso, no pienses en eso.

—¡Respira como te lo enseñó la psicóloga del colegio!

—¡Ahh! Mierda, no me grites así desde el pasillo.

—Ya he bajado la escalera del ático. Voy a subir.

—Te tiembla la voz a ti también.

—Calla y vete a dormir.

—¡Lucas, vuelve! ¿No los oyes? Rompen sus prisiones y rasgan para salir, ¡buscan la salida!

—Duérmete, Chris.

—Rompen y rasgan, rompen y rasgan, rompen y... A ver, respira. Uno... Dos. Uno... y dos... Y uno otra vez... Dos otra vez...

—¡AHHHHHHH!

—¿LUCAS? ¡¿Lucas, estás bien?!

—¡AHHHHHHHHHHH! ¡AHHH! ¡AAGHH!

—Lu... Lucas... ¿Qué pasa? ¡Galleta, vuelve aquí!

—¡Chris...! ¡AGH! Chris, cierra la puerta...

—¿Lucas?!

—¡¡CIERRA LA PUERTA Y ESCÓNDETE!!

—Uno, dos... Uno, dos. Uno, dos, unodos unodosunodosunodos... ¡Mierda! ¿Qué es eso?

—Chris... Vete de aquí.

—¡Ahhhhhh!

Capítulo 11

11. Un muñeco confundido

Al mirar a la izquierda vio que su brazo por debajo del codo había desaparecido.

Sangre fresca manchaba el hilo con el que habían cosido su miembro cercenado, y más sangre se escurría por la sábana blanca sobre la que se encontraba.

La cabeza le daba vueltas y veía todo a través de una bruma graciosa, pero sabía que estaba recostado en una cama, con el vientre atado a la misma para no permitirle el escape. De todos modos, ni juntando toda la fuerza que sentía podía mover más que la cabeza y eso, pasados unos segundos, ya lo dejaba exhausto.

Sentía que algo le cubría los labios y una corona de flores se posaba sobre su cabeza.

¿Se había desmayado?

¿Se había quedado dormido?

¿Esa joven otra vez le había drogado?

Cualquier cosa, a estas alturas, podía ser posible. No sentía más que punzadas lejanas en todo el cuerpo (o lo que quedaba del mismo) y dolores apagados en el brazo, ambas piernas y el estómago.

Tenía curitas pegados por todo el cuerpo y recordaba haber visto las figuras sobre el plástico: corazones, caritas sonrientes, dibujos animados y sólidos colores alegres. Un adorable contraste ante la cruda realidad que él ahora vivía. Imaginaba los curitas rosados y las vendas blancas inmaculadas cubriéndole el cuerpo empapado de sangre y cortadas frescas, y una sensación rara le llenaba el pecho.

De haberse podido reír, lo habría hecho; ¿qué más le quedaba? Una joven que romantizaba la violencia lo había capturado y añadido a su colección de muñecos vivientes.

Sabía que él no era el único porque, entre la bruma, entre su transe viviendo a partes iguales en el sueño y la lucidez, podía escuchar a otras personas moviéndose sobre sus camas, gimiendo por lo bajo, intentando formular palabras, y las que más le dolía escuchar era a las que lloraban porque esas seguían teniendo esperanza. Seguían pensando que un milagro ocurriría y algo o alguien vendría a sacarlos de aquí, y entonces

ellos volverían a sus casas y vidas normales, y todo esto terminaría enterrado en sus memorias más profundas.

Pero él sabía que apenas haber puesto un pie en este lugar, ya estabas perdido.

Cerró los ojos.

No sentía el cuerpo, como si en realidad no fuera suyo, y por eso se concentró en sentir su mente. Se obligó a pensar y recordar el momento en que había llegado aquí.

No había sido voluntariamente, claro, y la única cosa que estaba clara a través de la neblina en que se veía sumergida su memoria era a una chica.

Una chica vestida de rosa, de cabello rubio y grandes ojos marrones.

Sí, una chica mucho menor que él; de trece o catorce años, perdida en la ciudad a altas horas de la noche.

Debió haberlo sabido cuando notó que no tenía ni una mancha en la ropa, cuando notó que hablaba sin un nudo en la garganta, cuando notó que sombras grandes los seguían a ambos mientras más se adentraban en los callejones.

Pero había querido ayudarla.

Ella había dicho que estaba perdida, ¡y en su cumpleaños! Y él había contestado algo tonto e inocente, y ella había sonreído de una manera horripilante. Una niña no debía sonreír de esa manera, pero él lo pasó por alto.

Y ahora estaba aquí, siendo su juguete tras... ¿Cuánto tiempo había pasado?

Entonces comenzó a darse cuenta.

No sabía desde cuándo estaba aquí, no sabía cómo es que el tiempo transcurría tan rápido y tan lento a la vez, y ni siquiera tenía idea de cuál era su propia edad.

Abrió los ojos violentamente.

¿Quién era él?

Era un hombre, ¡sí!

Por Dios, no. No, porque ¿alcanzaba siquiera a alcanzar a ser un humano?

¿Siquiera era un ser viviente?

Lágrimas comenzaron a bajarle por las mejillas. Su vida se había reducido a dormir y soñar, pero sus sueños estaban llenos de negrura, y su sopor era inducido por drogas o por cansancio. Cuando estaba despierto no ocurría nada más que algo parecido a lo de ahora: veía todo a través de una gruesa capa de neblina, como si aún estuviese soñando, y sentía dolores lejanos.

Luego... ¿Qué pasaba luego, cuando dejaba de pensar? Intentó recordar, pero lo único fijo en su mente era eso: confusión y desesperación. Sueños y negrura.

Y una silueta vestida de rosa que olía a champú y los mantenía a todos allí, sonriendo al hacerlo.

Estaba llorando como aquellos a los que compadecía, pero ¿qué más le quedaba?

Todo siempre era lo mismo, pero cuando volvía a despertar al día siguiente, o a la semana o el mes siguiente, todo parecía diferente. Nada tenía sentido.

Escuchó pasos que se acercaban saltando, una voz tarareando, una voz que saludaba, pero él no alcanzaba a escuchar lo que decía.

Luego los pasos se detuvieron y una sombra se cernió sobre él, una sombra que sonreía y vestía de rosa y se quitaba las manchas de sangre de las mejillas con una toallita húmeda.

Le dijo algo, pero él no lo entendió.

Se acercó.

El perfume de la mujer le hizo darse cuenta de lo acostumbrado que estaba al olor de la sangre.

—Buen día —repitió la mujer. Traía consigo una bolsa y de la misma sacó un ramo de flores—. Te he traído un presente, Vic.

¿Vic?

¿Ese era su nombre...? ¿Su nombre real?

Miró a la mujer, que se había sentado en una silla cerca de él. La sonrisa no se le borraba del rostro. Vic frunció el ceño.

Esa no era la misma chica que se había encontrado aquella noche. No era la misma chica que venía a inyectarlo, que le daba un beso de buenas noches, que le hacía coronas de flores y le pegaba curitas de corazones en las heridas.

Pero tenía el mismo cabello, los mismos ojos, usaba el mismo perfume. Si eran la misma persona, entonces él llevaba aquí mucho más tiempo del que se imaginaba.

Quiso hablar, pero de sus labios no salió más que un gemido amortiguado.

—¿Que qué haremos hoy? Eso es una sorpresa, pero estoy segura de que te va a gustar —las flores que había traído se transformaron en una corona—. No me subestimes, porque me tomo muy en serio los aniversarios de mis lindos muñequitos, ¡y tú eres uno de los más antiguos!

Vic se removió, pero apenas pudo moverse unos centímetros sobre la cama, y la mujer de rosa ni se percató. Echó otro vistazo a la corona que tenía en las manos, asintió y le quitó a Vic la que tenía en la cabeza para ponerle la nueva.

Retrocedió unos pasos y se llevó las manos al rostro.

—¡Te ves muy apuesto!

Comenzaba a escucharla de forma lejana y sus párpados pesaban como nunca antes. La necesidad de intentar comprender o de rogar por piedad se desvanecieron; ya nada importaba más que descansar.

Mientras se dejaba hundir en la negrura sintió unas palmaditas sobre su cabeza y la mujer murmuró algo a su oído.

—Descansa, querido. Cuando despiertes...

Se perdió en la nada.

Despertó mucho tiempo después.

Al mirar a su izquierda vio que su brazo por debajo del hombro había desaparecido.

Capítulo 12

12. Tortura

¡Sabía que esto era mala idea!

Se estremeció; hasta la voz en su cabeza sonaba demasiado fuerte en aquel vacío desgarrador, pero tenía que hablarse a sí mismo o se volvería loco.

Algo dentro de sí le pedía que gritara para asustar a quienes le veían de abajo, y la otra parte de sí intentaba acallar a la primera. ¿Quién nos mira?

Allá abajo no había más que negrura: el mar profundo.

¿Y entonces qué es esa sensación? Se contradijo.

—Es sólo mi imaginación. Allá abajo no hay nada, nada, nada...

A su alrededor tampoco había nada, y eso era lo peor de todo. Su mente llenaba la soledad con criaturas aterradoras que lo miraban y esperaban, y cuando por fin se hiciera de noche saldrían de sus enormes escondites para tragárselo vivo.

—¡No hay nada! —chilló. Un torrente de burbujas se escapó del aparato que tenía metido en la boca, y él de inmediato miró el medidor de su oxígeno.

Le quedaba menos de la mitad, y mientras su respiración descontrolada continuaba, el medidor bajaba en picada.

—Cálmate, cálmate...

De nuevo, su voz era demasiado. ¿Y si, en lugar de asustar a lo que se escondía allá abajo, lo terminaba atrayendo?

—Allá abajo no hay nada —insistió, y se obligó a abrir los ojos, pero cuando volvió a ver el mismo escenario de antes, no se atrevió a seguir hablando.

En unos minutos mis compañeros volverán por mí, pensó. Pero seguía aterrado, incapaz de nadar a pesar de que el frío fuese una señal obvia de que tenía que moverse. No quería hacerlo.

Su temor al mar después de esta experiencia sería peor, de eso estaba

seguro; pero, hey, por lo menos lo había intentado.

Escuchó olas lejanas y algo que cortaba velozmente la tranquilidad de la superficie. Miró hacia arriba y ¡allí estaba! Su bote, su salvación. Suspiró aliviado y comenzó a nadar en esa dirección, pero mientras lo hacía un rugido monstruoso surgió desde la oscuridad bajo sus pies.

Volvió a congelarse y miró lentamente en esa dirección.

Un tentáculo gigantesco se materializó, acercándose hacia él a toda velocidad; él se desperezó y volvió a nadar. Cuando el fondo blanco del bote se vio claro ante sus ojos, sintió cómo cientos de enormes espinas se clavaban en su pierna derecha, y de inmediato el bote se fue haciendo pequeño. Chorros de sangre pintaban el agua a su alrededor mientras esa cosa lo arrastraba hacia la negrura.

Gritó y pataleó. Más burbujas se entremezclaron con su sangre.

Alzó las manos y la mirada hacia arriba rogando porque alguien bajara y lo rescatara.

El agua clara se volvió verde, y el agua verde se volvió completamente negra.

El frío le calaba hasta los huesos, y estaba seguro de que las garras del tentáculo le habían desgarrado la pierna como si fuese un trapo viejo.

De pronto el tentáculo lo soltó, arrancándole piel del hueso y dejándole incrustados trozos rotos de sus garras.

No quería mirar abajo, pero lo que había arriba era igual: un vacío horrible. Los oídos le zumbaban y le dolía todo el cuerpo, en especial la pierna herida.

Tenía una radio pegada al hombro de la cual salían palabras entrecortadas, y luego, sólo estática.

Se oxígeno se estaba acabando y no paraba de sangrar. Sangraba tanto que ya debía de haber perdido la conciencia.

De pronto algo lo golpeó en el hombro y sintió un profundo corte. Luego otra cosa le enterró los dientes en el costado, alejándose de inmediato.

No los podía ver, pero los sentía. Percibía las ondas en el agua cuando se acercaban, el ardor en su piel cuando atacaban, las ondas cuando se alejaban nuevamente, dejándolo cada vez peor.

Escuchaba más rugidos, gritos de guerra y risas burlonas viniendo de todos lados.

Deseó que todo le ocurriera de inmediato. Que todo lo malo del mundo le pasara al mismo tiempo para ya no tener que soportar aquella tortura.

Sí, eso es lo que era: tortura.

Esas criaturas sabían lo aterrorizado que estaba y se divertían con ello.

Miró el oxígeno, que de repente le parecía estático.

Miró su sangre, que de pronto no goteaba lo suficientemente rápido.

Se dio cuenta de que duraría una eternidad en ese vacío.

Capítulo 13

13. Y todos terminan muriendo

En medio de la noche solamente podían escucharse pisadas, cada una de ellas imparable y a un ritmo constante, pero distinguibles entre sí.

Era una noche demasiado tranquila, como si el bosque pudiese darse cuenta de lo que ocurriría en unos pocos minutos y estuviese intentando brindar unos instantes de silencio para los que serían sacrificados.

De la misma manera, no había nada que pudiese hacer al respecto para cambiar las cosas. Sabía que habría dolor, salvajismo, algo muy parecido a la locura que sólo podían poseer los humanos, pero es que así era la naturaleza, y debía aceptarse por lo que era.

Una ráfaga de viento pasó por delante del conejillo blanco de ojos rojos, alertándolo. Salió de su escondite justo en el segundo en que el zorro anaranjado saltaba hacia él; se escapó de sus fauces por los pelos y volvió a emprender la carrera que había creído terminada.

Las mandíbulas del zorro se cerraron con un fuerte chasquido detrás suyo y luego escuchó que el zorro se golpeaba el lomo contra el tronco de un árbol. Gruñó. El conejo no podía perder un segundo así que siguió alejándose tan rápido como podía. Su nariz haciendo veloces movimientos conforme su respiración se aceleraba.

El zorro chilló, como riéndose, y volvió a correr, esta vez dejando atrás las sutilezas. Estaba hambriento y no se permitiría dejar a esa presa escapar en una noche tan perfecta. Resbaló, estuvo a punto de tropezarse, pero de inmediato se recuperó y volvió a correr, echando las orejas hacia atrás mientras mantenía sus ojos fijos en el pelaje blanco reluciente.

Lo que él no sabía era que, muchos metros por detrás, un lobo solitario los observaba a ambos. Era viejo, de pelaje gris y negro que se entremezclaba de forma demoniaca con las sombras. Lo único que delataba su presencia era el reflejo repentino de la luna sobre sus ojos amarillos. Estaba lleno de cicatrices de batallas pasadas.

Al contrario del conejo o el zorro, el lobo avanzaba por tiempos, observando primero a quien perseguía para luego recorrer varios metros en un segundo y detenerse cuando sentía que podría delatarse a sí mismo.

No le interesaba abalanzarse sobre su cena violentamente, sino que

esperaba el momento correcto.

Echaba la cabeza al aire, olfateaba, y miraba a su alrededor con cuidado. La experiencia le había brindado el don de la sabiduría, así que conocía lo que era mejor para él.

El zorro continuó persiguiendo al conejo, haciendo movimientos de zigzag, saltando sobre rocas y metiéndose bajo espesos arbustos. Estaban dando muchas vueltas, lo que permitía al lobo descascar hasta que volvieran a alejarse demasiado.

Lo sentía.

Estaba cerca de agarrarlos.

Al conejo no le quedaba mucho tiempo. Comenzaba a cansarse y sus ágiles patas cada vez saltaban más bajo.

Cuando el zorro por fin lo agarrase, el lobo actuaría, y se quedaría al final con ambos: la cena y un bocadillo para después!

Se relamió las fauces, mirándolos sin parpadear.

El pelaje anaranjado seguía persiguiendo al pelaje blanco, eran tragados por las sombras y luego reaparecían, jadeando y gimiendo, luchando ambos por sus propias vidas.

Detrás del lobo se escuchó un estruendo. Una parvada de aves que descansaban en las ramas de un pino salieron volando al tiempo que el tronco del mismo árbol se mecía y varias ramas caían con estruendos contra el suelo.

El lobo se encogió al sentir astillas cayéndole encima y se alejó en un abrir y cerrar de ojos antes de que pudiese escuchar el bufido profundo del oso pardo que venía siguiéndolo por horas.

Saliva espesa le bajó de la barbilla y los colmillos llenos de residuos de moras y bayas. Soltó otro bufido al ver al lobo irse. Se dejó caer sobre sus patas delanteras, posicionándose de nuevo en cuatro patas, y volvió a trotar, ayudándose de su olfato.

El lobo tenía un olor característico: vejez y desesperación. Pero el oso realmente solo estaba interesado en la carne que podría brindarle esa noche. Se había hartado de las bayas y, cuando ese vejestorio pasó a su lado sin darse cuenta si quiera de su existencia, el oso lo añadió a su menú.

¿Por qué no?

Al principio creyó que sería una presa fácil, una persecución de algunos minutos, pero esto ya estaba siendo demasiado. No se había rendido ante la caza a partes iguales por el hambre abominable y por su propio orgullo; ¡alguien tenía que demostrarle a ese lobo quién era el rey de esos bosques!

Aceleró su marcha al mismo tiempo que lo hacía el zorro.

Un mal cálculo por parte del conejo al dar un salto sobre una roca era lo que su perseguidor necesitaba: solo un instante.

El conejo erró el salto, tropezando sobre la piedra plana. Su corazón se aceleró aún más al percatarse de su fallo fatal, y estuvo a punto de ponerse de pie otra vez cuando las fauces del zorro se cerraron entorno a su pata izquierda.

Soltó un chillido a la par que su hueso se partía, y el zorro gruñó victorioso.

Lo atrajo hasta sí, haciéndolo surcar los cielos violentamente en un arco casi perfecto, y el cráneo y columna vertebral del conejo se hicieron añicos al ser golpeado con toda esa fuerza sobre más piedras.

Espasmos recorrieron todo su cuerpo, lo hicieron patear y gemir, mientras el zorro no perdía tiempo para abrirle el estómago y comenzar a tragárselo.

Sangre manchó los bigotes del zorro, quien devoraba al conejo ávidamente. Este dejó de patear y gemir, pero un ruido extraño seguía llegando hasta el zorro.

Alzó la mirada y entonces el lobo salió de las sombras.

El zorro chilló e intentó escurrirse de entre las garras del lobo, que habían llegado a él primero que los dientes, pero el lobo era demasiado rápido y sabía todos sus movimientos.

Le hundió los dientes en el cuello y lo zarandeó mientras el zorro seguía batallando, su vida escapándosele con cada chorro de sangre que le salía de las heridas. El lobo le había roto varias costillas y el cuello, y había dado de lleno con las venas que le subían los pensamientos coherentes hasta su cabeza.

El mundo a su alrededor se fue haciendo oscuro y tan, tan frío. Se relamió la sangre que quedaba en sus bigotes una última vez antes de perderse

por completo.

El lobo notó que, bajo sus fauces, todos los músculos del zorro perdían la fuerza al mismo tiempo. Lo tiró al suelo junto con el conejo y empezó a lamer la sangre en las heridas de ambos antes de arrancarle la piel al zorro entre chasquidos acuosos y crujidos carnosos.

Lo devoraba con los ojos cerrados, pero los abrió cuando escuchó otro árbol estremeciéndose.

Saltó un segundo antes de que el tronco de un pino de tamaño mediano lo aplastara y entonces vio los ojos del causante.

El oso soltó un profundo gruñido y una nube de vaho se escapó de entre sus enormes colmillos. Arremetió contra el lobo a toda velocidad. Este salió disparado hasta chocar contra la misma piedra contra la que el conejo había soltado su último aliento, y se puso de pie de inmediato, pero un zarpazo lo frenó en seco, haciéndolo golpearse otra vez.

Todo su costado derecho ahora era una masa de carne roja, pelaje y huesos expuestos. Gimió al tiempo que miraba hacia arriba.

El oso se puso en dos patas, gruñó tan fuerte que ahuyentó a todos los animales que quedaban cerca, y con todo su peso aplastó al lobo.

El cráneo de este crujió bajo su enorme pata, y la caja torácica estalló en una ola de sangre e intestinos.

El oso comenzó a comer. La persecución lo había dejado exhausto, así que se permitió sentarse.

—Por fin ha dejado de moverse —dijo el hombre.

Se llevó el rifle al hombro, apuntó en el centro del cráneo del oso, y disparó.

Capítulo 14

14. La Mujer Maldita y la Doncella de Hierro

—Por favor, por favor —. Estela se removía con todas sus fuerzas de los hombres encapuchados que la arrastraban a través de infinitos pasillos, iluminados solo por antorchas —. Por favor... Les he dicho que no soy una bruja, itengan piedad!

Sangre escurría de sus muñecas y tobillos, atrapados por gruesas cadenas oxidadas.

—No... No soy una bruja —continuó —, pregunten a mi familia, a mi prometido. He sido fiel a la iglesia católica desde que tengo memoria.

Su voz era débil y sonaba muy ronca, a punto de ahogarse en el llanto que le quemaba la garganta.

Los hombres dieron una última vuelta y a lo lejos se percibía la silueta de una puerta de madera entreabierta. Estela no podía ver más allá, pues su ojo derecho estaba completamente cerrado por la hinchazón, y al izquierdo se le había formado una costra de sangre seca muy cerca del párpado.

Pero no tenía que ser un genio para poder deducir lo que era aquel cuarto.

Otro igual a todos los demás donde había estado, pero también diferente.

Sería un cuarto con aparatos de tortura empotrados en las paredes y dispersos por todo el suelo, quizá tendría celdas diminutas en el extremo más oscuro del lugar, donde mantenían a brujas y herejes sin nada más que medio vaso de agua y un trozo de pan a la semana, dejándolos mancharse de su propio vómito mientras los verdugos les miraban en silencio, ocultando sus sonrisas bajo capuchas negras.

Podía visualizarlo, imaginarlo con toda claridad en su mente, pero sabía por qué esa habitación difería de todas las otras.

De esta no saldría con vida.

Antes la habían cuestionado, torturado y maltratado, orillándola a admitir su verdadera naturaleza pecaminosa, quebrantando su mente, cuerpo y espíritu con una destreza que hacía a Estela pensar que los seguidores Dios en realidad no creían en lo que profesaban; porque ese lugar no conocía la piedad ni el amor, y había cientos de vidas perdidas para

probarlo.

Hace días se decía a sí misma que ya no podría resistir mucho más, que el siguiente método la haría sangrar su última gota, soltar su último suspiro, decir su última plegaria, pero su muerte nunca llegaba.

Al abrir los ojos y mirar las paredes de piedra entre penumbras, se daba cuenta de que seguía viva.

A veces se preguntaba si quienes la juzgaban en realidad estaban en lo correcto y, cuando ella despertaba, era porque se encontraba ya en el Infierno... Pero... Pero eso no podía ser.

Si todo esto era verdad, cuando ella por fin muriera, su alma había sido purificada y no le quedaría de otra que encontrarse ante las puertas del Paraíso.

¡Pero no!

Seguía despertando oliendo a muerte y deseando volverse una con esta.

Sin embargo, esa misma tarde había escuchado a hombres diciendo que habían llegado a una conclusión con respecto a la Mujer Maldita: ella debía morir.

Con la tortura la había purificado, pero llegaba el momento en que Dios debía ser el que se encargara. Al matarla, Él daría el juicio final y ellos habían cumplido con su trabajo.

Estela soltó un gemido apagado y por fin se quebró al llanto.

—Mis hijos... —gimoteó—. Ellos... Mis pequeños no estaban malditos.

La Mujer Maldita.

A las pocas horas de verse atrapada por la santa inquisición, se dio cuenta de que la llamaban así porque todos sus embarazos habían resultado en abortos espontáneos. Cuando la iglesia se enteró, no pudo hallar otra explicación más que ella intentaba traer al Anticristo al mundo, pero algún milagro divino lo había estado impidiendo hasta que la iglesia pudiese hacerse cargo.

—¡Ellos eran puros!

Su grito hizo ecos a lo largo de las catacumbas.

Entraron por fin a la habitación y arrojaron a Estela al suelo. Ella se golpeó el rostro y el aire se le escapó de los pulmones, pero apenas se dio

cuenta. Estaba sofocándose con su propio llanto, lamentando a los hijos que ni siquiera tuvo oportunidad de abrazar.

Alguien le habló, pero las palabras habían dejado de tener sentido para sus oídos.

Repitieron lo mismo y Estela siguió sin responder así que la volvieron a levantar, arrastrándola otra vez.

Cayó sobre sus rodillas delante de un cofre de hierro con forma humanoide, como un féretro puesto de pie. Si Estela hubiese estado consciente de su alrededor, si no estuviera demasiado ocupada cubriéndose la cara y secándose las lágrimas, hubiese visto a la Doncella de Hierro; la única, en opinión de la iglesia, capaz de contrarrestar el mal que corrompía a la Mujer Maldita.

Estela creyó escuchar cánticos familiares, oraciones que ella misma sabía entonar a la perfección, pero todos los sonidos llegaban distorsionados hasta sus oídos. Lo único claro era su llanto, y el constante dolor que impregnaba su cuerpo.

—¿Últimas palabras? —dijo alguien, más de forma rutinaria que por genuino interés.

Estela no lo escuchó.

El mismo hombre hizo un gesto con la cabeza y entonces la Doncella de Hierro abrió sus brazos para recibir a su contrincante.

Al escuchar el chirrido de las bisagras, Elena levantó la mirada bruscamente, su llanto cortándose de inmediato.

Dentro de la Doncella de Hierro, asomándose por entre las sombras, había innumerables clavos dispuestos en todo su interior con los picos vueltos hacia el frente.

—Entra —dijo la Doncella de Hierro, y Elena supo que por fin había perdido la cabeza.

Se echó a gritar y comenzó a gatear lejos de ella, pero alguien la tomó por los hombros y la obligó a regresar. Cuando siguió resistiéndose, Elena sintió que más brazos la sujetaban y más cuerpos la obligaban a aceptar el brazo de la Doncella; ella echó a gritar sin sentido.

El hierro bajo sus pies se sentía helado.

Cuando la puerta se cerró sobre ella, impidiéndole ver nada más que oscuridad, incrustándole las enormes púas en el cuerpo, sus gritos

incrementaron y continuaron hasta que la garganta le dolió tanto como sus huesos partidos y las heridas que se abrían más con cada leve movimiento que ella realizaba.

Se le habían clavado cinco púas en ambos brazos, una docena en las piernas, y muchas más que no podía contar en el torso y el pecho. Sentía sus órganos moviéndose con dolor, dispuestos a caer ante sus pies tan pronto abrieran a la Doncella, pero sabía que eso no pasaría.

La dejarían allí para que muriera.

Sangraba y lloraba, y no podía hacer nada para aliviar el dolor porque no había manera de moverse.

Tenía una púa encajada en la mejilla derecha, desfigurándole así la cara y tumbándole los dientes y las muelas, que se le escurrían entre los labios y caían en el vacío.

Sentía muchas cosas y a la vez ninguna.

Afuera escuchó un goteo constante, pero luego se dio cuenta de que este venía de debajo de sus propios pies.

Luego oyó pisadas, una antorcha siendo apagada, y una puerta cerrándose.

—¡No me dejen aquí! —las palabras salían deformadas, pero no podía evitar gritar—. Por... Por favor.

Veinticuatro horas más tarde un soldado chequeó la habitación, añadiendo otra victoria a la larga lista de la Doncella de Hierro.

Capítulo 15

15. En el aula 3-B

Kathy escuchó la campana y salió disparada de su asiento, con la mochila y su grueso libro de hechizos apretado contra el pecho.

Tan pronto salió del salón, cerró la puerta detrás de sí y la aseguró con un candado.

—Hey, ¿qué sucede? —dijo alguien, y de inmediato Kathy vio varias sombras acercándose a la puerta.

Intentaron abrirla sin obtener resultados.

—Háganse a un lado —dijo el profesor Raymond. Intentó deslizar la puerta, pero esta seguía firme en su lugar. Dio varios golpes contra el cristal ahumado —. Señorita Katherine, ¿qué cree que está haciendo?

Ella esperó hasta que los alumnos que ocupaban los pasillos fuesen desertando. Nadie se giraba dos veces para verla, ni parecían escuchar los quejidos que venían de las puertas cerradas del aula 3-B.

Con un hombro aún contra el cristal, abrió su libro, encontró una página marcada y susurró varias oraciones en bucle. El hechizo de protección estaba sirviendo: nadie se daba cuenta de lo que estaba pasando, pero tenía que seguir asegurándose.

Quienes estaban dentro de la clase seguían gritando y pidiendo explicaciones, y Kathy no les respondió hasta que estuvo segura que nadie, además de la directora y el conserje (ambos demasiado ocupados con sus trabajos en el tercer piso como para bajar en otras dos horas), quedaban en la preparatoria.

—No tengo señal —se quejó alguien —. No puedo llamar a nadie.

—Ya me ocupé de eso —dijo Kathy, volviendo a hojear el libro y ajustándose las gafas.

—¿Qué es lo que dices, Kathy? ¡Déjanos salir!

—Les he informado a todos sus conocidos que esta clase se quedará un rato en la escuela fuera de horario para completar un importante proyecto —soltó una risita —. No fue difícil... Para eso no ocupé magia.

—¿Magia...?

—Oh, por Dios —dijo una chica—. Esta... Esta rarita nos está utilizando para uno de sus... Uno de sus...

—Rituales —completó Kathy, distraída—. Iba a avisarles, incluso consideré pedir su aprobación, pero sabía que se iban a negar e incluso me intentarían llevar con el consejero escolar o algo peor, como me pasó en la secundaria.

Se rascó la barbilla.

—Así que no quise arriesgarme. Y la oportunidad era demasiado perfecta como para desperdiciarla.

—¡Eres una puta loca! ¿Me oyes? ¡Una loca!

—¿De qué oportunidad hablas, Kathy? —dijo Raymond, esta vez con un tono más suave, más cuidadoso—. Lo que sea, estoy seguro de que podemos arreglarlo. Abre la puerta y conversaremos, ¿te parece?

—No, no me parece.

—Kathy, por favor.

Ella dejó de escuchar cuando encontró el capítulo que estaba buscando.

—¡Ajá!

Ya lo había leído veinte docenas de veces, pero cada vez que lo hacía parecía la primera porque siempre encontraba algo nuevo a lo que debía prestar especial atención.

De todos modos, el primer paso lo había hecho bien. Esa mañana, cuando notó que nadie había faltado a clase, se dio cuenta de que podría llevar a cabo el Ritual del Quince de Octubre, como llevaba planeándolo desde hace años.

—Se necesita un número específico de personas para llevarlo a cabo —explicó, sin importarle si la escuchaban o no—. Exactamente treinta y dos: el número exacto de mis compañeros, sumado mi profesor! Estas personas pueden pertenecer a cualquier sexo, tener cualquier edad y cualquier creencia, e incluso la bruja encargada del ritual puede obligar a las personas a participar.

—¿Te crees una bruja? —chilló alguien, a partes iguales en tono asustado

y burlón.

—Yo soy una bruja —hizo una mueca y miró a las sombras a través del cristal—. Pero no todas las brujas comparten las mismas creencias, claro, ni todas son malas. De hecho, la mayoría practica la brujería de buena fe.

—Pero no tú —completó un murmullo, y Kathy sonrió. Tenía razón.

—De cualquier manera —siguió ella—. Es muy tarde para ustedes, y yo soy demasiado poderosa como para que siquiera intenten detenerme.

Alguien empezó a gimotear y Kathy giró los ojos.

—Si pudieran abstenerse de pedir piedad, sería perfecto porque no voy a dárselas. He querido intentar realizar este ritual desde hace tanto, y ahora que puedo hacerlo... ¡Bueno! Lo haré sin más.

—Katherine... ¡Kathy! Escúchame.

Pero ella ya estaba ocupada leyendo, relejendo y buscando cosas en su mochila.

Comenzó a orar silenciosamente, como antes, pero con una voz ronca y los ojos cerrados. Concentraba toda su energía y fe en las palabras, que salían de sus labios como dulce veneno.

Terminó de recitar el primer verso y deslizó por debajo de la puerta una navaja mariposa.

—¿Qué pasa? —la navaja fue empujada hacia afuera, pero Kathy la mandó adentro de nuevo —¿Qué es lo que quieres que hagamos con eso?

Siguió recitando en silencio. Terminó el segundo verso y pasó por debajo de la puerta una caja de cerillos aplastada.

Cuando terminó el tercer verso, pasó por debajo de la puerta unas tijeras grandes y de punta afilada. Ya nadie le regresaba los instrumentos, y escuchaba que tres personas diferentes los habían levantado.

Terminó el cuarto verso y escuchó un grito agudo.

Se asomó por el cristal y percibió a sombras unas sobre otras, las tijeras y la navaja alzándose y bajando de forma mecánica. Arrancaban pedazos de cuero cabelludo y hacían figuras en la carne de sus propios pechos: símbolos que Kathy había descrito, necesarios para completar el ritual.

Ella sonrió y repitió el cuarto verso a toda velocidad.

Cuando comenzó con el quinto, en una esquina del aula se habían juntado los cuadernos y libros en una gran pila. Con los cerillos le prendieron fuego.

Los gritos seguían, provenientes solo de una de las chicas. Kathy se preguntó si era Natalia, Sonia o Terry. Sonaba cliché, pero tenía que sacrificarse a una virgen mientras todos los demás eran víctimas del trance que les inducía Kathy con sus oraciones.

Varias personas se encargaban de sujetarla mientras las tijeras y la navaja hacían su trabajo, cortando su piel con figuras y letras complejas, hasta que le llenaran cada centímetro del cuerpo.

El sexto y séptimo verso eran los más cortos. El humo comenzaba a filtrarse fuera del salón, se escuchaba toser, pero nadie detenía su trabajo.

Cuando acabó el octavo verso, el humo se volvió negro y lentamente cambió hasta volverse rojo. Las llamas lamían el techo y hacían más visibles a las sombras, de cuyos cuerpos caía líquido espeso constantemente. Sangre.

Kathy sonrió mientras comenzaba el noveno verso.

La sangre era un elemento importante en ese ritual.

Con el décimo verso, todos menos la chica virgen comenzaron a arrancarse las lenguas, obligando luego a la joven a tragárselas. A pesar de que se asfixiaba, de que sangraba constantemente, no podía morir.

Al final del onceavo verso, Kathy hizo uso de toda su determinación para morderse una muñeca, arrancarse la piel, y con la sangre que brotó como una cascada, trazó una gran X sobre la puerta. En cada extremo entonces comenzó a trazar nuevos símbolos.

Detrás de la puerta el incendio sufrió un apagón y luego explotó, rodeando el perímetro del aula completamente. Las llamas se habían vuelto de un color carmesí, igual que el humo de antes.

Terminó el doceavo verso y Kathy chequeó a su alrededor, mareada y adolorida. No había nadie. El caos se limitaba al aula 3-B. Se cubrió la herida con vendas que ya había preparado y continuó.

En el treceavo verso los participantes se abrieron los estómagos y se sacaron las tripas, utilizándolas luego como cuerda para inmovilizar a la

chica capturada.

Kathy tuvo que repetirlo cuatro o cinco veces antes de estar segura de que todos habían dejado de dar vueltas alrededor de la chica. El olor a sangre por fin llegó hasta ella, sobrepasando el calor de las llamas y la peste de papel y madera quemada.

Con el catorceavo, los participantes, salvo la chica, se alinearon con los extremos de la habitación, a unos centímetros de las llamas que ardían sin combustible, y se inclinaron hacia delante para dejar que estas les incendiaran el rostro y las cabezas.

Sus ojos y boca se transformaron en orificios completamente negros y vacíos. Las cabezas les ardían igual que a los cerillos que utilizaron para iniciar el fuego, y las flamas no se detenían ni pretendían pasar a otra zona de sus cuerpos.

Para cuando el catorceavo verso terminó, todos estaban sentados a la misma distancia de la chica, en un círculo que obviamente necesitaba de un último invitado.

El fuego que lamía las paredes se apagó y sólo quedó el que les quemaba las cabezas.

Kathy miró fijo a la puerta y guardó por fin su libro en la mochila mientras comenzaba a entonar el quinceavo verso. Se lo sabía de memoria, mejor que ninguna otra cosa.

En la tercera línea abrió la puerta. En la cuarta, la cerró tras de sí.

El olor a sangre le llenó los pulmones; dentro del salón escuchaba cánticos profundos, casi lejanos, pero no podía levantar la mirada hasta la séptima línea.

En la sexta, se sentó en el espacio que le habían dejado.

Cuando la terminó, escuchó un grito ni de hombre ni de bestia, viniendo directamente de la chica cuyo cuerpo estaba cubierto por completo de cicatrices y atado por intestinos.

Cuando terminó la séptima línea, alzó la mirada y el grito se detuvo.

Delante de ella había aparecido una criatura de treinta y dos cabezas con el cuerpo incendiado de llamas carmesí, sin ojos pero con bocas gigantes y plagadas de dientes amarillentos y podridos.

Kathy estuvo a punto de quedarse sin aliento, pero sabía que debía seguir

hablando.

Octava línea.

El mundo se había alejado para abandonarla en un lugar muy parecido al infierno cristiano.

Novena línea.

Todo ardía y apestaba a sangre, pero Kathy no se detuvo.

Décima línea.

No sentía su cuerpo y su mente no podía pensar en otra cosa que la criatura delante de ella.

Onceava línea.

Siempre le había adorado.

Doceava línea.

Siempre había querido estar con la criatura, volverse parte del mundo al que esta pertenecía.

Treceava línea.

Todas las bocas de la criatura sonrieron al tiempo.

Catorceava línea.

Kathy cayó inerte al piso. Sólo su boca se movía.

Quinceava línea.

Su deseo se cumplió.

Capítulo 16

16. La abuela Jade (Primera parte: Los niños acericos)

La abuela Jade despertó ese día con un excelente humor porque era el día en que comenzaría el vestido de bodas de una de las princesas de un reino lejano. ¡Se habían acercado hasta ella, a pesar de la distancia! Eso la hacía increíblemente feliz, porque su esfuerzo y talento ahora sobrepasaban el tiempo y espacio.

Vivía en una mansión de considerable tamaño, aunque no tenía sirvientes, mayordomos o amas de llaves, primeramente porque no los necesitaba. Vivía sola, y no tenía problemas en hacer todas sus tareas por sí sola, además de que le gustaba relajarse haciendo quehaceres en la casa.

En segundo lugar, si había otras personas merodeando por allí... Se enterarían de muchas cosas que habían sido perfectos secretos a lo largo de los años.

Después de tomar el desayuno y regar las plantas de su jardín se dirigió a su estudio: la habitación más espaciosa de la casa. Tenía grandes ventanales, muchas mesas y maniqués bien ordenados, y todo tipo de telas clasificadas por color, textura y valor.

Ya tenía un bosquejo del vestido y todos los materiales que iba a necesitar estaban acomodados y listos, pero faltaba un elemento importante.

El acerico.

Esas cosillas hechas de felpa y tela corriente que servían para que una encajara los alfileres en ellos.

La abuela Jade había perdido centenas de ellos a lo largo de su carrera, y desde hace muchos años los había cambiado por objetos mucho más fáciles de manejar.

Así, se dio la media vuelta, tomó una lámpara de aceite y una cesta con alimentos que había preparado, y comenzó a bajar hasta el sótano. La escalera estaba hecha de rocas y era muy empinada; después de bajar por largos minutos, se encontró con la segunda puerta del sótano, y abrió rápidamente las cerraduras.

La oscuridad era absoluta y sus pasos creaban ecos que alertaban a los niños habitantes de las mazmorras.

Por fin llegó al final de la escalera, donde la esperaba otra puerta. Cuando la abrió escuchó gritos ahogados del otro lado junto con rápidos susurros.

Sombras se movieron en la negrura de la habitación, y luego se quedaron completamente quietas.

Jade entró.

El lugar donde mantenía a sus chicos era espacioso; había una docena de literas a izquierda y derecha. En la izquierda dormían los niños y en la derecha, las niñas. Había solamente una mesa grande en el centro de la habitación donde todos comían. En el fondo había letrinas, también divididas.

La luz de la linterna de Jade era la más brillante, pues en la habitación había apenas media docena de velas encendidas, repartidas por todo el lugar. Tenían más velas, pero sabían que debían racionarlas.

Los pequeños estaban vestidos con camisetas y pantaloncillos blancos, manchados de polvo y sudor.

Jade frunció el ceño. Ahí abajo olía muy mal. Hizo una nota mental para traerles jabón y trapeadores al día siguiente y se acercó a la mesa. Puso encima la cesta junto con la lámpara, llamándolos a todos para que se acercaran.

Ninguno vaciló.

Ella comenzó a contarlos, pero vio que faltaba uno de los chicos más pequeños.

—Oye, rubio —no sabía sus nombres ni tampoco le interesaba—. ¿Dónde está ese niño? El de la barbilla partida.

El rubio jugó con sus manos, a punto de apartar la mirada de los fríos ojos de la anciana, pero se obligó a no hacerlo o sería severamente castigado.

—Él... Murió anoche, señora.

—¿Qué pasó?

—No lo sé —se estremeció—. De pronto... Solamente... No despertó de su siesta.

Jade paseó la mirada por las literas y notó un bulto cubierto con una sábana. Hizo una mueca. Después se encargaría de eso.

Señaló la mesa.

—Les traje comida. Dos meriendas para cada uno hasta la próxima

semana.

—Gracias, señora —dijeron todos al unísono.

Pero ella seguía mirándolos y ellos sabían lo que eso significaba.

Levantó uno de sus largos dedos de unas esmaltadas para señalar a una chiquilla de nueve o diez años. Su nombre era Rebecca, pero para Jade, era la niña de rizos castaños y ojos verdes.

—Tú —y agitó la mano, impaciente—. Acompáñame.

Tomó su lámpara de gas, aferró a la niña por el hombro y salió de la mazmorra sin mirar atrás.

—Adiós, Becky.

Rebecca sintió que iba a vomitar.

Sabía lo que les pasaba a aquellos que acompañaban a la abuela Jade escaleras arriba, hasta su estudio, donde seguía tratándolos como cosas en lugar de como humanos.

Nunca le había pasado a ella, y quizás por eso la anciana la había elegido.

Subieron las escaleras en silencio, pero ella no podía ir tan rápido como Jade y terminaba recibiendo fuertes bofetadas y advertencias para que acelerara el paso.

Cuando llegaron al estudio, la luz del brillante día hizo que Rebecca tuviese que cubrirse los ojos con las manos. Incluso se sintió mal al recibir los rayos del sol después de tanto tiempo encerrada allá abajo, pero se acostumbró lo más pronto que pudo para no molestar a su señora.

—Ven acá —le ordenó, con tono frío.

Rebecca se quedó mirando al suelo, pero levantó la cara cuando Jade se lo dijo.

Hizo maniobras con tela y movió varios muebles cerca de un maniquí en el centro de la habitación mientras continuaba hablando con ella.

—Niña, lo que tienes que hacer es simple: sígueme de cerca, pero no interfieras con mi trabajo, o te lastimaré en serio.

Rebecca la miró sin parpadear.

—¿Entendiste?

—Sí, señora.

—Bien —tomó un puñado de cosas muy pequeñas de una mesa e hizo un gesto para que Rebecca se acercara aún más —. Ahora, quédate quieta.

Rebecca fijó la vista en el vacío. Soltó un grito cuando sintió que una aguja le pinchaba profundo en el hombro, y de inmediato recibió otra bofetada.

—¡Obedece!

—Lo... Lo siento, señora —se sobó la mejilla y se incorporó.

La abuela Jade tomó otro de sus alfileres y lo enterró en la frente de la niña. Ella cerró los ojos con fuerza y varias lágrimas le bajaron por las mejillas, pero no se movió.

No comenzó a sangrar hasta el doceavo alfiler, que le había atravesado de un lado al otro la ceja derecha. El hilillo de sangre se entremezcló con las lágrimas de la niña, y Jade siguió colocándole alfileres en el rostro.

—A trabajar.

La niña pasó horas siguiéndola de un lado al otro, sintiendo los alfileres entrar y salir de su carne constantemente. Se limpiaba la sangre y procuraba no manchar ni el bello vestido que esa horrible vieja estaba creando ni el reluciente piso de madera.

Había manchado su camiseta de rojo y la sangre comenzaba a manar a tales cantidades que la prenda se sentía pesada y muy mojada. Vio por debajo de la tela y se vio el pecho enrojecido, pestilente.

La anciana le encajaba los alfileres sin fijarse en dónde los ponía. Varias veces los enterró tan profundamente que luego ya no pudo sacarlos sin ayuda de pinzas o tijeras.

Rebecca estaba mareada, hubiera vomitado varias veces si trajera algo en el estómago. Todo su cuerpo se sentía como una masa sin forma que sólo podía palpar al recibir más agresiones.

Se preguntaba por qué no se había desmayado y por qué lograba seguir a la abuela Jade a toda velocidad a pesar de lo mal que se sentía.

A los pocos minutos se dio cuenta: era por miedo.

Se sentía aterrada ante la idea de lo que esa mujer le pudiera hacer para castigar su inutilidad, y aún más le aterraba saber que, si ella dejaba de ser un buen acerico, Jade iría a buscar a otro de sus amigos a las mazmorras. No podía permitírselo.

Continuó siguiéndola, acatando sus órdenes, sangrando y llorando en silencio hasta que le dijera que había sido todo, que había sido suficiente, que...

—He terminado —dijo.

Rebecca cayó de rodillas al piso tan pronto lo escuchó. Su respiración estaba pesada y el brillo del sol se había oscurecido ante su mirada desenfocada.

Jade sonreía, orgullosa y fascinada, sin despegar la vista de su última creación, pero su voz de pronto sonó demasiado dulce.

—Hiciste un gran trabajo —se rio—. Creo que te sacaré de las mazmorras más a menudo.

—Sí, señora —dijo Rebecca, asqueada—. Gracias... Señora.

—Deja los alfileres en la mesa.

Cuando Rebecca lo hizo, la abuela Jade le dio un cambio de ropa, dejó que se lavara la sangre, y de inmediato la dirigió a las mazmorras.

—Becky...

Ella volvió a lagrimear al escuchar el alivio en las voces de sus amigos, pero tan pronto estuvo allí, perdió todas sus fuerzas.

La abuela Jade se fue sin decir una palabra y, mientras ponía los seguros en la puerta, los amigos de Rebecca la ayudaron a ponerse de pie para ir hasta su cama.

—¿Estás bien?

—Becky... ¿Nos oyes?

—No te mueras, por favor.

La cobijaron y usaron algo de agua para lavarla mejor. Ella luchaba contra el sueño que se había apoderado de ella.

—Esto no puede seguir.

Iba a decir algo más, pero se quedó dormida.

La abuela Jade recibió elogios por su buen trabajo, y con la paga se compró novelas románticas, nueva tela, y a un nuevo niño acerico.

Capítulo 17

17. La abuela Jade (Segunda parte: Retribución)

"Esto no puede seguir."

Había dicho esa frase hace seis años, y la había estado repitiendo todos los días desde entonces para recordarse lo mucho que deseaba escapar de ese lugar. De las garras de la abuela Jade.

Muchos de sus amigos de aquel entonces habían sido reemplazados con niños más jóvenes, o habían muerto, y los que quedaban ya no tenían la fuerza suficiente para seguir luchando. La abuela Jade lo vería y, como con los débiles, se desharía pronto de ellos. Rebecca no podía permitírselo, no podía perder a nadie más, por lo que tenían que actuar pronto.

Al ser la chica con mayor edad y la única con un odio lo suficientemente grande como para hacerle frente a la anciana, ideó un plan.

—Cuando ella vuelva a reabastecernos de comida en dos días, nosotros saldremos de aquí.

Ante sus palabras todos se removieron sorprendidos y algunos hasta quisieron ponerse en su contra.

—¿Es que quieren pasar el resto de sus vidas aquí? Morirán siendo unos niños, y habrán tenido una vida horrible sin que nadie se haya enterado, ¡no pueden querer eso!

—Pero...

—Ella nos lastimará —dijeron.

Rebecca negó con la cabeza.

—Les prometo que no lo haré. No lo permitiré.

Los miró de uno en uno. Los había cuidado a todos desde que habían cruzado por primera vez las puertas de la mazmorra; los consolaba cuando lloraban, curaba sus heridas a pesar de tener unas peores, y siempre se ofrecía a ser el instrumento de la vieja cuando esta bajaba buscando a alguien.

Todos los chicos recordaron su valentía y bondad, y por eso terminaron

asintiendo ante su plan.

—Confíen en mí, y sean fuertes. Ahora escuchen...

Dos días después, la abuela Jade bajó a la mazmorra sin sospechar nada.

Cuando dejó la comida en la mesa comenzó a contarlos y frunció el ceño al ver que faltaban cuatro chicos.

—¿Dónde están? Y ¿qué hicieron con esas sábanas...?

—¡Ahora! —gritó Rebecca.

De las sombras detrás de Jade salieron los cuatro chicos sosteniendo una sábana. Mientras Jade se giraba gritando maldiciones, ellos echaron la manta sobre su cabeza y la envolvieron rápidamente con ella.

Los demás chicos y chicas salieron a buscar las sábanas que habían enrollado y alargado para que fuesen similares a cuerdas, y con ellas envolvieron la cintura y los pies de la anciana. Ella logró patear a algunos, pero de inmediato fue tirada al piso e inmovilizada con la fuerza de la desesperación.

—¡Eso es, sigan así! —gritaba Rebecca, que se había montado sobre el torso de Jade para que esta no fuera a girar por el suelo y terminara liberándose.

—Ya atamos sus piernas, Becky —dijo alguien.

—Refuercen el amarre. No quiero que tenga oportunidad de escaparse.

Ellos así lo hicieron. Y mientras la abuela Jade estaba gritando y maldiciendo a los cuatro vientos, Rebecca sintió que su pulso se aceleraba y que todas sus heridas punzaban, sedientas de venganza.

Alzó ambos puños y los descargó sobre la cabeza de Jade. Bajo sus nudillos se quebró algo, y la sábana blanca se llenó con un salpicón de sangre. Jade dejó de hablar unos segundos, luego gimoteó, pero cuando volvió a hablar su voz parecía la de algún demonio.

—¡Malditos niños! ¡Bastardos malagradecidos! —pataleó y manoteó sin lograr nada —. ¡Esto no se va a quedar así! Si intentan escapar, mis guardias los atraparán y los traerán de vuelta aquí, y entonces seré yo la que los golpee hasta el borde de la muerte.

Los chicos se congelaron por unos segundos, pero Rebecca llevó ambas manos hasta el cuello de la mujer y apretó con fuerza, acallando sus

amenazas.

—¡No le hagan caso! Ella vive sola. Lo he comprobado tras salir varias veces a la superficie. Nadie más habita esta mansión porque sabes lo loca que estás. Maldita... Bruja.

—Becky —sintió que alguien la tomaba de los hombros—. Becky, vámonos.

Ella alzó la mirada y vio que todos la estaban esperando en la entrada, dispuestos a salir corriendo cuando ella se pusiera de pie. Aflojó su agarre sobre Jade y esta tosió y gimió rápidamente para captar aire.

—Déjala ahí. Nos tenemos que ir.

Rebecca los miró a todos, pero negó lentamente.

—No —se mordió el labio inferior y luego volvió a mirar hacia abajo—. Quiero que ella sufra, como nos lastimó a nosotros. Ayúdenme.

Juntos subieron a la abuela Jade por las escaleras, arrastrándola tras ellos como una maleta muy pesada.

Al llegar arriba, Rebecca respiró hondo y los dirigió a todos hasta la única habitación que conocían bien: el estudio de Jade.

Las puertas se abrieron y todos aguantaron la respiración, pero por primera vez ese lugar no significaba sufrimiento, sino libertad.

Rebecca arrastró a Jade hasta el centro de la habitación, donde ella había preparado un maniquí. Rebecca lo tumbó, intercambiándolo por la anciana.

—Traigan los alfileres —dijo, mirando fijamente la mancha de sangre en la sábana—. También las tijeras, todas las que encuentren.

Los chicos vacilaron en un comienzo, pero después comenzaron a dar sus primeros pasos con confianza. Algunos hasta se permitieron sonreír.

Con unas tijeras, Rebecca cortó la sábana a la altura del cuello de Jade, destapándole así la cabeza. La anciana tenía la nariz rota de la cual le bajaban dos líneas de sangre, y su labio superior había sido cortado con uno de sus propios dientes.

—Abuela —comenzó Rebecca —, lo que tiene que hacer es simple: quedarse quieta y dejarnos trabajar, o la lastimaremos en serio.

Jade frunció el ceño y su cara se deformó con cientos de arrugas. Sus ojos se volvieron tan oscuros como el vacío en las mazmorras.

—¿Entendiste?

Jade le escupió y Rebecca respondió abofeteándola.

—Tendremos que comenzar con tu boca, ya que no la usas para lo que debes. Chicos, ¿me ayudan?

Todos ellos se sentaron a su alrededor, mirando atentamente cómo Becky tomaba un alfiler y con la otra mano aferraba ambos labios de Jade. Los atravesó lentamente con el alfiler, dejándolos unidos como si los hubiese cosido.

—¿Quién pone el siguiente?

Un niño pequeño lo hizo, entrando por la dirección contraria que el primer alfiler, y así continuaron, hasta que la boca de la abuela Jade estuvo repleta de alfileres. Sangraba levemente y gemía adolorida. Rebecca soltó una risita profunda.

—Ay, pero si apenas hemos comenzado y ¿ya no puede aguantar más?

Jade quiso responder, pero movió apenas los labios y se lastimó.

—Muy tarde para responder por las buenas.

Tomó otro alfiler y lo clavó en su frente. Sus amigos le imitaron, formando una especie de corona alrededor de al frente de la abuela.

Con las tijeras comenzaron a cortarle el pelo mientras se reían, sus manos manchadas de sangre espesa.

Jade empezó a llorar, pero aún quedaban muchos alfileres a la mano, y Rebecca quería utilizarlos todos más de una vez.

Le clavaron más en la carne blanda del cuello, en el cartílago de las orejas, en la nariz y hasta en los párpados. Apenas veían una superficie que parecía demasiado suave y sensible, ya estaban atravesándola con los alfileres.

Jade perdía sangre y fuerzas, tantas que Rebecca la soltó de las sábanas y la anciana no opuso mucha resistencia.

—Quítenle la ropa.

En contraste con el rostro, la piel de su cuerpo estaba inmaculada y eso no le gustó a ninguno de los niños acericos. Querían que todo lo que era la abuela Jade fuese igual de horrible que lo que les había hecho a ellos, igual de horrible que lo que habitaba en esa vieja cabeza suya.

Arrancaron los alfileres que tenía en el rostro, haciendo brotar más sangre a propósito, y los encajaron sobre su torso. Los sacaron y los encajaron en sus brazos. Los sacaron y los encajaron en sus piernas. Los sacaron y los encajaron en cada pedazo de piel que estaba libre de heridas; algunos alfileres lograban llegar hasta el hueso, otros se doblaban bajo los músculos y algunos más se quebraban ante la fuerza con la que eran enterrados, pero los niños no lo iban a dejar así.

Aún quedaban muchos alfileres, y...

—Miren lo que encontramos.

Varios chicos que se habían ido a investigar la mansión, regresaron con clavos y un martillo entre manos.

La abuela Jade por fin se echó a llorar.

—Lo... Lo siento —lloriqueó—. Siento tanto lo que les he hecho...

—Eso no es suficiente —dijo Rebecca, tomando un clavo y el martillo—. Y todo lo que le hagamos tampoco lo será, pero por eso debe sufrir lo más posible.

Jade cerró los ojos y gimió.

—Ahora, ¿en dónde debería ir este primer clavo?

Todos los chicos comenzaron a gritar dándole sugerencias. Rebecca rio dichosa, colocó la punta del clavo en el lóbulo de Jade y alzó el martillo.

Cuando la vieja gritó, ella volvió a reír, y todos los niños acericos también lo hicieron.

La venganza apenas estaba comenzando.

Capítulo 18

18. Fuego

Tenían rodeado al objetivo en un callejón sin salida y estaban cerca de inmovilizarlo.

Alguien le había disparado varias veces cuando se había negado a rendirse, luego se arrastró hasta el callejón, y ahora la policía buscaba sus linternas para alumbrar la zona.

—Con cuidado —dijo el jefe.

Las luces blancas iban de un lado al otro hasta que una figura de pie en el centro del callejón se incorporó. Era el mismo sujeto al que le habían disparado, pero ahora se encontraba perfectamente bien. La sangre se había secado, los orificios de bala habían desaparecido y solo quedaba su ropa rasgada como evidencia de que, de hecho, la policía había dado en el blanco.

—¿Qué diablos...?

El sujeto era un chico de unos veinticinco años, de complexión delgada, que iba vestido con ropas oscuras, con piel muy pálida en contraste. Tenía puestas lentillas de color rojo, y su cabello era anaranjado y crispado.

Les regalaba una sonrisa perfecta con una mirada que desbordaba locura.

—¡Manos arriba! —dijo el jefe, apuntando su pistola al chico. Sus subordinados lo imitaron, pero el muchacho ni se inmutó.

—Me disculpo por el asalto de antes —respondió, alzando las manos a sus costados como si no tuviese nada que ocultar —, pero no tenía opción. Necesitaba la ropa. Además, se la quité a un chico afroamericano. Sé que a ustedes, cerdos, esa gente no les agrada.

Les guiñó y se echó a reír con voz grave.

—¡Manos arriba! Si no haces lo que te digo, no tendré más opción que disparar.

—Ya lo habían hecho —metió un dedo al orificio en su camiseta y los miró con las cejas arqueadas —. No funcionó. Mire, puerco, digo... Oficial, será mejor para ambos que me deje ir de una vez. Tengo cosas que hacer, y usted no quiere verme molesto.

—Date la media vuelta y pon las manos en tu nuca.

—Ah, nuevo canal. Empezaba a creer que sólo sabía decir “manos arriba”
—giró los ojos—. Como sea, no tengo tiempo para esto.

Dio un paso y el oficial disparó, dándole en el hombro izquierdo.

El chico retrocedió tambaleándose y otra de sus sonrisas se formó en la oscuridad. El oficial aferró con más fuerza su arma, sintiendo sudor frío bajándole por la espalda; una persona hubiera caído al suelo solamente del dolor.

—Tiene que estar drogado... —murmuró para sí, y luego le gritó al joven
—. Tú me obligaste, ¡ahora, arrodíllate!

El chico soltó otra risita. Volvió a avanzar y, ante la luz de las linternas, la herida de hace unos segundos desapareció.

—¿Y qué pasa si no lo hago?

El oficial volvió a dispararle, esta vez tres veces seguidas, y todas las balas dieron en el torso del chico. Con cada bala él retrocedió un paso, pero no caía ni hacía gestos de incomodidad, y ¿qué clase de droga podía curar a alguien de esa manera? Parecía sacado de una película de superhéroes.

El chico chasqueó la lengua. Chocó miradas con el oficial y este sintió que se paralizaba; a su lado derecho, el policía que estaba de pie se prendió en llamas. El hombre tiró su arma y linterna al piso y luego se dejó caer a sí mismo contra el asfalto mientras gritaba. La tela se le pegaba al cuerpo y su carne comenzaba a derretirse; pústulas enormes le brotaban de los brazos y la cara mientras algunos de sus compañeros corrieron a su lado para intentar ayudarlo.

El oficial se giró nuevamente hacia el chico, que olfateaba el aire con gesto exagerado mientras se aguantaba la risa.

—Mmmm... ¡Tocino!

—Maldito enfermo.

El gesto alegre del muchacho se congeló en su rostro.

—Te dije que no te gustaría verme molesto.

Los gritos de su compañero continuaban cuando volvió a disparar contra el joven. Con cada disparo avanzaba un paso y el chico retrocedía otro, y cuando se le acabaron las balas, ya lo tenía acorralado contra la pared

posterior del callejón.

Ante sus ojos vio pedazos de carne volar, huesos partiéndose, piel pegándose al suelo y chorros de sangre salpicando las paredes. Las ropas del chico estaban desgarradas y su carne maltrecha; la palidez manchada por su sangre carmesí.

Pero un segundo más tarde todas las heridas se cerraban, las balas eran expulsadas de su cuerpo y la carne volvía a formarse en donde antes sólo había boquetes de tejido machacado.

El chico sonrió. El oficial se congeló. Intentó disparar, pero no había más balas. Detrás de él había varios de sus secuaces y les ordenó que abrieran fuego.

La risa del joven crecía con cada disparo. Todos daban en el blanco; arrancaban tejido y lo atravesaban de un lado al otro, pero ninguno lo lastimaba de verdad.

Pronto sus armas se quedaron vacías y tan solo sonaban chasquidos cuando jalaban el gatillo. Varios de ellos las recargaron, pero otros estaban demasiado ensimismados intentando comprender qué era lo que estaba pasando como para molestarse en seguir defendiéndose.

El chico también les prendió fuego.

—No tengo tiempo —aseguró, aunque continuaba riéndose.

El oficial notó que le habían brotado cuernos en la frente, y cosas similares en ambos hombros. Su piel se estaba enrojeciendo, pero no era por la sangre, sino que cambiaba de textura a alguna mucho más resistente, como el metal.

Sus ojos se habían alargado y agrandando, igual a los que uno cortaba con un cuchillo en las calabazas para el día de Halloween. De igual manera, se le habían puesto completamente rojos y se dio cuenta de que no había usado lentillas; sus ojos eran rojos naturalmente.

El chico continuó riéndose locamente. Los compañeros del oficial continuaban gritando, golpeándose contra el suelo y las paredes mientras se cocinaban vivos; las últimas balas eran disparadas y luego todos sucumbieron ante el terror.

—Eres... Un monstruo.

Ante las palabras del oficial, el chico rio con más fuerza y negó con la

cabeza, sobándose el estómago.

—No, no soy un monstruo.

Su piel pálida se volvió roja y brillante, sus cuernos crecieron, y la ropa que se había robado comenzó a echar humo. Se estaba quemando.

Un segundo después estaba expulsando llamas del cuerpo.

El oficial retrocedió y se tropezó con el cadáver de uno de sus compañeros, pero no podía apartar la mirada del... Del...

—Demonio —completó él, sonriéndole con una boca llena de afilados dientes.

El demonio ladeó la cabeza y con esto, el oficial obtuvo el mismo destino que todos sus compañeros.

Mientras se quemaba vivo, vio al demonio pasar sobre él para dirigirse de nuevo hasta las calles. Y mientras perdía la conciencia escuchó autos chocando, personas gritando, y luego el cielo se pintó por completo de rojo.

Capítulo 19

19. Halloween en el bosque

—Repite lo que has dicho. Cambio —Dennis soltó el botón de la radio y esperó a que su compañero respondiera, pero de nuevo solo se escuchaban palabras entrecortadas.

—Algo... ¡Sur!... Varias... Criaturas... Envía a alguien.

—Jasper, no entiendo lo que intentas decir —soltó el botón, pero del otro lado ahora sólo se escuchaba estática —. ¡Maldición!

Arrojó la radio contra la mesa y se volvió hacia la ventana. La noche en el bosque era oscura, y no le gustaba la idea de salir solo en busca de su compañero.

Jasper era, en realidad, el hombre encargado de entrenarlo en sus primeras semanas como guardabosques. Era del tipo relajado y siempre estaba muy animado, por eso a Dennis le aterraba el haber escuchado su voz tan desesperada cuando le llamó comunicándole que se había topado con algo extraño durante sus rondas de vigilancia.

Después se escucharon pasos corriendo a través de la radio, y cuando Dennis intentó averiguar lo que pasaba, Jasper empezó a hiperventilar, y el sonido en la radio se distorsionó.

Ahora, la radio parecía haberse dañado y no había nadie más en la estación para acompañar a Dennis a comprobar lo que había pasado.

—Sabía que no debía haber dejado a la imbécil de Isabel fugarse con su imbécil novio —refunfuñó, colocándose la chaqueta y verificando que su lámpara tenía pila suficiente —. Y el maldito idiota de Paul tuvo que faltar hoy.

Respiró hondo, volvió a mirar por la ventana y sintió un escalofrío, pero de inmediato negó con la cabeza y apartó la vista. Si continuaba mirando sin hacer nada, el miedo lo congelaría, y no podía dejar a su instructor abandonado a manos de quién sabe qué.

Abrió la puerta, tomó su linterna y se adentró en el bosque.

Tuvo que dar un par de vueltas para recordar por completo el trayecto que Jasper recorría, pero en cuanto lo hizo comenzó a trotar trazando el camino.

Era una noche despejada, pero las frondosas copas de los árboles hacían difícil ver si no traías una fuente de luz contigo.

Para coronarlo todo, debido a las fechas tan cercanas a Halloween, los guardabosques habían permitido que los visitantes del parque dejaran calabazas de expresiones horribles con velas dentro a lo largo de los caminos; y algunos hasta habían traído decoraciones sacadas de supermercados porque no creían que las calabazas fuesen suficientes.

A los lados del camino había troncos cubiertos de sábanas con agujeros que simulaban ojos y bocas, había brujas de plástico montando sus escobas, calaveras con ojos que brillaban y dientes manchados de pintura roja, máscaras baratas de payasos y vampiros colgando de las ramas; y todos lo estaban mirando!

Dennis pegó un brinco y gritó al pasar delante de un muñeco que se rio y agitó un hacha en miniatura.

—¡Mierda! —Dennis lo miró y pasó la mano delante de él. De nuevo el muñeco rio y agitó su hacha, delatando que trabajaba por medio de sensores —. ¿A quién se le ocurre poner estas cosas aquí?

Entonces algo tirado sobre el suelo llamó su atención. Al agacharse vio la radio de Jasper hecha añicos. Dennis se ajustó la chaqueta y tragó saliva con fuerza mientras se ponía de pie, dirigiendo su linterna a todos lados al mismo tiempo.

—¿Jasper? —se atragantó y volvió a intentarlo, aunque no le gustaba hablar demasiado fuerte —¡Jasper! ¿Estás aquí?

Al apuntar la luz al suelo, a varios metros delante de sí, vio más trozos de plástico negro perteneciente a la radio; luego, en el tronco de un árbol lejano vio felpa colgando de una rama y tela anaranjada brillante.

—Su chaqueta...

Dennis vio detrás de sí con la esperanza de encontrar algo más que le indicara que Jasper estaba más cerca del camino principal que en las profundidades del bosque, pero no halló más que sus propias huellas en el barro.

Soltó una maldición y siguió el rastro que había dejado Jasper.

La tenue luz que brindaban las calabazas se apagó al adentrarse entre los árboles, y el frío y la humedad le calaron hasta los huesos a pesar de la gruesa cazadora que llevaba encima. Su respiración salía como nubes. Se aferraba a la intensidad de la luz de su linterna como si esta fuese la

razón por la que seguía con vida.

Había ruidos a su alrededor, pero casi todos eran provocados por el viento. O eso quería creer.

Se decía a sí mismo que no estaba escuchando pisadas, que no había nadie que lo estuviera vigilando, ni nadie ni nada ocultándose y esperando el momento apropiado para atraparlo igual que lo habían hecho con Jasper.

—Jasper, amigo, ¿estás allí?

Tan solo había encontrado varios trozos de felpa entre ramas y sobre arbustos, pero aún no lograba hallar sus pisadas.

Se detuvo cuando vio sangre.

—Por Dios...

Un charco rojo se posaba a dos metros de distancia, quieto, esperándolo.

Dennis quiso retroceder pero sus piernas no respondieron. Su mirada estaba fija en el charco de sangre, pero de inmediato observó a su alrededor.

—¡Jasper! ¿Dónde estás? ¡Jasper!

Su voz sonaba débil y lejana, como si no fuera suya, pero se obligó a seguir hablando.

—¡Jasper! ¡Responde! No puedo ayudarte si no me hablas... Por Dios...

Por fin se acercó a la sangre y ahí, de pie delante de ella, miró hacia delante y hacia ambos lados. En ninguna dirección se veía más sangre ni más pedazos de tela o felpa de la chaqueta de Jasper.

—¿¡Dónde estás?!

Algo cayó ante sus ojos, como una mosca aterrizando en el piso, pero cuando bajó la mirada vio que el charco de sangre se movía y tenía ondas en la superficie.

Dennis retrocedió tan rápido que tropezó y cayó, pero logró aferrar bien su linterna y con esta apuntó hacia arriba.

Ahí estaba Jasper, colgando sin vida a quince metros del suelo.

Su torso había sido atravesado por una rama partida a la mitad, y por entre sus costillas alcanzaban a verse pedazos de pulmón moviéndose entre espasmos. Sus brazos habían sido clavados al tronco por más ramas afiladas y le habían abierto el vientre horizontalmente, de manera que sus intestinos estaban colgando de la herida abierta.

Dennis comenzó a llorar, recorriéndolo con la mirada.

Su cuerpo estaba deshecho y, si no fuese por la ropa, lo único que se podría ver sería una masa de carne roja.

Pero lo que más aterraba a Dennis era el hecho de que le habían arrancado los párpados. Jasper, aun después de muerte, le estaba sosteniendo la mirada.

—¿Qué...? ¿Qui...? ¿Quién...? Por Dios, Por Dios —comenzó a balbucear, buscando en sus bolsillos su teléfono celular—. Jasper, lo siento tanto.

Marcó a la policía mientras seguía sentado en la tierra.

—Nueve once, ¿cuál es su emergencia?

—Yo... Mi instructor... Alguien, creo que alguien lo asesinó. Encontré su cuerpo y... Su radio sonaba mal, y él sonaba asustado. Cuando salí a investigar... Ay, Dios.

—Necesito que se tranquilice. ¿Puede decirme dónde está?

—Sí, yo... Soy guardabosques. No, no, digo...

—¿Guardabosques? ¿Sigue ahí? Necesito que me diga dónde está o no podré enviar ayuda.

—Lo... Lo siento, yo...

Se interrumpió a sí mismo y miró por sobre su hombro.

—No es cierto.

Se puso de pie de un salto, tirando el celular, y apuntó el haz de luz en dirección al camino que había estado cruzando desde el principio.

Calmó su respiración y lo que había creído escuchar volvió a sonar.

La risa del muñeco con sensores en los ojos. Y luego, aleteos.

El muñeco se rio más de veinte veces antes de que Dennis pudiera dar la media vuelta para echar a correr.

Capítulo 20

20. El Caso Escorpión

Reporte #003 del Caso Escorpión

Las autoridades policíacas que trabajan con el departamento de medicina para el análisis del presente caso han descubierto que todas las personas infectadas por el sarpullido tienen algo en común: han nacido entre los días veintitrés de octubre y veintiuno de noviembre, convirtiéndolos, según el horóscopo, en el signo escorpio del zodiaco.

Esto les ha llevado a creer que las víctimas han sido elegidas a propósito por una persona o asociación, pues, como se ha especificado en reportes anteriores, todos los infectados dicen haber sufrido picaduras de escorpiones "extraños".

La investigación se ha pasado al departamento de inteligencia.

El departamento de medicina sigue buscando una cura.

Reporte #005 del Caso Escorpión

Se ha descubierto que los pacientes infectados por el sarpullido no pueden contagiar el mismo por medio del contacto directo, por transmisión de fluidos ni por aire.

Reporte #006 del Caso Escorpión

Con base en observaciones del departamento de medicina, se ha llegado a una conclusión: conforme los cumpleaños de las víctimas se van acercando (el departamento de inteligencia les ha pedido que presten atención a estos datos), el sarpullido crece y aparece en las partes del cuerpo que antes no habían estado afectadas.

Previamente, el sarpullido había estado conformado por pústulas de gran tamaño.

Conforme la fecha de nacimiento del paciente se acerca, estas pústulas se han inflamado y explotado, permitiendo así que el pus salga del cuerpo. Sin embargo, debajo del pus ha aparecido un nuevo tipo de tejido de

textura dura y levemente pegajosa.

Al intentar examinarla más de cerca, la piel que rodea el nuevo tejido se contrae para protegerlo.

Se sigue buscando una cura.

Reporte #008 del Caso Escorpión

La paciente A-3 ha manifestado la sensación de movimiento en sus pústulas inflamadas, citándola:

“Es como si hubiera bichos moviéndose debajo de mi piel, pero siempre están dando vueltas en el mismo lugar.”

Al preguntarle si sentía dolor, mencionó:

“No me duele, pero me incomoda como nada que haya sentido antes. No quiero que estén más dentro de mi cuerpo, quiero que salgan, y cuando intento rascarme o reventar estas malditas espinillas gigantes... Mi propia piel las protege.”

Reporte #013-1 del Caso Escorpión

Tras los reportes de pacientes de nuevo ingreso (véase a los pacientes A-4, B-2, C-9, D-3, D-4), que manifestaban malestar en gran escala y cuyas pústulas se han hinchado tanto que están cerca de reventar la piel, se ha decidido intervenir de manera quirúrgica.

Reporte #013-2 del Caso Escorpión

El departamento de inteligencia ha encontrado indicios de una nueva especie de escorpión que solamente ataca a individuos con ciertas especificaciones (véase Reporte #006); no se ha descubierto su modus operandi, pero los investigadores creen que lo que inyectan en la víctima no es veneno, sino sus huevos.

Reporte #014 del Caso Escorpión

Los pacientes A-3, A-4, B-1, B-2, C-9, D-3, D-4 y D-5 han sido elegidos para comenzar los procesos quirúrgicos para retirar los cuerpos extraños

de sus cuerpos el día de hoy, 20 de octubre del año 2020, a la 1:45 p.m.

Reporte #015 del Caso Escorpión

Todos los pacientes sometidos a la operación (véase Reporte #014) han muerto a causa de un paro cardiorrespiratorio después de varios minutos de verse sometidos a la anestesia.

Aun así, los cirujanos han podido extirpar varios de los cuerpos extraños y lo que se ha encontrado puede confirmar la teoría del departamento de investigación: lo que se aloja en los infectados del Caso Escorpión son sacos de huevecillos.

Reporte #016 del Caso Escorpión

Todos los pacientes que se han visto sometidos a distintos tipos de procedimientos para eliminar el sarpullido han fallecido. Los sacos de huevos extraídos de pacientes anteriores se han puesto bajo vigilancia para su estudio, pero estos regularmente mueren tras una hora de haber sido extraídos.

La respuesta yace en que los pacientes tienen que vivir para que los escorpiones parásitos lo hagan igualmente.

Nota: No se arriesgarán más vidas humanas para la investigación de los escorpiones.

Reporte #017 del Caso Escorpión

(Información no disponible)

Reporte #018 del Caso Escorpión

En la última semana de octubre del presente año, los huevecillos alojados en los pacientes A-1, A-2 y A-5 se han abierto.

Los pacientes experimentaron gran dolor hasta el punto de encontrarse en agonía, y los sedantes que se les lograron suministrar no surtieron efecto.

Las enfermeras y doctores que se encontraban cerca han descrito a detalle la manera en que los escorpiones rasgaban la piel de los pacientes para salir; y eran tantos que pronto la pérdida de sangre en los pacientes los hizo perder la conciencia. Eventualmente, todos murieron, salvo la paciente A-2, que actualmente se encuentra en coma y tiene bajas probabilidades de sobrevivir.

Las habitaciones en donde se encontraban dichos pacientes han sido clausuradas, y las enfermeras y doctores que tuvieron contacto con los escorpiones están bajo vigilancia.

Reporte #019 del Caso Escorpión

(Información no disponible)

Reporte #25 del Caso Escorpión

El caso es ahora controlado por el departamento de inteligencia.

Reporte #27 del Caso Escorpión

Los hogares invadidos por la plaga de escorpiones han podido ser neutralizados utilizando fuego.

Reporte #28 del Caso Escorpión

(Información no disponible)

Reporte #30 del Caso Escorpión

Todos los que hayan tenido contacto con los escorpiones (infectados, enfermeros, doctores, investigadores y civiles) serán eliminados.

-Procedimiento para civiles e investigadores:

Muerte piadosa. Se quemarán sus cuerpos.

-Procedimiento para enfermeros y doctores:

Muerte piadosa. Se quemarán sus cuerpos y las cenizas serán recolectadas para su futura depuración.

-Procedimiento para infectados:

Han de quemarlos con vida. Las cenizas serán recolectadas, depuradas, y puestas bajo custodia del departamento de inteligencia, sección 7.

(Fin del Caso)

Capítulo 21

21. La Sonrisa

Por los años cincuenta corría la leyenda de “La Sonrisa”.

La leyenda decía que si andabas solo en medio de la noche, caminando por la ciudad sin importar la calle, te encontrarías tarde o temprano con alguien o... Algo, que te sonreía.

Todos quienes habían visto a La Sonrisa concordaban en que parecía brillar en medio de la oscuridad, y sus dientes eran de un blanco tan inmaculado que lucía antinatural. Era una sonrisa que flotaba sobre la nada, tan grande que era imposible que fuese la de un ser humano, pero ¿qué otra cosa iba a ser?

La Sonrisa tenía unos dientes perfectos, pero sus caninos eran demasiado grandes, como los de un animal o un vampiro.

Cuando La Sonrisa captaba tu atención entonces no había marcha atrás. Todas las víctimas decían haber experimentado una fuerte atracción a La Sonrisa y de pronto su cuerpo comenzaba a caminar por propia voluntad hacia ella, igual que un perro siguiendo el aroma a carne fresca o una abeja flotando hacia la flor más bella.

La Sonrisa entonces se movía, flotando entre las sombras y dirigiendo a su víctima a través de calles desoladas y vecindarios solitarios hasta que llegaban juntos a La Casa.

La Casa parecía ser el hogar de La Sonrisa y los testigos la describían como una edificación similar a un castillo en tamaño y apariencia, diferente a cualquier cosa que hubiesen visto antes. De la misma manera, cuando la policía o los sobrevivientes decidían investigar por su cuenta, jamás la encontraban.

La Casa se encontraba en un campo solitario, sin vecinos u otras casas a la vista, y estaba rodeada de enormes árboles que la cubrían con su manto de hojas en las copas; cuando la víctima entraba al lugar, dirigido por La Sonrisa, mencionaba perder por completo el sentido del tiempo o la orientación, como si una parte de su cerebro se hubiese dormido, imposibilitándoles distinguir lo que era realidad y lo que no.

Entonces La Sonrisa comenzaba a reírse, y aquí es cuando las víctimas entran en conflicto, pues algunos mencionan que La Sonrisa tiene una voz grave y masculina, mientras que otros dicen que es aguda, más femenina; el resto dice que la voz no tiene un sexo definido, y algunos hasta han

dicho que parece la voz de un niño o niña pequeños.

Como sea, la risa suena tanto agradable como aterradora; incomoda al escucha y a la vez los hace sentir reconfortados, como si estuviesen acompañados en una tierra de pesadilla y por eso no se pudiesen alejar de La Sonrisa.

Mientras La Sonrisa ríe, la víctima que fue invitada a su hogar la sigue a través de largos pasillos y habitaciones elegantes con muebles y tapiz oscuros. En La Casa no suele haber ventanas. Siguen a La Sonrisa hasta el último piso que, extrañamente, es el más oscuro de todos, y continúan hasta llegar a una habitación cerrada con llave.

La Sonrisa entonces hace una pregunta a su víctima:

“¿Te gustaría conocerme? ¿Saber quién soy?”

Es decisión del escucha hacer su decisión. Quienes contestan con un “no”, pierden la conciencia y despiertan algunos minutos más tarde en medio de la calle en la que se toparon con La Sonrisa la primera vez, con una fuerte jaqueca y dolor de estómago acompañado de náuseas.

Sin embargo, quienes contestan con un “sí” se ven obligados a escuchar una advertencia.

“Me alegra que desees ser mi amigo, sin embargo... Después de que veas cómo soy, te ocurrirá algo que cambiará tu vida por completo.”

La Sonrisa entonces deja caer una llave a los pies de su invitado.

“Si eres valiente y tu curiosidad ha de ser saciada, toma la llave y abre la puerta. Yo te esperaré dentro. Si has decidido que, a final de cuentas, no quieres ser mi amigo, date la vuelta y sal de esta casa lo más rápido que puedas, pues mi cobro por las decepciones se paga con la muerte.”

La Sonrisa desaparece y el invitado ha de tomar su decisión en un par de segundos. No se sabe cuántos se han acobardado en este punto, pero muchas de las desapariciones reportadas año con año podrían deberse a que La Sonrisa los alcanza antes de que ellos alcancen la salida del castillo.

Si la víctima toma la llave y abre la puerta, por fin se encuentra con el rostro de La Sonrisa. Con todo y su cuerpo y sus vestimentas, y cada asqueroso detalle que hasta entonces había decidido ocultar.

Sólo ha habido una persona que recuerda cómo lucía La Sonrisa, confinada a un psiquiátrico porque tras poco tiempo de su encuentro sucumbió a la esquizofrenia de tipo catatónico, y antes de sufrir un paro

cardíaco mientras dormía, pudo contarle a su enfermera lo que había desencadenado su grave enfermedad.

La Sonrisa no tiene ojos, no tiene nariz, ni cabello, pero sí un cuerpo muy parecido al de una persona con sobrepeso extremo. Debería de pesar unos doscientos cincuenta o incluso trescientos kilogramos, de piel grasosa y rosada como la de un bebé. Lo que lo separa de la gente es que todo su cuerpo está cubierto de bocas. Sonrisas iguales a la que se había visto desde un comienzo, todas derramando saliva y con restos de carne y sangre caliente entre los dientes.

La Sonrisa se encontraba sentada ante una mesa vacía, y todas las bocas respiraban, sonreían y hablaban entre murmullos, invitándolo a sentarse.

Ninguna otra víctima recuerda nada, pero es casi seguro afirmar que La Sonrisa los invita a sentarse ante la mesa con ellos.

Quizá pasen horas conversando, compartiendo secretos y chistes, o quizá La Sonrisa los ataque tan pronto bajan la guardia.

Se sabe que los ataca por el estado en el que se encuentra a las víctimas: desmayados sobre la acera, pálidos y con una pérdida de sangre a poco de considerarse mortal.

Cuando son examinados en el hospital se encuentra la razón por la que La Sonrisa les advirtió que "cambiaría sus vidas".

Una boca con afiladas hileras de dientes aparece a lo largo del estómago de la víctima, justo donde antes se encontraba su ombligo, con una voz y voracidad propias.

Tanto la víctima como su segunda boca comparten el mismo aparato digestivo, pero la nueva boca no desea comer otra cosa que no sea carne humana.

El hambre de dicha boca es tan grande y tan agonizante que sus dueños se han visto orillados a suicidarse, profanar cuerpos de cementerios o matar para saciarla y evitar el dolor que les provoca.

En la década de los setenta se reportó que los casos de víctimas de La Sonrisa habían disminuido drásticamente hasta que, a mediados de los años ochenta, desaparecieron por completo.

Esta leyenda estaría aún olvidada si no fuera porque esta mañana se ha encontrado a un peatón noqueado en un terreno baldío, con pérdida de sangre y algo que se mueve violentamente por debajo de su camiseta, justo a la altura de su ombligo.

Capítulo 22

22. Partes de Repuesto

—Aquí tienes una lista detallada y... Aquí, un mapa especificando el lugar en donde se encuentran todas y cada una de ellas. ¿Alguna pregunta?

El postulante observó ambos documentos. La lista tenía treinta páginas de extensión y el mapa debía tener metro y medio de largo. Negó con la cabeza.

—Para el lunes debes haberte aprendido todo lo que está allí. A las siete de la mañana se te harán varias nuevas pruebas: una práctica y una de conocimientos; si pasas ambas con más del noventa y cinco por ciento, tendrás el empleo.

De nuevo, se limitó a asentir, sonriente.

—Si no, te mataremos como al resto. ¡Bueno! Eso es todo.

Y el postulante abandonó la propiedad con la misma sonrisa con la que había entrado.

¡Por fin tenía la oportunidad de trabajar con su mayor ídolo! No la desperdiciaría por nada del mundo.

El doctor Red había tenido al mismo asistente durante muchos años hasta que este desapareció sin una explicación alguna, y el bajo mundo de la ciencia se dio cuenta de que no había tardado mucho en crear aplicaciones para contratar a un nuevo asistente.

La primera fase había consistido en resolver varios complicados acertijos que terminaban por dirigirlo a uno a una localización donde todos los postulantes se reunirían. Después de descartar a aquellos que habían llegado allí por suerte y a los que parecían ser sospechosos aliados a la policía o investigadores privados, aún quedaban más de cien interesados.

Se midieron sus conocimientos (casi todo tenía que ver con la medicina, la biología o la anatomía), su estado físico y, más importante, su confiabilidad.

Conforme los meses pasaban, se iban descartando postulantes lentamente. Era un proceso delicado porque, por fuera, el doctor Red no era más que otro científico destacado en la comunidad, pero quienes estaban interesados en métodos prohibidos, conocían lo sádico y retorcido que podía llegar a ser. Lo que era más importante, ni lo que era la alta sociedad de científicos respetados ni el bajo mundo conocían cómo lucía el

doctor Red.

Nadie que no fuera confiable merecía tener el trabajo de su asistente.

Dos semanas atrás quedaban solamente quince; tres días después quedaban diez. Se hicieron más pruebas y se midieron más aptitudes, de manera tan brutal que seguro hubiese sido clasificada como inhumana.

Les dejaban días sin dormir mientras aplicaban exámenes de conocimiento en extremo confusos, castigaban el más mínimo error con la expulsión del programa (lo cual igualaba a una ejecución en donde sea que estuvieran, a cualquier momento del día), y los abusaban físicamente haciéndolos correr maratones a pesar de que les sangraran los pies, del calor que hiciese o de las tormentas que azotaran a la tierra.

Desde un comienzo, la brutalidad y el castigo ante la mediocridad estaban implícitas, y aun así todos ellos estaban dispuestos a dar sus vidas para trabajar con Red.

Ayer por la noche había sobrevivido solamente un postulante, mismo que ahora se dirigía a toda velocidad a casa para pasar otros varios días en vela estudiando lo que Red había permitido exponer sobre sus trabajos.

En la lista se enumeraban partes del cuerpo humano, desde la falange media del dedo meñique del brazo izquierdo hasta torsos con todos sus órganos dentro, la mitad de una caja torácica o un simple trozo de cuero cabelludo.

Al lado de la parte del cuerpo humano enlistada, se encontraban las dimensiones de lo que debía ser un contenedor especial, y al lado de estas, se describía la solución en la que las partes del cuerpo humano debían ser sumergidas.

Tras chequear la lista, observó el mapa.

Echándole solo un vistazo, uno creería que se trataba de un complejo laberinto con anotaciones por todo lo largo y ancho, pero en realidad era una habitación vista desde arriba. Las anotaciones no eran más que números que coincidían con los que había en la lista de partes humanas. En el mapa también se especificaban las medidas exactas entre cada contenedor, el grosor de las paredes, el cableado eléctrico, entre muchas otras cosas.

Al postulante se lo aprendió todo de memoria, al derecho y al revés, y fue a presentar sus últimas pruebas el día marcado, a la hora marcada.

Le entregaron los resultados de inmediato: noventa y ocho por ciento de aciertos. ¡Había pasado! ¡Sería aceptado como el asistente del doctor Red!

Entonces lo condujeron a una nueva locación que no podría abandonar nunca más. Era un castillo enorme, como una fortaleza, y sabía que su trabajo se llevaría a cabo en el sótano por la manera en que lo dirigían a través de pasillos y habitaciones secretas.

—¡Felicitaciones! —dijo una figura encapuchada cuando lo dejaron solo en la antesala al sótano—. Si estás aquí es porque has logrado satisfacer mis estándares, y ahora obtendrás el puesto que ha estado vacante desde hace tanto... ¡Enhorabuena!

—¿Doctor Red? Es un placer conocerlo finalmente, he sido un gran seguidor de sus trabajos oscuros desde hace años. Será una dicha trabajar a su lado.

—Me alegro. Y espero que no te retractes de tus palabras en unos años tras saber el arduo trabajo que has de llevar a cabo.

—Claro que no, doctor.

—No podrás nunca abandonar esta fortaleza, lo sabes, ¿verdad?

—No me molesta.

—¡Estupendo! Ahora, déjame mostrarte el lugar en donde pasarás la mayoría de tus días.

La figura se giró en redondo y con un estruendo se abrió una enorme puerta.

Del otro lado provenía una luz verdosa y sonidos mecánicos y pegajosos.

—Adelante —dijo Red, entrando él mismo primero.

Su ahora asistente hizo caso y vio algo que no le sorprendió.

El sótano era del tamaño de varios campos de fútbol y estaba lleno de enormes recipientes cilíndricos de cristal en donde flotaban los pedazos de cuerpos humanos que se había aprendido de memoria gracias a aquella lista. En hojas de papel colgando debajo de los frascos estaba escrita la cantidad de partes, su fecha de ingreso y la fecha en la que debían ser reemplazados por unos nuevos.

Ojos, labios, manos, piernas, dedos, dientes, narices, lenguas y todo lo que uno pudiese imaginar estaban allí, nadando en un líquido verdoso que burbujeaba de tanto en tanto. Lo más raro para él era que ninguna parte humana tenía restos de sangre, como si hubiesen secado a los donadores

antes de partirlos en pedacitos.

Se dio cuenta entonces de que ningún trozo parecía pertenecer a la misma persona, aunque eso tampoco le removió la moral.

—Estos... —dijo Red —... Estos serán tus dominios. Serás responsable de mi depósito, de mis... Partes de Repuesto.

—¿Partes de Repuesto, señor?

Red los dirigió a ambos hasta el fondo de la habitación mientras hablaba.

—Hay una razón por la que nunca he mostrado mi rostro ante el público, mi joven amigo. ¿Cuál era tu nombre?

—Ah, yo...

—No importa —hizo un ademán—. La razón es que, además de que sería peligroso para mí, bueno; a la gente no le agradecería verme.

En el fondo de la habitación había una cama de operaciones y varias mesas con instrumentos necesarios para realizar cualquier intervención quirúrgica. Red se detuvo delante de la cama, sin mirar atrás.

—Creo que no lo entiendo, señor —dijo el asistente.

—Ya lo harás. Lo importante es que, justo hoy, justo ahora, tendrás tu primerísima tarea como encargado de mis Partes de Repuesto.

Red soltó una risita, se quitó la amplia capucha y se dio la media vuelta.

Lo que vio el asistente lo hizo retroceder.

Red era una persona, sí, pero una creada a partir de cientos más. Tenía pedazos de cara encimados unos contra otros, de tonos de piel y complexiones totalmente distintas; su mano derecha tenía tres dedos blancos y dos negros, su sonrisa tenía dientes amarillos, blancos, y podridos al mismo tiempo; tenía también una nariz torcida y extraña mientras que sus ojos eran brillantes y hermosos.

Todas las partes distintas estaban unidas unas contra otras por hilo grueso y grapas.

—Mi brazo derecho empieza a dejar de responder —dijo Red, con una sonrisilla—, eso significa que es hora de cambiarlo por uno nuevo. ¿Recuerdas en dónde coloco los brazos derechos?

Su asistente no podía apartar la mirada de él, y respondió mecánicamente.

—Fila tres, columna D.

Y fue a buscarle un nuevo brazo a su amo.

Capítulo 23

23. La mayor fan de Medusa

Su historia mitológica favorita era la de Medusa, y en especial le gustaba fantasear con que ella en realidad jamás moría ni era decapitada por Perseo sino que este, siendo vencido por la criatura mitad mujer mitad serpiente, deliraba su victoria en sus últimos momentos de vida antes de convertirse en piedra.

En realidad, para Micaela, ese era el único final para esa historia.

En cierta parte odiaba la manera en que una mujer inocente era castigada por los pecados de otros, convirtiéndola en un monstruo, pero si no fuera por eso, Medusa no existiría. Y la adoraba demasiado como para siquiera imaginar una vida sin ella.

Tenía su habitación atiborrada de imágenes y figuras que hacían referencia a la criatura, y diariamente se maquillaba (con toda la destreza que una niña de once años puede tener) escamas en brazos y piernas, y trazaba con delineador largas líneas sobre sus párpados. Le había pedido a mamá y papá incontables veces lentillas verdes o amarillas, pero ellos seguían diciendo que era aún muy joven para usar cosas así.

Solía vestirse con ropa verde y gris, y mamá había accedido a tintarle el cabello de verde con pintura orgánica, ¡no podía pedir más! Era el vivo retrato de Medusa... O si Medusa hubiese tenido una hija.

—¿De qué te disfrazarás este Halloween?

—¡De Medusa!

Pero ahora, un simple disfraz no le parecía suficiente.

Necesitaba algo que fuese más allá, pero ¿cómo haría para personificar de forma fiel a Medusa? Todas las opciones que se le ocurrían eran sangrientas y dolorosas, sin embargo, ¿qué otra opción quedaba?

Es por eso que el viernes veintitrés de octubre se decidió a hacer su primera prueba de vestuario, así tendría toda una semana para perfeccionarlo.

—Mamá... ¿Viste la engrapadora?

—Hay una en mi estudio.

—¿Y las pinzas que papá usa para arreglar cables?

—Deben estar en la cochera.

—¿Y el alcohol y el algodón?

—Están en el botiquín del baño. Nena, ¿para qué necesitas todas esas cosas?

—Para un proyecto de la escuela.

Llevó la engrapadora, las pinzas, el alcohol y el algodón hasta su habitación, en donde la esperaba un bote de plástico repleto de serpientes que había atrapado en el río que estaba al otro lado de la ciudad. Varias de ellas ya la habían picado a ella y sus amigos, por lo que sabía que no eran peligrosas.

Se sentó delante del espejo, abrió el bote y sacó una serpiente. Era delgada, por lo que ella podía controlarla sin mucho problema.

—No te muevas...

Pero la muy bastarda no le hizo caso e intentó morderla. Micaela gruñó, la soltó, fue a cerrar su habitación con seguro, y volvió hasta la serpiente para arrancarle los colmillos con las pinzas. Un chorro de sangre salió de los agujeros que le había creado en la boca, y la serpiente soltó gemidos parecidos a los de la estática de la televisión.

Micaela le limpió las heridas echándoles unos chorritos de alcohol y diciéndole al animal que se calmara.

Su largo era perfecto; lo midió sosteniéndola tensa junto a su propia cara.

Soltó un suspiro, dejó a la serpiente en el piso delante de ella y alargó la mano hasta la rasuradora eléctrica que también había tomado del baño. Se miró al espejo y comenzó a raparse la cabeza. Usó varios espejos para no dejar ni un mechón sobre su cráneo, luego apagó la rasuradora e hizo una mueca a su propio reflejo.

—A eso le llamo determinación —se murmuró a sí misma.

Volvió a tomar a la serpiente y la colocó junto a su cara nuevamente. El animal se removía con fuerza bajo su agarre, pero no la dejaría escapar. Micaela se observó nuevamente, con la serpiente pegada a su mejilla, desde todos los ángulos posibles. Luego vio el bote en el que había más criaturas del mismo tipo. No había atrapado a muchas, pero servirían... Sólo tenía que encontrar la manera de hacer que le cubrieran cada

centímetro de la línea de su cabello.

—¿Las parto por la mitad...? No —pellizcó la piel de la serpiente —. ¡Ah!

Y se la colocó a lo largo del cráneo, dejando la cola sobre su nuca y la cabeza de la serpiente a centímetros de su propia frente.

—¡Ajá! Pero... Necesitaré más grapas.

Fue al estudio de mamá y devuelta sin que ella se diera cuenta, con varias cajas llenas de grapas. Estaba segura de que muchas se partirían, se doblarían, o no se enterrarían en su piel lo suficientemente profundo, por lo que necesitaba todas las que hubiera en casa para preparar el mejor vestuario de todos.

Tomó a la serpiente y la engrapadora, una en cada mano, y respiró hondo.

—Esta será la peor parte —por medio del espejo vio un cuadro enmarcado de Medusa, quien le sonreía como si aprobara su valentía —. ¡Pero valdrá la pena!

Colocó a la serpiente sobre su cabeza, justo como antes, y acercó la engrapadora a centímetros de ella, justo entre la piel del animal y la de su cabeza. Hubiera cerrado los ojos, pero si lo hacía, erraría y eso arruinaría el disfraz.

CHACK

Micaela enterró los labios en su brazo y gritó contra su piel. Reposicionó la engrapadora. No podía acobardarse cuando apenas iba empezando.

CHACK

Le ardía y molestaba, y la serpiente moviéndose violentamente de un lado al otro lo hacía todo peor.

CHACK

CHACK

CHACK

¡Maldición, se atoró!

CHACK

CHACK

Y la primera serpiente estaba unida a su cráneo, como un mohawk con vida propia. Líneas de sangre bajaban desde las heridas que se había abierto. Se sentía algo mareada, así que remojó un pedazo de algodón en alcohol y se lo llevó a la nariz. También se limpió las heridas con él.

Repitió el procedimiento con otra serpiente.

CHACK

CHACK

Y otra más,

CHACK

CHACK

hasta que toda su cabeza estuvo cubierta por serpientes.

Le sonrió al espejo, mientras los animales se movían intentando escapar y su cabeza se iba de un lado al otro sin poder controlarla.

Tenía sangre bajándole por la frente, por las mejillas, por la nariz y hasta por entre los labios, empapando su ropa y el piso debajo de ella.

Pero su vista volvió al espejo.

¡Era igualita a Medusa!

Las serpientes danzando en su coronilla, la mirada al borde de la locura; empapada de sangre, desaliñada y sucia, y aun así luciendo como la mismísima reina del inframundo.

—¡Dios! Tengo que enseñarle a mamá.

Pero cuando corrió hasta la sala de estar y se plantó delante de la televisión, mamá se echó a llorar, gritando horrorizada.

Capítulo 24

24. Orugas

Cada segundo jueves del mes, durante la tercera clase, Carol y Samuel se escapaban hasta uno de los patios más alejados del campus, pero aquel era la primera vez en dos años que Sam faltaba a su encuentro.

Carol chequeó su teléfono y vio que incluso había llegado un poco tarde.

Sam ya debía de estar allí.

—No me vas a dejar plantada...

Comenzó a teclear un mensaje de texto, pero tras tres palabras se arrepintió y decidió llamarlo.

—Más te vale contestar, maldito.

Desde que se conocieron en la preparatoria, fueron inseparables y ahora que estaban yendo juntos a la universidad decidieron hacer un pacto. Ya que no tenían ninguna clase en común y, debido a sus propios horarios, era muy difícil verse para charlar, así que decidieron elegir un día al azar y una clase al azar a la cual ambos faltaran sin excusas, a menos que tuviesen un examen importante ese día o algo parecido.

Era una tradición que habían cumplido al pie de la letra mes tras mes, y en muchos de esos encuentros habían vivido algunos de sus mejores momentos juntos; contrabandeando alcohol y cigarrillos al campus, criticando a sus compañeros y maestros, y riéndose hasta llorar por tonterías que solo a ellos dos les causarían gracia.

Por eso es que Carol no iba a tolerar que Samuel la dejara así, ¡y sin avisar!

Presionó un botón y se llevó el teléfono a la oreja, pero pasados unos segundos escuchó el tono de llamada del celular de Sam. Carol frunció el ceño, rodeó un árbol solitario, y allí estaba la mochila de Sam, su móvil y... ¿sus zapatillas?

Carol guardó su propio teléfono y miró a su alrededor.

—¿Dónde te has metido?

Detrás de ella, los arbustos se movieron y una mancha negra salió arrastrándose de entre la tierra. Carol pegó un respingo y retrocedió a toda velocidad; se hubiese echado a gritar si no fuera porque conocía la

risa de Sam a la perfección. Pero ¿qué diablos estaba haciendo?

—¿iSam?! ¿Qué haces?

—¡Ah! —él alzó la mirada, lleno de tierra, mientras se incorporaba—. ¡Carol, por fin llegaste! No vas a creer lo que he descubierto.

—¿Una nueva forma de arruinar tu ropa? Estás lleno de mugre y barro... ¿Y con qué te has mojado?

—Es un tipo de baba, como mucosa.

—¿Qué...?

—Tienes que verlo con tus propios ojos o no me creerás. Ven, pero quítate los zapatos.

—¿De qué rayos hablas?

Sam se acercó hasta ella para susurrarle, temeroso de que alguien más les escuchara.

—Encontré... Encontré una rara especie de orugas. Viven bajo tierra, ¡habíamos estado festejando y embriagándonos justo encima de su hogar, y no teníamos ni idea!

—¿Orugas?

—Parece que han cavado túneles que se extienden por varios kilómetros, y son dóciles.

—¿Cuánto tiempo llevas allí abajo?

—Sólo unos minutos. Como no llegabas me puse a vagar y tropecé con un pedazo de tierra blanda. Al escarbar un poco, me topé con uno de sus túneles. Carol, son túneles enormes para ellas, tan grandes que yo me puedo arrastrar allí dentro a voluntad.

—Suenas como un loco... Tranquilízate.

—¡No puedo! No... No sé por qué, pero no puedo dejar de pensar en ellas —se aplanó el cabello, de por sí sucio—. Estaba dispuesto a ir más adelante, pero necesitaba algo de luz, por eso salí, y ahora que tú estás aquí me puedes acompañar, ¿quieres?

—¿Qué? N-no... Esto es muy raro, Sam, yo... ¿Esto es una broma?

—No, nada de eso. ¡Es completamente real! Por favor, ven conmigo y lo verás tú también.

—Prefiero quedarme aquí. Sobre tierra.

Sam le hizo caso y pasaron el rato charlando, pero él continuamente miraba el agujero.

Carol se fue temprano, pero Sam se quedó detrás con la excusa de que tenía que hacer una llamada, pero Carol alcanzó a escuchar cómo volvía a deslizarse por entre los arbustos.

Más tarde ese día, Carol llamó a su amigo para ver qué tal estaba, y él no paraba de hablar de que había vuelto a los túneles y que había descubierto cosas increíbles.

Las semanas siguientes él dejó de responder el teléfono.

Cuando Carol intentó hablar con los compañeros de clase de Sam, ellos le dijeron que actuaba muy animado, pero que siempre llegaba sucio a clases y olía muy mal. Al terminar las clases, él siempre desaparecía.

Otro par de semanas pasaron y ellos dos no tuvieron ningún tipo de contacto. Carol comenzaba a ponerse cada vez más nerviosa.

Se había puesto en contacto más y más a menudo con los compañeros de Sam. Un día, una de ellas dijo que creía haber visto que, además de tierra y barro, entre sus ropas se escondían gusanos blancos, a quienes él acariciaba.

Aquello fue suficiente.

Cuando Carol se enteró, salió corriendo en dirección al departamento de Sam, pero no lo encontró allí. Tan solo había un desorden. Su cama estaba llena de porquerías y la misma baba que había visto en Sam el primer día que bajó a aquellos túneles; no parecía haber lavado su ropa en mucho tiempo, y había restos de carcasas pequeñas en las paredes y el suelo, como si se hubiera traído a las orugas a vivir con él por un tiempo. Olía terriblemente mal.

Aguantó las ganas de vomitar y volvió a salir al exterior.

Ni siquiera intentó contactarlo por mensaje o llamada.

Si no estaba en casa, sólo había otro lugar en el que pudiera encontrarse.

—¡Sam! —gritó, precipitándose hacia el árbol, bajo del cual estaban los zapatos de Sam. Más adelante estaba su chaqueta y todo se perdía sobre

los arbustos —. Maldita sea... ¡Maldita sea!

Se quitó los propios zapatos y caminó hacia el agujero.

Aguantó la respiración mientras entraba. Como era de noche, el agujero era negro como boca de lobo, pero podía alumbrarse con la linterna de su teléfono.

Se arrastró en silencio los primeros metros, sin notar nada extraño, hasta que comenzó a captar un olor nauseabundo proviniendo del túnel que se encontraba delante suyo.

—¿Sam? —gritó. Su voz hizo ecos por todo el lugar. Cosas babosas temblaron sobre su cabeza —. ¡Sam! ¿Me oyes? ¡Sé que estás allí!

Continuó arrastrándose.

Bajo sus manos la tierra se convertía en baba.

—¿Sam? Has estado viniendo aquí por todas estas semanas... ¡Estás perdiendo la cabeza!

Las paredes estaban salpicadas aquí y allá de orugas blancas con cabeza roja y ojos rojos, brillantes bajo la linterna. Parecían gruñirle a Carol mientras pasaba, por lo cual ella evitaba mirarlas.

—¿Cómo puede parecerte fascinante algo así? —gruñó —. ¡Sam! ¡Más te vale salir, maldito loco!

El olor se hacía peor con cada metro que avanzaba. La baba se volvía más sólida y la cantidad de orugas al igual que su tamaño, aumentaban mientras más se adentraba entre sus dominios.

—Santo Dios... Santo Dios y su Santísima puta madre... ¡SAM!

Pocos minutos después desembocó en lo que parecía el lugar en donde depositaban los huevecillos; orugas del tamaño de un perrito caliente se arrastraban por las paredes, ahora completamente blancas.

Otros cuatro túneles se abrían delante, y el tercero fue el que llamó la atención de Carol.

Una oruga lo suficientemente ancha como para haber sido la responsable de cavar todos los túneles se arrastraba saliendo del tercer túnel, y en su lomo había una chaqueta. La chaqueta de Sam.

—¡Sam, responde! —chilló—. ¡Responde o me largaré!

En el fondo del tercer túnel estaban los pantalones de Sam, y Carol se odió por quererlo tanto porque ese amor la obligó a avanzar.

Estaba al borde del llanto cuando volvió a hablar.

—Por favor, Sam... ¡Sam! ¡Samuel!

Cuando llegó hasta el final del tercer túnel, lo encontró y ahogó un grito.

Sam estaba colgando del techo de una enorme cueva cabeza abajo por medio de un grueso hilillo blanco y de textura frágil, mientras que su cuerpo estaba envuelto casi por completo de hilillos parecidos.

Estaba desnudo y se encontraba posicionado de forma extraña; sus brazos doblados detrás de su espalda, su cuello torcido hacia un lado, sus piernas presionadas contra su pecho hasta imposibilitarle la respiración.

Cientos de orugas de todos los tamaños lo iban rodeando, dejando baba e hilos a su paso mientras Sam estaba completamente quieto.

—Una... crisálida.

Carol abrió los ojos como platos. Las orugas no querían comérselo, como había pensado por un instante.

Lo intentaban convertir en uno de ellos.

Por fin sucumbió ante el llanto.

—Sam... Sam, lo siento...

—¿Ca...? ¿Carol?

Ella levantó la vista violentamente. Un gran ojo marrón la miraba. Sam estaba despierto.

—¿Sam?

—¡Sabía que vendrías! ¿Te quedarás conmigo para siempre? ¿También te convertirás en una de nosotras?

—¿Qué? Sam, no. Estoy aquí para llevarte a casa. Quiero sacarte de este lugar.

—Oh, no, Carol. Yo nunca me iré —hizo un gesto apenas perceptible y

desde todos los ángulos, desde todos los túneles, comenzaron a moverse cientos de orugas —. Y tú tampoco.

Capítulo 25

25. Una historia de piratas

Las criaturas llevaban siguiéndolos un día y medio, y por más que avanzaran atravesando violentas olas y tormentas terribles, no se separaban de ellos.

Sus lomos enormes surcaban la superficie del mar, negros y lustrosos, haciendo que los tripulantes abandonaran sus tareas y fuesen a esconderse o a intentar atacarlos. Habían disparado ya varios arpones y cañones en un intento por ahuyentarlos, pero no les hacían daño. Ni siquiera parecían sangrar.

—¡Capitán! —su segundo al mando entró dando un portazo para entrar a su estudio —. ¡Capitán, yo...!

—Te advertí que no entraras aquí a menos que fuese una situación de vida o muerte —dijo, con un tono gutural y sin despegar la vista de sus libros y papeles. Por un momento se olvidó de que estaba acompañado y comenzó a hablar solo —. Esas criaturas, esos... Esos monstruos... Ningún libro dice nada al respecto. Ningún otro barco pirata se ha encontrado con algo parecido, pero su aspecto...

—Capitán...

—¿Qué?!

—Martin cayó por la borda en una sacudida —dijo, y el capitán por fin levantó la mirada, poniéndose de pie al instante —. Una de esas criaturas lo despedazó y se lo está tragando justo ahora.

Ambos se precipitaron hacia el exterior. En un lado de la embarcación, toda la tripulación se asomaba hacia abajo con expresiones de horror y disgusto.

—¡Háganse a un lado! —dijo el capitán.

Cuando llegó a la orilla y miró hacia abajo, el joven Martin, o lo que quedaba de él, estaba siendo rodeado por cuatro de las cinco criaturas que antes rodeaban el barco. Pedazos de su cuerpo eran arrancados y luego devorados entre crujidos y chapoteos. El agua estaba tintada de rojo, trozos de hueso, piel y músculo volaban por los aires para luego caer devuelta al mar y ser engullidos.

—Peleó con todo lo que tenía —informó alguien, quitándose el sombrero

—. Pero, cuando le arrancaron la cabeza... Ya no tuvo forma de resistirse.

El capitán miró la escena, pero sus ojos se desviaron hasta los de las criaturas, quienes parecían tener la mirada fija en su cena mientras desafiaban a los tripulantes al mismo tiempo. Como si observaran en todas direcciones al mismo tiempo.

Sus cuerpos eran negros, muy largos y aplanados, y tenían solamente dos aletas a los costados. Sus ojos se posicionaban sobre su cabeza, casi de forma saltona, y su boca era enorme y estaba llena de dientes afilados.

Debían ser rapés que habían crecido hasta lo imposible debido a la buena comida o a que no habían sido cazados ni atrapados en mucho tiempo, y ahora, en vez de vagar por las profundidades del mar, se elevaban a la superficie para buscar alimentos que satisficieran sus enormes cuerpos.

El capitán se quitó el propio sombrero y observó la carnicería hasta que no quedó absolutamente nada de Martín, más que su sangre siendo tragada por la infinidad del océano; luego, algo increíble sucedió.

Las criaturas dieron una sola vuelta al barco y luego se alejaron.

Los tripulantes comenzaron a murmurar, luego se pusieron los sombreros nuevamente y se olvidaron de Martín, celebrando la huida de los monstruos.

—Gracias a ti —dijo el capitán, mirando la mancha de sangre que comenzaba a alejarse tras el barco en movimiento —, gracias a ti esas cosas se han ido. Moriste, pero nos salvaste a nosotros.

Y esa noche festejaron hasta que no quedó nadie en pie.

Por una semana se la pasaron robando y asaltando a otros botes con los que se cruzaban, robándoles su licor, la comida y las armas. De todos modos, para criminales como ellos no quedaba de otra que continuar sus vidas en el mar, por peligroso que fuese.

El capitán escribió a detalle en su bitácora lo que había ocurrido con Martín, y creyó que eso sería lo último que vería de las criaturas hasta una mañana en que varios golpes sacudieron el barco.

Al salir a cubierta, el capitán volvió a verlos. Y esta vez no solo eran cinco, sino diez.

Golpeaban los costados del barco, y era obvio que con su tamaño podrían volcarlo si lo deseaban, pero se estaban conteniendo.

—¿Qué...? ¿Qué quieren ahora?

—Quieren más comida —dijo el capitán, y todos palidecieron—. Nos siguieron porque les dimos el primer bocado, y ahora quieren más.

El barco se mecía de un lado al otro, y pronto quien llevaba el timón no podría seguir soportando la presión. El capitán se sostuvo fuerte de un mástil. Tenían que hacer algo, o los liquidarían a todos.

—¡Con dos bastará! —gritó, captando la atención de todos—. Dos de ustedes han de ser arrojados por la borda.

Hubo un silencio profundo por varios segundos, hasta que alguien gritó:

—¡Que vaya Dick, él ha estado robando varias raciones de comida a los demás! Lo he visto.

—Y Rafael... ¡Rafael casi me mata jugando con una pistola cuando ebrio!

Iba a estallar un alboroto cuando el capitán los señaló a ambos.

—¡Agárrenlos y arrójenlos al agua!

Sus subordinados así lo hicieron, y los monstruos los atacaron tan pronto el par de piratas tocó el agua. Se pelearon por un brazo, por una pierna; los gritos de los hombres maldecían a la tripulación con la que habían peleado y, ahora, por la que estaban muriendo.

El agua volvió a pintarse de rojo y dos piratas más desaparecieron en las entrañas de criaturas que no deberían de existir.

Luego, se fueron.

La semana siguiente, las criaturas volvieron, y volvían a ser más que la última vez.

Sacrificaron a cuatro piratas.

—Cuando nos encontremos con otra embarcación —dijo el capitán, mientras el agua a sus espaldas se mecía y desde abajo provenían gritos de terror y dolor—, tomaremos prisioneros. No podemos perder a nadie más.

Pero durante toda la semana no se toparon con ninguna otra embarcación. Como si las criaturas hubiesen escuchado al capitán, esta vez no se alejaron del barco, sino que lo siguieron sin descansar, como si la custodiaran, imposibilitando su interacción con cualquier otro tipo de

nave.

Una semana después, sacrificaron a seis. Muchos de ellos se suicidaron antes de que los arrojaran.

Luego, sacrificaron a diez.

Las criaturas no se alejaban y cada semana incrementaba el número de sacrificios.

Habían intentado acercarse a tierra, pero entonces las criaturas se volvían locas y atacaban el barco de forma violenta, amenazando con volcarlo y matar a todos los que aún quedaran con vida.

No quedaba otra opción más que orar para que el siguiente sacrificio no fueras tú, o que a la siguiente semana esas cosas por fin decidieran alejarse y los dejaran en paz.

Pero no pasaba.

Y las criaturas seguían hambrientas, y la tripulación se hacía cada vez más poca.

De sesenta a cincuenta, y luego solo quedaban cuarenta. Para cuando te dabas cuenta, quedaban la mitad de esos y, una mañana, el capitán se despertó sin ningún otro sonido en la nave más que el de su respiración.

Cuando se asomó por la borda, cien criaturas rodeaban el barco, y todas lo estaban mirando a él.

El capitán retrocedió negando con la cabeza. Las criaturas comenzaron a golpear el barco.

—No...

La madera cedió ante los golpetazos y el barco perdió altura. El capitán siguió negando.

—No, ¡no puedo irme así!

Alcanzó su arma, pero esta ya no tenía balas porque las había gastado todas en tripulantes que pedían piedad antes de ser arrojados. En las habitaciones abandonadas tampoco quedaba nada.

No había más armas, ni municiones, ni comida para más de un par de horas.

Con los estruendos el barco se mecía de un lado al otro y el capitán se tambaleaba y caía constantemente, pero logró levantarse para ir corriendo hasta su estudio, en donde se encerró.

El barco se hundía, se mecía, y luego se escuchaban más tablas rompiéndose.

Sólo esperaba poder ahogarse antes de que esas cosas lo comenzaran a destrozar.

Capítulo 26

26. El alma de Nick

—Hey, ¿cómo sigues? —se hincó ante la cama de Nick, sacudiéndose la nieve de encima —. ¿Has estado mejor? ¿Te...? ¿Te sientes mejor?

—Todo el cuerpo me duele —respondió, retorciéndose bajo las cobijas. Sudaba copiosamente y su piel estaba amarillenta, con grandes ojeras negras bajo sus ojos inyectados en sangre. Aun así, intentaba mantenerse optimista —. ¿Y tú? Anders, ¿cómo está el pueblo?

—Cubierto por varios metros de nieve —se levantó y tomó las bolsas con sus compras, para luego volver a sentarse al lado de Nick —. Pero pude conseguir comida para los próximos días, traje mantas, abrigos, y te compré más aspirinas.

—Las aspirinas no me funcionan.

—Es lo mejor que tengo, y no quise decirle tus síntomas al farmacéutico sin que sonara como si hubiera perdido la cabeza.

—Te digo que no estoy tan mal —dijo, con una mueca de dolor en el rostro. Anders le echó otro cobertor encima —. Gracias. Pero pronto esto se me pasará. No debe ser otra cosa que una infección estomacal o...

—O algo verdaderamente terrible. ¡Mírate! Estás medio muerto.

—Parecer y estar son dos cosas muy diferentes.

—Como sea, necesitas comer —le regañó, caminando unos pasos hasta la estufa. En una cazuela echó caldo de pollo enlatado.

—Te digo que no tengo hambre.

—No me interesa; no has comido desde hace dos días. Aunque no tengas hambre, te tragarás esto.

—Será tu culpa si vomito hasta desfallecer otra vez.

—¿Te desmayaste cuando estuve fuera?

—No sé si perdí el conocimiento o si me dormí por algunos minutos. De todos modos, el dolor acabó despertándome.

Anders se dio la vuelta lentamente, mirando a Nick con los ojos bien

abiertos.

—Tus síntomas... ¿Son los mismos que cuando comenzaste a sentirte mal? Y no te atrevas a mentirme, ¿oyes?

Nick tardó unos segundos en responder. El líquido puesto en la cazuela comenzó a soltar burbujas e impregnar el aire con un aroma salado y familiar.

—Me siento peor —dijo al fin, sobándose el pecho, con una voz vuelta susurro.

—¿Cómo que peor?

—Siento punzadas en el pecho, me duele el estómago y las tripas y el hígado, y todo lo que sea que esté aquí dentro de mí, como si mis órganos se estuvieran desgarrando cada vez que respiro... ¡Aghhh!

—¿Nick?

Anders se acercó hasta él al ver cómo gritaba y se estremecía, apartándose las cobijas de encima de un débil manotazo.

—¡Nick?! ¿Qué te pasa? ¿Qué...?

—¡Ahhh! Me duele, me duele... Tengo algo en las entrañas, ¡augh!

Nick se llevó las manos al estómago y Anders apartó las cobijas que quedaban para echarle un vistazo, le levantó la camiseta y lo que vio lo hizo gritar también.

Nick comenzó a sangrar por la nariz y a toser violentamente, pero Anders no podía apartar la mirada del bulto en su estómago. La silueta de una mano empujaba la piel del estómago de Nick desde dentro, queriendo salir.

Nick dejó de hablar y comenzó a gritar, arañándose el pecho y el estómago igual que la figura que habitaba en sus entrañas; aullaba tan fuerte como para igualar la tormenta del exterior. De pronto el olor a sopa manufacturada fue opacado por uno metálico. Sangre.

Estaba vomitando sangre por toda la cama, moviéndose mediante espasmos de dolor y gritando cosas inentendibles. La figura logró rasgar la piel del estómago y una mano completamente roja salió de entre la piel y los órganos de Nick.

Anders gritó y retrocedió rápidamente, mirando la escena sin poder

explicar lo que pasaba.

—¿iNick?! —gritó, pero nadie le respondió.

Nick tosió y vomitó, y gritó y se quejó varias veces más, mientras la criatura humanoide se abría paso por su cuerpo como el alien que veía por primera vez la luz del sol en alguna película de terror.

Cuando otra mano salió de la abertura previamente creada, Nick dejó de moverse. La sangre salía a borbotones, dejando la cama completamente roja y el piso vuelto un lago carmesí.

Los crujidos y chasquidos que hacían los intestinos siendo arrancados y despedazados provocaban náuseas. Las manos se aferraron a la cama para impulsarse hacia afuera, y tras varios intentos, la caja torácica de Nick fue empujada hacia adelante, vuelta añicos, y una cabeza roja emergió de entre sus restos.

Mientras la criatura se incorporaba, Anders miró horrorizado que era igual a Nick. Como una copia bañada en la sangre de su amigo, un clon ensangrentado, un gemelo demoniaco que se puso de pie y lo miró con ojos sin párpados ni expresión en el rostro.

Luego dio un paso hacia adelante.

—iNo, por favor! —Anders se cubrió el rostro con las manos —. N-no... No me hagas daño.

Escuchó que daba otro paso y entonces sus piernas por fin respondieron. Abandonó la casa en medio de la tormenta y fue a buscar ayuda a pesar de que sonara como una locura.

Cuando volvió, acompañado de varios policías y vecinos curiosos, encontraron a la criatura sentada a la mesa con un plato lleno de caldo de pollo ante sí.

—Anders, qué bien que volviste —dijo, sin girarse, y con una voz igual a la de Nick —. Gracias por preparar esta sopa, ime siento mucho mejor!

Anders se acercó un paso, temblando.

—N... ¿Nick?

—No exactamente.

—¿Quién eres?

—¡Su alma, por supuesto! Ya estaba cansado de estar dentro de un cuerpo, así que decidí salir.

—¡Lo asesinaste!

La policía disparó limpiamente a su nuca, pero la criatura no murió.

Terminó su merienda y se levantó lentamente. La puerta principal se cerró y no pudieron abrirla; luego, el cuerpo destrozado de Nick se sentó ante la cama, con las tripas colgando por el boquete abierto en su estómago y pedazos de hueso y cartílago deslizándose entre sus piernas.

El alma de Nick se puso delante de los espectadores y por fin parecía haber algo de expresión en su mirada. Estaba furioso.

—Parece que empezamos con el pie izquierdo. Y ahora, por favor, no se les ocurra disparar. Las almas y los cadáveres no pueden morir... Pero, me temo que ustedes sí.

Capítulo 27

27. Plaga

Hormigas.

Por

todos

lados.

Salían de agujeros en el suelo como fugas de agua negra, y el sonido de sus millones de patas y mandíbulas abriéndose y cerrándose hacían imposible escuchar cualquier otra cosa.

Volcaban automóviles, invadían edificios, cubrían el suelo, y lo único que buscaban era alimento.

A seres humanos.

—¿¡Qué clase de hormigas son esas?! —gritó alguien, encerrándose en una cabina telefónica, pero lo malo de las hormigas era que podían entrar

por

cualquier

lado.

Sí, incluso bajo la piel de uno.

Se metían en su boca.

Anidaban en sus oídos.

Se abrían paso bajo sus párpados.

Se deslizaban por entre las heridas abiertas recientemente.

Y luego las sentías caminando entre tus órganos y devorándote desde dentro.

—¿Qué...? —chilló, azotándose contra las paredes de la cabina, ya invadidas por hormigas, mientras todo su cuerpo era sometido a base de mordidas que poco a poco lo iban desangrando, haciendo que su cuerpo

ardiera como si lo estuvieran quemando vivo —. ¡¿Qué son estas cosas?!

Cuando terminaban con uno, no quedaba más que el esqueleto, y entonces las hormigas que habían tenido suficientes bocados de ti, se volvían rojas como la sangre que habían ingerido.

Y se hacían más y más violentas.

Nadie tenía oportunidad de escapar.

Nadie sabía de dónde venían, pero

todos

estaban

condenados.

Capítulo 28

28. Hambriento

—¡Guau! Freddy, sí que tienes hambre, ¿ah?

Entre mordiscos, el chico asintió y se estiró para alcanzar otra ración de patatas. Tenía la boca llena y aun así devoraba cucharada tras cucharada de sopa, mordiscos de carne, chicharos, papas y arroz, y lo bajaba todo tragando agua ferozmente y dándose golpes en el pecho.

Su madre le hubiese dicho algo, pero la verdad es que Freddy siempre había tenido dificultades a la hora de comer; desde pequeño comía demasiado poco para su edad, pero los últimos días hasta parecía un niño nuevo.

—Y pensar que hace unos días no podías ni levantarte de la cama —dijo mamá, pellizcándole la mejilla y evitando mirar los moretones que aún no se desvanecían del todo.

La razón por la que Freddy había necesitado estar en cama por tantos días era porque se había metido en una escandalosa pelea con un chico de su clase.

Se habían agarrado a golpes en el patio de juego.

Freddy había llegado a casa sangrando, tambaleándose y falto de aliento, mientras que su ropa estaba completamente mugrosa y desgarrada de unas zonas. Sangraba por la nariz, tenía un ojo hinchado, los nudillos enrojecidos y una mirada enloquecida en los ojos.

Pronto Freddy cayó inconsciente, con una fiebre muy alta y un ritmo cardíaco acelerado. Medio día pasó, y Freddy despertó, pero aún estaba muy débil y solamente quería dormir.

Tres días después, despertó de buen humor y admitió que tenía hambre. Llevaba comiendo así de bien (por no decir que comía exageradamente) desde entonces. Mamá aún notaba que tenía la piel pálida, ojos rojos y ojeras muy oscuras, pero ver lo animado que estaba al comer le quitaba a ella gran parte de las preocupaciones.

—Cuando termines tienes que ir a tu habitación a empacar. Esta semana te quedarás en casa de papá.

—Sí, ma... Esto... ¿Te comerás eso?

Ella se rio y le cedió el pedazo de pollo frito que había en su plato. Luego se levantó para ir al refrigerador.

—¿También quieres un postre? Tenemos helado.

—¡¡Sí!!

Mientras Freddy se iba a hacer sus maletas, mamá llamó a su ex marido para avisarle que el incremento en el apetito de su hijo no parecía ser algo pasajero y le aconsejó preparar el triple de las raciones que solía darle.

Una hora más tarde llegó para llevarse al pequeño.

Al terminar la semana, su ex marido le pidió un momento juntos, tras devolver al chico.

—¿Ha dormido bien? ¿Su buen apetito ha seguido constante? ¿Verificaste que se terminara las píldoras que le recetó el doctor?

—Sí, sí, y sí. Sólo quería preguntarte... ¿Por qué no me dijiste que el niño prefiere solo comer carne?

—¿Perdona?

—Lo único que devoró estando en mi casa fue carne, ide toda clase! Pollo, cerdo... Tuvimos que ir al supermercado de emergencia porque una noche se acabó la carne y se rehusaba a irse a la cama si no le cocinaba otro filete.

—¿Qué...? —mamá miró sobre su hombro y vio a Freddy tumbado en un sofá, mirando el cielorraso sin parpadear —. ¿Desde cuándo se comportó así? La última vez que estuvo aquí hasta se terminó la ensalada que preparé.

—Pues conmigo no fue así... Debe ser por eso que está tan demacrado. Por cierto, ¿ya hablaste con la madre del chico que atacó a Freddy?

—No. No pude —se mordió el labio inferior, incómoda ante el recuerdo —. Cuando fui a su casa, sus vecinos me dijeron que se había ido de la ciudad unas horas después de la pelea. También me dijeron que el chico se había tornado muy agresivo; siempre intentaba atacar a todos.

—Por Dios...

—Debe haber estado teniendo muchos problemas. Emocionales, digo.

—¿Tú crees?

—Bueno, sus padres estaban...

—¿Divorciados? —ante la pregunta, mamá asintió.

—Pero me he enterado de que ese chico no conocía mucho a su padre. Contrario a él, Freddy se lleva bien con ambos, contigo se la pasa bien y conmigo se divierte. No deberíamos preocuparnos porque tenga esos problemas.

—De todos modos, Freddy nunca fue agresivo, y aun así peleó con el otro chico.

—Se estaba defendiendo.

Él suspiró y se sobó el puente de la nariz.

—Bueno, está bien; como sea, espero que mejore —se volvió hacia el sofá—. Nos vemos, hijo. Recuerda que pasaré por ti el viernes, al salir de clases.

—Adiós, papá.

Esa noche mamá intentó hacer que Freddy comiera algo además de las costillas adobadas en salsa que preparó, pero no lo logró. El chico se puso furioso cuando ella depositó algunos brócolis y coles en su plato; hasta parecían causarle náuseas.

Además, su apetito volvía a incrementar, y de un día al otro parecía que había dejado de comer por placer, simplemente se atiborraba de comida. No usaba condimentos ni tenedor o cuchillo para alimentarse.

Pero la cosa que alarmó más a mamá fue que una mañana despertó y toda la carne que había en el congelador había desaparecido. Freddy había devorado casi ocho kilogramos de carne cruda.

Lo había despertado para llevarlo al médico, pero él se resistió, con las manos y los labios manchados de rojo.

—¡Estoy bien! —rugió, combatiendo con mamá con una fuerza increíble—. ¡Te digo que estoy bien! ¡Déjame en paz!!

No asistió al colegio.

Cuando mamá comenzó a atar todos los cabos sueltos, se dio cuenta de que Freddy estaba comenzando a actuar igual que el chico que lo atacó, y esto no se debía a problemas con sus padres. Todo había comenzado por

la pelea.

—Cariño —dijo, dando unos golpecitos a la puerta de su habitación —, le he dicho a papá que no has ido a la escuela y ya viene para acá.

—...Bueno.

—Pero, antes de que llegue, ¿podemos hablar? ¿Puedes abrir la puerta?

Freddy lo hizo. Ambos se sentaron en la cama.

—Siento haberte gritado, mamá —dijo, mirando el piso.

—Acepto tus disculpas. Sin embargo, no es de eso de lo que quiero hablar.

—¿Entonces?

—Creo que no te he preguntado... ¿Por qué inició la pelea con ese chico? ¿Qué fue lo que te hizo o...? ¿O lo que te intentó hacer?

—Me mordió.

Mamá se quedó congelada, y papá llegó para recoger a Freddy.

No tuvo oportunidad de preguntarle nada más al respecto, pero esas dos palabras rondaron en su cabeza durante el resto del día, por toda la noche, y hasta que se armó de valor para ir a visitar a su ex marido porque no podía encontrar una explicación razonable para que un chico quisiera morder a otro.

Así, el miércoles por la mañana mamá tomó el autobús a casa de su ex esposo. A esta hora Freddy ya estaría en la escuela, pero eso le daba tiempo a ella de charlar un momento a solas con el padre, y ambos esperarían su llegada para cuestionarlo más a fondo sobre el incidente.

Tocó a la puerta varias veces y se extrañó porque él trabajaba en casa. No debería tomarle mucho tiempo bajar las escaleras para abrir la puerta.

¿Quizá había ido de compras? ¿Se tomó el día para salir con sus amigos?

Se apartó de la puerta principal y le dio la vuelta a la casa. Sabía que había una llave escondida en algún lado, bajo una piedra o entre los arbustos, o... ¡Ajá!

La tomó y abrió la puerta, llamándolo por su nombre, pero nadie

respondía.

Subió las escaleras y se iba a dirigir al estudio, pero un sonido de gruñidos y chasquidos la distrajo. Al concentrarse se dio cuenta de que venía de la habitación de Freddy, y echó a correr hasta ella.

Abrió la puerta y vio el horror.

Su ex marido estaba tumbado de espaldas al suelo, con los ojos torcidos y la boca abierta en un grito mudo; en su mano derecha llevaba el uniforme de Freddy, ahora arrugado y salpicado de sangre. El estómago del hombre estaba abierto como tela desgarrada, y de este salían tripas y pedazos irreconocibles de músculo y tejido resbaloso que Freddy, inclinado sobre el cuerpo, engullía sin parpadear siquiera.

Como solo llevaba puestos los pantalones de su pijama, mamá podía verle el pecho, y en el centro de este había marcas de dientes; lanzaban pus amarillento y un extraño líquido blanco, y hacían que su esternón estuviera coloreado de azul, verde y rojo. Su boca, barbilla y cuello estaban llenos de sangre, y pedacillos de piel ajena se le pegaban a la cara.

Mamá retrocedió y soltó un gemido ahogado, y Freddy levantó la mirada.

—Perdona, mamá —dijo —, pero estaba tan hambriento.

Capítulo 29

29. Cómo Paty volvió a la fama

Paty había nacido con una dentadura única, igual que un tiburón.

Todos sus dientes eran grandes, afilados, y puntiagudos, imposibilitándole una alimentación normal.

Siempre había tenido que comer mezclas raras que se encontraban entre la delgada línea entre lo líquido y lo sólido, y que no tenían un sabor agradable por más que intentara convencerse de lo contrario.

Sus padres siempre habían tenido problemas con el dinero, y por eso no podían llevarla con un dentista o un cirujano para que le diera una sonrisa igual a la de todos los seres humanos, pero, a estas alturas, Paty ya se había acostumbrado a tener una dieta extraña y a que la gente la mirara con horror y fascinación cuando abría la boca.

Sin embargo, por la misma razón, nunca había podido tener un empleo fijo.

“Incomodas a los clientes.”

“No logro acostumbrarme a la manera en que hablas. No puedo entenderte.”

“La gente que viene aquí te trata como a un fenómeno.”

Pero cuando llegaron las redes sociales y la gente las usaba de manera compulsiva, e incluso algunos se ganaban la vida entreteniéndolos a otros, la vida de Paty cambió. Sus fotografías sonriendo tenían cientos y cientos de Me gusta, ganaba seguidores diariamente, y pronto tuvo una legión de fanáticos interesados en hasta lo más mínimo e insignificante que ocurriera en su vida.

Salía en televisión, en apariciones especiales en programas de moda, siendo entrevistada por la radio, tenía contratos con grandes empresas para promocionar sus productos, y ganaba una fortuna siendo lo que ella era.

A los veintisiete años ya tenía la vida hecha, pero lentamente comenzó a malgastar el dinero que ganó y la gente dejó de verla con admiración.

Cuando tenía treinta años, la gente se había olvidado de Paty.

Al ir por la calle ya nadie pedía tomarse una fotografía con ella, las tiendas ya no le hacían descuentos porque la habían visto aparecer en su programa favorito, a su buzón ya no llegaban cientos de cartas de fanáticos diciéndole lo mucho que apreciaban que se aceptase como era.

La fama había venido y se había ido en un parpadeo. Y, de nuevo, Paty no sabía qué hacer.

Vivía en una linda casa, pero sus ganancias ya no eran ni una décima parte de lo que antes había conseguido. Tenía que hacer algo o se hundiría en el vacío nuevamente.

Su canal en donde subía videos de toda clase aún tenía un buen número de seguidores, y algunos más seguían viendo sus actualizaciones por morbo o curiosidad; así que fue a este público a quien le pidió consejo.

Hizo un post preguntando qué clase de contenido les gustaría ver, y a los pocos minutos recibió notificaciones de comentarios.

Ninguno llamó particularmente su atención porque o se trataba de bromas ya había leído miles de veces, o ideas realmente malas y poco originales.

“Has algo nuevo.” Comentó alguien, con una foto de perfil completamente negra y ChicoZombie como su username.

“¿Cómo qué?” Se atrevió a responder Paty, ya frustrada.

Obtuvo un mensaje privado de texto casi al instante. Era de ChicoZombie.

“A eso por lo que la gente te sigue desde el comienzo.” Decía el texto.

“No sé a qué te refieres.” Respondió ella, genuinamente confundida. Si esto resultaba ser un chiste...

“Tus dientes. ¿Crees que la gente sólo te veía porque querían admirar tu sonrisa? No. Uno no va a ver tiburones al mar abierto sólo por su belleza.”

Paty lo meditó unos segundos.

“¿Dices que quieren verme actuando como...? ¿Como un animal?”

“Bingo.” Respondió ChicoZombie. “Tus dientes están diseñados para despedazar, desgarrar y masacrar. Ya verás tú cómo sacarle provecho a esa idea.”

“Creerían que me he vuelto loca.”

“Como si no lo pensarán ya.”

Paty hizo una mueca y se miró al espejo. Desaliñada, extraña, diferente a cualquiera; y se sentía tan mal.

“Esta plataforma no me permitiría un contenido tan extraño.”

“Hay muchas otras que sí.” Dijo ChicoZombie. “Yo podría ayudarte.”

Y así fue como Paty se adentró en la web profunda, como le llamaban. Compartía mensajes diariamente ChicoZombie, y en momentos le parecía una terrible idea confiar así en un completo extraño, pero ¿qué más le quedaba? Si no encontraba otra manera de hacer dinero y volver a la fama, terminaría como empezó, y su vida acabaría sin haber tenido sentido alguno. No podía permitírselo.

ChicoZombie le había dado una muy buena idea: hacer un video en vivo de ella volviéndose loca. No en el sentido literal, claro, y le había brindado todas las herramientas e instrucciones necesarias para hacerlo.

Una noche antes del estreno del video, Paty recibió una llamada y antes de que pudiera hablar, una voz ronca se presentó.

—Soy yo. ChicoZombie. Puedes llamarme Zombie.

—Vaya, hola. ¿Cómo conseguiste este número? No me dirás que eres un acosador después de todo esto, ¿verdad?

Zombie se rio.

—Vamos, Paty, nosotros ya hasta somos como amigos, ¿no es cierto?

—Supongo que sí. Sólo... No me llames a menudo.

—No te preocupes, sólo quería asegurarme de que estás lista y sabes lo que tienes que hacer.

—Estoy algo nerviosa, pero creo que no será muy diferente a hacer un video común y corriente; de todos modos, es algo que nunca he hecho... Sí, definitivamente estoy nerviosa.

—Lo harás bien. Por cierto, le he dicho a varios conocidos, fanáticos tuyos, lo que pasará mañana por la noche, así que no tienes que preocuparte de que tengas o no espectadores. Estoy seguro de que todos te donarán

algunos dólares en cuanto comprueben que eres tú.

—¡Vaya, gracias!

—Entonces, ¿qué será? ¿Una gallina, un gato, un cachorro...?

—¿Disculpa?

—El animal que devorarás.

Paty se congeló. Tras unos segundos escuchó que Zombie volvía a reír.

—No me digas que creíste que la gente estaría feliz contigo fingiendo comer carne cruda o algo parecido.

—Pues... ¡Pues sí! Compré varios kilos de filetes, carne molida y pintura comestible roja para que simulara la sangre. ¡¿Qué esperabas?!

—¡Paty! La gente espera una masacre, no un espectáculo de mentiritas —dijo, y esperó varios minutos, pero Paty no podía responder. Zombie suspiró—. Escucha, puedes hacer lo que quieras, pero si tus espectadores se dan cuenta de que todo es falso, bueno... Lo que queda de tus fanáticos terminará desapareciendo.

Cortó la llamada y Paty no pudo despegarse el auricular del oído por casi media hora. No podía pensar, no podía moverse, no podía razonar ni encontrar sentido, pero lo que decía Zombie parecía ser la única realidad.

Despertó temprano a pesar de que no durmió mucho y, de forma mecánica, como si su cuerpo fuera controlado por alguien más, fue al mercado y compró una gallina.

Llegó a casa y preparó las cámaras, y miraba constantemente hacia todos lados como buscando una señal que le reafirmara que estaba haciendo bien las cosas.

Más rápido de lo que esperaba, llegó la hora. Zombie le dijo que para ese tipo de videos no era necesaria tener una buena iluminación ni un buen sonido, por eso no se molestó en hacer nada de manera profesional.

Llevó la gallina hasta su comedor.

Tuvo que esperar casi una hora delante de la cámara ya encendida y conectada a internet antes de que los primeros espectadores comenzaran a llegar. Paty estaba temblando. La gente comenzaba a dejar comentarios saludándola y diciendo que sabían que ella terminaría así desde el

principio.

Esperó sin decir ni hacer nada hasta que Zombie se lo dijera. De todas maneras, él era el que tenía experiencia en este tipo de cosas; así que cuando él le envió un mensaje, la adrenalina recorrió el cuerpo de Paty como un latigazo.

Respiró hondo y abrió la jaula donde se encontraba la gallina. El solo olor que esta despedía la hacía sentir asquerosa; quería mandar todo a la mierda, ir al baño a vomitar y no volver a entrar a la web en toda su vida. Pero no podía. Su cuerpo otra vez se sentía ajeno.

Cuando tomó a la gallina esta no opuso resistencia y Paty no sabía si sentirse agradecida al respecto. De todas formas, la pobrecilla no sabía lo que le esperaba.

Los mensajes y comentarios la presionaban para que hiciera algo, para que se descongelara.

Respiró hondo, cerró los ojos y mordió el costado de la gallina. Le sorprendió lo fácil que sus dientes atravesaron la carne; y alcanzó a arrancarle gran parte del ala con solamente poner un poco de presión en la mordida. La sangre inundó su boca y la manchó a ella y a la mesa mientras la gallina comenzaba a aletear y patalear entre quejidos.

Paty vio de reojo los comentarios y todos la adoraban y pedían por más, y ella les dio lo que querían.

Continuó mordiendo y arrancando pedazos de la carne de la gallina violentamente, aunque en el fondo quería llorar y devolver el estómago, no podía detenerse. Escuchaba una ovación coreando su nombre, aplausos ensordecedores, el mundo volviéndola a amar, y la gallina le había dado todo eso.

Entre lágrimas y risas, hundió los dientes en su pescuezo y con algo de impulso le arrancó la cabeza.

La mesa estaba llena de sangre, inundada, y goteaba por el piso, manchaba las paredes, y la había vuelto a ella en un monstruo.

Pero la amaban.

Se levantó tambaleante y desconectó la cámara.

Luego se hincó y vomitó.

Había sido demasiado, pero se sentía extrañamente feliz.

Horas después de que limpió el desastre, aun con el sabor metálico inundando su boca, chequeó las donaciones. ¡Había ganado más de doce mil dólares!

Poco después recibió un mensaje de Zombie.

“¡Me sorprendiste, Paty! Todos estaban encantados.”

“Más les vale.”

“Ahora, creo que para la próxima vez, cuando sea que decidas hacerlo, has de devorar un animal más grande.”

Paty miró el mensaje sin sentir nada, y luego se alzó de hombros.

“No me parece mala idea.”

Capítulo 30

30. El parásito de Rika

El dolor en su nuca era casi insoportable, pero, en cuanto llegara a casa, revisaría qué es lo que estaba causándole esas molestias.

Ahora, en medio de la hora concurrida del subterráneo, Rika apenas podía moverse sin chocar o golpear a alguien a su lado.

Suspiró.

En la escuela había corrido al sanitario para intentar ver su nuca en los espejos, pero no había logrado distinguir más que una ronchita roja, parecida a una espinilla, entrecubierta por sus cabellos; sin embargo, conforme el tiempo pasaba, la roncha crecía al mismo tiempo que su dolor e incomodidad.

La roncha también excretaba algún tipo de líquido, y Rika estaba tan nerviosa de que alguien se girara en su dirección y descubriera algo asqueroso bajándole por la nuca... Pero nadie la volteaba a ver así que no debía ser tan grave, ¿cierto?

Goteaba, goteaba.

¿Sería pus? ¿Sangre, tal vez? El dolor no podía indicar nada concreto, solo que debía ser algo serio.

Quizás debería de haber ido a la enfermería de la escuela cuando aún era una molestia pequeña, pero ahora tendría que acudir al hospital, cuya factura no podría terminar de pagar con su salario de mesera. ¡Maldita sea!

—Aghh... —gruñó. Mordió su labio, pero ni eso la distraía del dolor punzante y afilado que provenía de su nuca, como si la roncha se diera cuenta de sus emociones y reaccionara dándole fuertes descargas de más dolor —. Mierda...

Cuando el tren paró en una estación, mientras un montón de gente salía y luego era reemplazada por otra multitud, alcanzó a tocarse la nuca por unos instantes. La roncha había triplicado su tamaño. Al ver sus dedos, se dio cuenta de que lo que excretaba la roncha era un líquido negro y apestoso. Se limpió en sus pantalones e hizo como si no pasara nada mientras los nervios y la molestia la consumían desde dentro.

Las estaciones pasaban y su hogar se acercaba, pero la roncha crecía y crecía sin detenerse. De pronto comenzó a palpar a tiempos diferentes a

los que lo hacía el corazón de Rika, lo que le hizo darse cuenta de que esa cosa no había crecido a partir de ella, sino que se le había pegado como una sanguijuela.

—¡Ugh! —no pudo evitar gritar, llamando la atención de varias personas, pero ya no le importaba.

La sola idea de tener a algo alimentándose de ella la hacía estremecerse, y ya no importaba si su hogar estaba cerca o lejos, o si podía pagar la factura del hospital, ¡quería que esa cosa se apartara de su cuerpo!

Mediante empujones logró llevarse las manos a la nuca y entre lágrimas se percató de que la roncha ahora ocupaba toda la parte posterior de su cabeza.

—¡Por Dios! —gritó alguna mujer.

Y Rika sintió que se le caía el cabello mientras esa cosa seguía palpitando y las mujeres seguían gritando, y las miradas la buscaban intentando comprender lo que pasaba tan repentinamente.

—¿Qué te ocurre? —preguntó un chico; Rika ya estaba rasguñándose e intentando con todas sus fuerzas hacer que esa cosa abandonara su cuerpo —. Oye, oye, ¿qué te pasa?

—¡Ayúdame! —chilló —. ¡Ayúdame! Tengo... Algo...

—¡¡Un monstruo!!

—¿Qué? —Rika levantó la mirada y toda la gente la observaba de manera horrorizada y se apretujaban unos contra otros para intentar alejarse de ella. Rika levantó ambas manos, manchadas de su propia sangre y del líquido del parásito —. No, no, por favor... No entienden.

—Aléjate —chilló alguien.

Un niño estaba llorando a todo pulmón y el estruendo de los murmullos de la gente era tal que poco faltaba para volverla loca. Intentó volver a acercarse a alguien, pero la empujaron y cayó de espaldas. En el suelo había montones de cabello y, mientras se volvió a incorporar, el poco que le quedaba aun en la cabeza se desprendió del cuero cabelludo.

—No...

De reojo, Rika pudo ver su reflejo en una de las ventanas. Parecía que llevaba una gorra negra abultada que crecía intentando cubrir toda su

cabeza.

—¡No! Por favor, que alguien me ayude... ¡Por favor!

Pero nadie le hacía caso.

Enterraba las uñas en esa masa palpitante negra, pero esta era fuerte y no podía despegarse de ella. Se golpeó contra los bancos, contra las ventanas, y estuvo cerca de romper una de estas para utilizar el afilado cristal como una navaja cuando cayó inerte al suelo.

El parásito le había cubierto toda la cabeza salvo los ojos, la nariz y la boca, pero cuando estuvo en el suelo sin presentar resistencia, estos fueron devorados por la masa negra en un par de segundos.

La gente se quedó por fin callada, mirando.

Luego, Rika volvió a moverse, pero ya no era por su voluntad. Rika ya ni existía. Y la gente volvió a gritar.

—¡Por Dios, esa cosa se la tragó!

—Ahora la está controlando, ¿qué nos va a hacer?

Quejarse y rebuznar era todo lo que tenían que hacer para atraer a lo que antes era una chica.

Rika se giró en una dirección y la zona en donde se habían encontrado sus ojos, ahora cubiertos de esa masa negra, comenzó a brillar como los ojos de una calabaza en la noche de Halloween; la gente la intentó empujar, maldecir y apartar, pero ahora la chica era increíblemente fuerte.

Atrapó a un joven que estaba cerca y abrió una boca enorme, llena de baba negra como el petróleo, para arrancarle la cabeza de un mordisco.

La gente entonces enloqueció por completo; corrían de un lado al otro, empujándose mientras escapaban e intentaban no ser la siguiente víctima de la chica con cabeza de monstruo.

La sangre de las víctimas salpicaba las ventanas, los asientos, manchaba el piso y los rostros espantados de los que aún no habían sido cazados; y los que eran atrapados por Rika terminaban desmembrados, a medio comer y completamente irreconocibles.

Para cuando el tren paró en la estación, ya nadie quedaba vivo y el vagón parecía haber sido pintado de carmesí. La sangre le llegaba hasta los tobillos y, cuando la puerta se abrió, manchó a los que esperaban del otro

lado.

—¿Pero qué...?

Los que estaban detrás no podían ver nada y empujaron hacia adentro a quienes estaban adelante y podían ver la masacre que acababa de ocurrir.

Rika los esperaba en el medio del vagón, sonriendo; y para cuando se dieron cuenta de su equivocación, las puertas ya volvían a cerrarse.

Capítulo 31

31. El último día □

Retorcerse.

Retorcerse.

¿Qué cosas se retuercen? Los gusanos, criaturas que habitan el suelo.

Seres humanos con fuertes emociones.

Envidia.

Odio.

Asco.

¿Y cómo se pueden combinar estas dos cosas? ¿Cómo hacer que ambas convivan en un solo ente?

¿Cómo crear algo interesante, vil e inhumano con solo una palabra como inspiración?

Laura soltó un suspiro y se llevó las manos a la cabeza, frustrada. Al ver el reloj entre profundas respiraciones se dio cuenta de que eran cerca de las dos de la madrugada; ¿llevaba tanto tiempo pensando, sin tener resultados?

Luego se dio cuenta.

Ya era Halloween.

El crepitar del fuego cortó el silencio en el que se había sumergido y la hizo girarse lentamente, temblando. La chimenea se prendió por propia voluntad, comenzó a lanzar violentas llamas en todas direcciones, y luego una figura se formó a partir de las mismas: la mujer demonio que llevaba visitado a Laura todo el mes.

—¡Feliz Halloween! —dijo, a modo de saludo.

—Ho... Hola —respondió Laura, mirando a su alrededor que, ahora iluminado, estaba mucho más desordenado y asqueroso de lo que recordaba. ¿En verdad llevaba treinta y un días sin salir de esa habitación? Se sentía como muy poco y demasiado al mismo tiempo —.

Aún... Aún estoy trabajando en la desgracia de hoy.

La mujer demonio, parecida a una vampiresa, se sentó al borde del escritorio en donde estaba Laura, sonriéndole de manera indescifrable.

—Me alegro. Porque recuerdas nuestro trato, ¿no es cierto?

Laura cerró los ojos y suspiró.

—He de causar tragedias y desgracias en el mundo, diariamente, por treinta y un días. En ese periodo, no puedo abandonar esta habitación ni tener ningún tipo de contacto humano.

—Si lo logras...

—Cumplirás cualquier deseo que yo te pida.

—Y, bueno, ¿qué pasará si no lo logras?

Laura hizo una breve pausa.

—Me matarás... Creo; no lo sé, no me queda claro qué es lo que hacen los demonios con las almas que recolectan.

—Bueno, tampoco es que tengas que preocuparte mucho al respecto, ¿no es cierto? ¡Ya sólo te queda un día por delante! Y más te vale crear algo especial, algo grande y fenomenal, ¡porque hoy es Halloween!

—Lo sé —refunfuñó, viendo los papeles desparramados sobre el escritorio.

Tenía varias pilas de documentos con perfiles de personas que habitaban el mundo en distintas épocas; pasado, presente y futuro. La mujer demonio se los había brindado para que ella les condenara de maneras terribles utilizando poderes supernaturales, incluso alterando el tiempo o su personalidad y la de sus seres queridos.

Había causado estragos no solamente a treinta y un personas, sino a aquellas y aquellos que vivían día a día a su lado y no tenían ni idea de que alguien pronto los condenaría a todos.

Además de eso, para que no existiera un patrón que las autoridades pudiesen reconocer, ninguna víctima podía ser del mismo país, y dos personas condenadas no podían morir de la misma manera. La mujer demonio le había entregado una lista con palabras para que la mente de Laura se pusiera creativa, pero ahora, tras tanto tiempo sola, viendo caos y muerte cada pocos minutos, lo único que Laura quería y deseaba en

verdad era descansar un poco.

Apenas había dormido y no recordaba hace cuántos días había sido su última comida.

¿Y si ya estaba muerta? ¿Y si había estado muerta desde el primer día y esto era en realidad su propio infierno personal?

Nunca le había importado dañar a otros, pero ahora... La realidad la estaba haciendo débil, frágil y vulnerable, y su imaginación ya no quería volver a pensar en sangre o lágrimas nunca más.

—¿Qué pasa? —preguntó la mujer demonio, arrojando un montón de papeles al aire que hasta entonces había estado hojeando con poco interés —. Parece que vas a llorar.

—Ya... Creo que ya no puedo seguir con esto —dijo Laura, con la voz temblorosa.

—¿Disculpa?

—Estoy cansada y estoy harta de lastimar a otros, ¿por qué he de ser yo, eh? ¿Qué hice...? Me duele tanto...

La mujer demonio soltó una carcajada.

—Pero si tú me buscaste a mí. Creí que harías el trabajo sin quejas ni problemas, ¿qué pasó con eso?

—¡Ya no puedo más!

—Piensa bien lo que dices, Laura. Solamente te queda una persona por condenar, un poco de sufrimiento para dar, ¿y te vas a rendir?

—Ya no puedo, ya no puedo...

—Escucha bien, Laura. Te estoy dando una última oportunidad, ¿no recuerdas lo que te iba a suceder si no completabas mi tarea? ¿En serio deseas que un demonio se quede con tu alma por el resto de la eternidad?

—No... Ya no me interesa —sollozó, abrazándose a sí misma —. No me importa lo que hagas conmigo, pero ya no puedo seguir con esto. De todos modos... Me condené a una eternidad de dolor a mí misma cuando decidí llamarte y aceptar tu trato. ¿Qué más puedo perder?

—Eres patética.

Laura se levantó tambaleante y avanzó hasta la única puerta que había en la habitación, pero esta no cedió. La mujer demonio la siguió lentamente, sonriente, y se plantó detrás de ella.

—Debo decir que me has decepcionado. Estabas haciendo un buen trabajo hasta ahora, tenías ideas creativas, pero supongo que también te sobreestimé por creer que podrías aguantar todo esto sin dañar tu pequeña psique.

Laura la ignoró, la empujó y buscó algo con lo que pudiera hacer palanca contra la puerta, pero siguió siendo inútil.

—¿Qué haces? Firmaste un contrato y juraste con tu propia alma, no te puedes escapar ya de esto.

La mujer demonio se acercó hasta ella, ahora hecha un ovillo sobre el suelo, y le colocó un brazo sobre los hombros.

—Como sea, ¿has escuchado de la regla de tres? Y no me refiero a la que tiene que ver con números o matemáticas.

Entre gimoteos, Laura negó.

—Ah, ¿no? Bueno, es un principio religioso, podrías decirlo así, que tienen varios ocultistas, paganos o practicantes de la Wicca. Aunque nosotros, como demonios, no tengamos nada que ver con sus creencias, bueno, la verdad es que es un principio interesante! Y algunos hasta decidimos robárnoslo al momento de aplicar nuestros castigos. Lo aplicamos con almas condenadas, ya ves.

—¿Q-qué vas a hacer conmigo?

—No te adelantes —se aclaró la garganta—. La regla de tres asegura que todo el bien o el mal que una persona haga, terminará regresándosele tres veces. Por ejemplo, si una vez te robaste un pequeño control remoto del supermercado, en un futuro, alguien te robará a ti no un control remoto, sino tu televisión, tu reproductor de video y sistema de sonido. Y si mataste y torturaste, alguien, en un futuro, te hará lo mismo de maneras mucho más dolorosas y aterradoras.

Laura se hundió en su llanto.

—Ya me entiendes, ¿no? —se rio—. Comienzas a entender qué es lo que te espera. Imagina: iasesinatos y sufrimiento a treinta personas, junto con sus familiares y las propias víctimas de estos, multiplicado por tres! Y

ahora, suma eso por la eternidad que te espera delante.

Comenzó a arrastrarla hacia la chimenea, que volvía a encenderse por sí sola y soltaba llamas violentas en todas direcciones, listas para llevar a la mujer demonio a su víctima por donde habían venido.

—Ahora, ¿qué fue lo que le hiciste a esa primera chica...? Muy vanidosa, la pobre —arrojó a Laura hacia el fuego y ella comenzó a gritar y retorcerse, suplicando porque la perdonara y le diese una última oportunidad, pero esas chances ya habían pasado —. Tranquila, vamos, esto no está tan mal. Dime, ¿qué es lo que le hiciste...? ¡Ah, claro! Perdió la piel hasta que no fue más que un esqueleto. Asqueroso, pero creativo.

Las llamas se las tragarón a ambas.